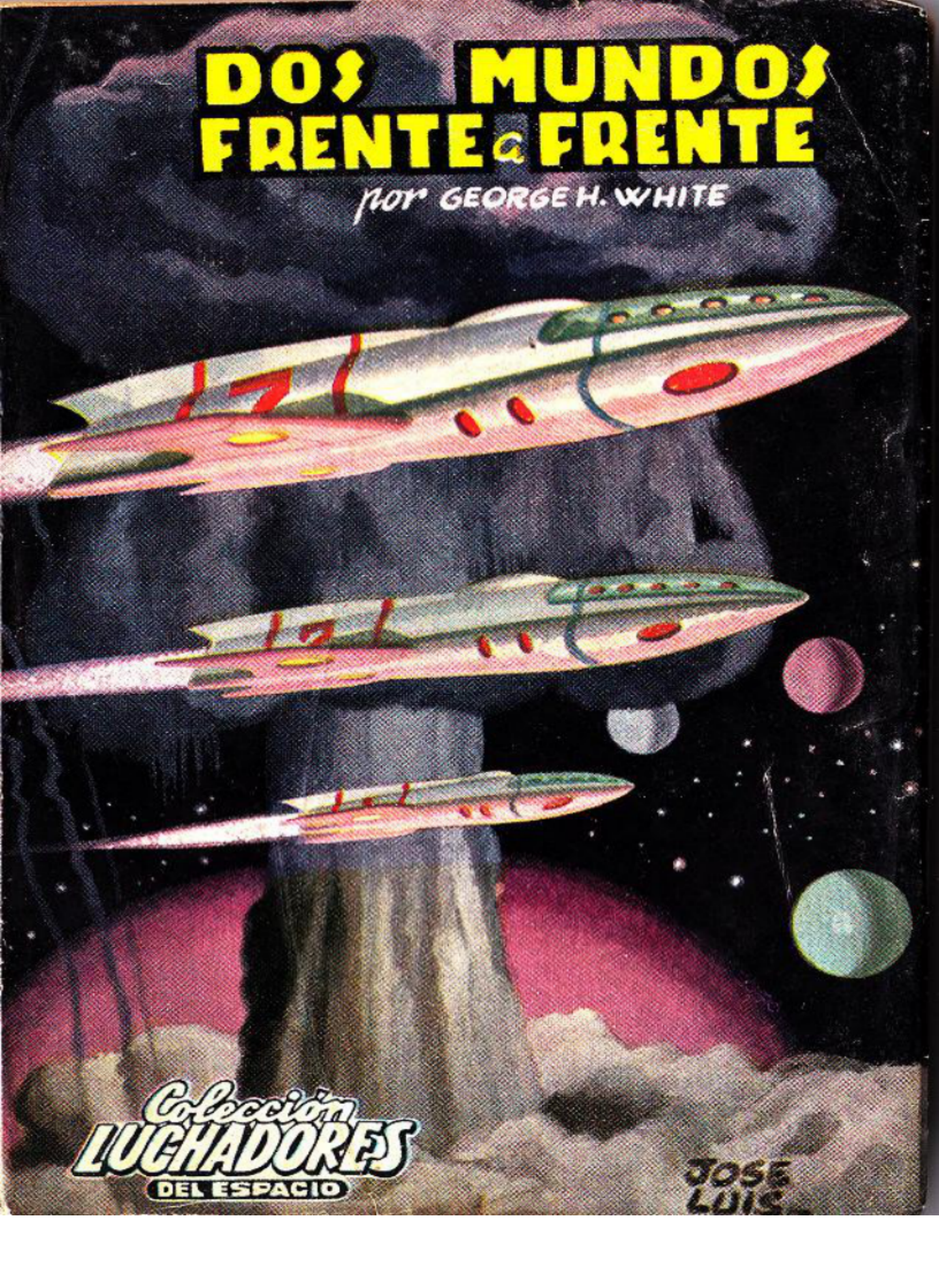
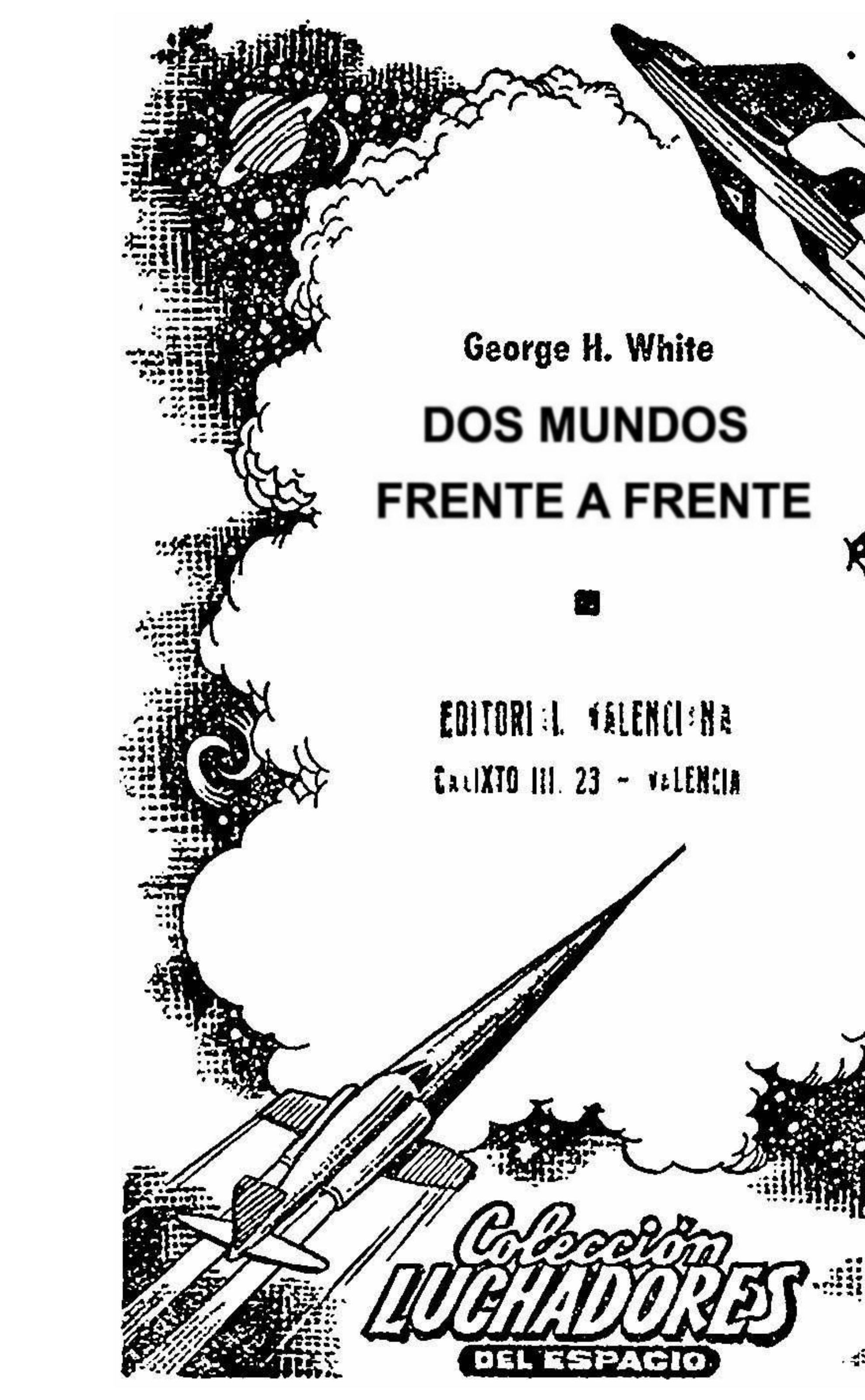

DOS MUNDOS FRENTE a FRENTE
por GEORGE H. WHITE
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
JOSE LUIS

DOS MUNDOS FRENTE A FRENTE


George H. White
DOS MUNDOS
FRENTE A FRENTE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PERSONAJES

ALFONSO RÍOS AZNAR: Capitán de corbeta. Comandante de la escuadrilla 75.

IRENE LLOSA: Teniente. Piloto del topo T750.

FELIPE GARAZ: Sargento. Copiloto del topo t750.

FIDEL AZNAR CONTRERAS: Fundador de la república redentora, y almirante mayor del autoplaneta Valera.

JORGE GARCÍA: Capitán de corbeta. Comandante de la escuadrilla 74, y amigo del primero.

JOSAFAT AZNAR: Comodoro. Comandante de la primera división de cruceros de la segunda flota redentora.

ALFONSO IRACHE: Presidente de la república redentora.

MARÍA WOONA DE AZNAR: Esposa del almirante mayor.

JUAN TILEA: capitán de fragata. Comandante del Zaragoza.

CARLOS PELAR: Teniente. Navegante del Zaragoza.

JORGE CABIL: Teniente. Primer oficial del Zaragoza.

TINNEO BALMER ANOYÁ: Teniente. Comandante del terrier E23.

JOSÉ SAMSON: Sargento. Destacado en el terrier E23.

MARIANO MARTÍNEZ: Soldado. Destacado en el terrier E23.

JUAN INDIRSKA: Soldado. Destacado en el terrier E23.

SANTIAGO LUCAS: Sargento. Destacado en el terrier E21.

TONI SOLER: Sargento. Destacado en el terrier E21.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPÍTULO 1

LA ESCUADRILLA T75

Durante muchos años, el único ruido que había turbado el silencio de aquellas galerías era el del agua que circulaba por el riachuelo que transcurría por el suelo, y el de algunos animales, tanto de carbono como de silicio, que pasaban por allí ocasionalmente. De repente, un ruido sordo empezó a hacer vibrar las paredes, provocando el derrumbe de estalactitas de siglos de antigüedad. En seguida, se vieron un par de luces que rasgaron las tinieblas, y detrás de ellas un vehículo con forma de espolón.

Un hipotético observador que observase el lento avance de aquellos tres mastodontes metálicos, habría deducido fácilmente que la extraña forma de los mismos, un prisma esférico con la proa en forma de triángulo, parecía desarrollada específicamente para abrir túneles, y atravesar fácilmente acumulaciones de rocas por las que un vehículo menos especializado no hubiera podido avanzar.

Dentro del segundo vehículo, estaba de pie un hombre de unos treinta años con un uniforme que le caía como un guante encima de su atlética figura, y del que también destacaba la perilla que adornaba su frente. En ese preciso momento no se le veía muy contento, al contrario, ya que un rictus de aburrimiento distorsionaba su boca. El capitán de la flota redentora Alfonso Ríos estaba ejecutando una rutina de vigilancia por enésima vez en las últimas horas, que hacía que el ordenador emitiese un informe de lo detectado en el periodo transcurrido desde que había tenido lugar la última consulta.

Cuando el monitor que tenía delante, en el panel de instrumentos de su "topo", situado debajo de una gran pantalla de cristal líquido donde únicamente aparecía un túnel negro, se encendió, mostrando el resultado, lo miró distraídamente. En él aparecía un mapa del camino que habían recorrido hasta aquel instante, donde resaltaban los puntos dignos de un análisis posterior más detallado. Como siempre, el color de esos indicadores mostraba que se trataba únicamente de posibles yacimientos de minerales útiles.

Lo único que aún le llamaba la atención mínimamente de los túneles era su forma vagamente trapezoidal, sin duda resultado de millones de años de la acción del agua en dirección a los mares del centro del planeta, de donde luego volvía a la superficie, apoyada por el apisonamiento producido por el paso incesante de los monstruos esféricos de silicio que antes de la llegada de los exiliados españoles asolaban la superficie de Redención.

Realmente, hastiado de aquel invariable paisaje y de su aburrida misión, su atención estaba más concentrada en admirar el perfil de su nueva compañera de pilotaje, la teniente Irene Llosa, que en la dirigir su vehículo subterrestre, cosa que por otra parte, poca atención requería en aquellos momentos. Pensando en el informe de ella que había recibido hacía solo una semana, recordó que acababa de salir de la academia militar, con una de las mejores posiciones de su graduación. Estaba allí desde hacía pocos días para sustituir a su compañero habitual, aquejado de estrés agudo provocado por la tensión producida por las misiones. Además de por ellos, la tripulación del "topo" estaba formada por el sargento Garaz, quien en ese momento estaba a los mandos.

Este, como descendiente de una familia indígena que se había convertido al cristianismo, representaba la voluntad unificadora de Fidel Aznar, que en la inauguración de Nueva Umbita, ciudad construida en el emplazamiento de la original, destruida al principio de la guerra con los hombres de silicio, había expuesto ante todos su intención de unir los dos pueblos, el de los exiliados españoles, y el indígena de Redención en uno solo, mediante la adopción por parte de los paganos de la fe en Cristo, y los matrimonios mixtos, de los que el formado por él y Woona, era el ejemplo que todos debían seguir.

El "topo" era, como todos sus congéneres de la Armada Redentora, un aparato totalmente dirigido por su tripulación electrónica, es decir, por el conjunto de ordenadores que se encontraban integrados en la

estructura de la nave. Especialmente diseñado para recorrer las intrincadas galerías que perforaban de extremo a extremo la gruesa corteza del gigantesco planeta Redención, el "topo", previsto para una tripulación de tres personas, aunque realmente podía cobijar un cuarto tripulante, hacía honor a su nombre y se deslizaba lento pero seguro por los estrechos pasadizos en que se había convertido el túnel seguido hasta hacía pocas horas por el crucero Zaragoza.

Como el resto de aparatos de la flota, podía funcionar de forma autónoma, siendo dirigido desde otra nave mediante un control remoto. Pero en esos subterráneos, esa opción era inviable, debido a que a veces había distorsiones en la llegada de las señales, y que estas podían señalar a un hipotético enemigo la localización exacta del vehículo. Es por esto que la tripulación era humana. Además, como se suponía que sus misiones podían ser de infiltración, con la consiguiente discreción que requerían, estaba provisto de un sistema especial, que cifraba y empaquetaba los mensajes, de forma que la emisión ocupaba solo unos segundos, demasiado rápido para su interceptación.

El capitán Ríos estaba al mando de la patrulla integrada por tres pequeños topos, una de las dos que se habían desprendido del crucero en el momento en que la galería principal por la que habían estado circulando, había llegado a unas dimensiones que dificultaban cada vez más el vuelo de la nave. Esta situación no era nueva para la reducida tripulación del topo TZ50, que en los cinco días que llevaba durando la patrulla subterránea, había repetido este tipo de operaciones al menos una docena de veces, separándose de la nave madre e internándose por corredores cada vez más angostos, hasta llegar a un momento en que el camino se hacía totalmente impracticable y les obligaba a retornar sobre sus pasos.

Este tipo de misiones rutinarias eran muy frecuentes en la escuadra donde estaba enclavado el crucero Zaragoza, destinado en servicio de patrulla lejana por las profundidades próximas al helado polo sur del planeta. Aquellas latitudes, a causa del extremo frío reinante en las mismas, aparentaban estar totalmente desiertas, pero la experiencia demostraba que no podían confiarse, ya que pese a los años transcurridos desde el final de la guerra entre los descendientes de aquellos primeros hispanos que llegaron a Redención dos siglos atrás, y la Humanidad de silicio que habitaba el centro hueco del planeta, la situación dejaba de estar totalmente controlada.

Hacía ya treinta años que la guerra entre ambas humanidades se había dado oficialmente por concluida con la victoria absoluta de los refugiados provenientes de la Tierra, y la total desaparición de la flota, la industria, y el ejército de los Hombres de silicio, junto con la destrucción de todas las ciudades que se habían extendido por la superficie de Silicia, como había sido llamado el reino de los hombres de silicio.

Este nombre, aparecido durante las primeras fases de la guerra, no era

muy correcto, ya que según las informaciones conseguidas de algunos de los prisioneros capturados, y que habían podido ser interrogados gracias a una modificación de los aparatos traductores que estaban alojados en las cabezas de los ídolos de Tomok, desde donde vigilaban a los humanos de la superficie, la configuración política de los territorios del interior del planeta consistía en una confederación de ciudades-estado.

También se había demostrado la incapacidad de los monstruos de silicio para crear un gobierno central fuerte. Si bien eso posibilitaba una mayor libertad de los ciudadanos, en el momento de la invasión, obstaculizó la coordinación de recursos, que habría sido muy útil para establecer una resistencia efectiva contra el ataque de los tripulantes del Rayo y sus aliados, lo que sin duda tuvo una gran influencia en su derrota.

Como consecuencia de la exitosa campaña de aniquilación, estos habían dejado de existir como una nación organizada, pero desgraciadamente era totalmente imposible estar seguros de su exterminación, ya que la corteza del gigantesco Redención estaba horadada por infinidad de túneles y cavernas, y hasta la fecha había sido totalmente imposible proceder a la exploración detallada de todos y cada uno de ellos, lo que se veía agravado por el hecho de que las previsiones más optimistas mostraban que solo se conocía la existencia de la mitad de los mismos.

Con este objeto se habían creado los topos. Estos eran diminutos aparatos de dedona levemente acorazados, mezcla de zapatilla volante y torpedo subterrestre, que debían permitir a sus tripulantes deslizarse con seguridad por pasadizos de pocos metros de diámetro. Gracias a estas misiones de exploración, se estaba confeccionado un mapa detallado de la corteza del planeta, que era actualizado cada día con las informaciones traídas por las patrullas durante ese período.

Su resultado más inmediato había sido el descubrimiento de grandes cavernas, que después de ser limpiadas de sus ocupantes anteriores, fueron adjudicadas a la flota y al ejército, que procedieron a acondicionarlas para su utilización como almacenes, cuarteles, refugios para casos de emergencia, y bases. Con esta táctica, se ganó tiempo para la colonización de la superficie, al disponer ya de silos naturales. Precisamente, el cuartel general de la Segunda Flota, donde estaba encuadrada el Zaragoza, estaba situada en uno de estos, que compartía con la Quinta Flota.

El capitán conocía perfectamente que las misiones eran imprescindibles para mantener la paz. Pero eso no quitaba el hecho de que aquel ambiente opresivo, sumado a que los hombres estaban en tensión constante provocada por que nunca sabían que encontrarían después de la siguiente curva, y que todo y la seguridad que ofrecían los topos, siempre había el peligro de quedar atrapados, atacaba la moral. Eran bastantes comunes las malas interpretaciones. Pero es que además, últimamente habían

empezado a aparecer casos de alucinaciones, y incluso algunos miembros de la patrulla estaban enfermos.

Pero tampoco era la situación tan mala, ya que la repentina baja de su primer oficial, había tenido como consecuencia inesperada el traslado a su unidad de la teniente Llosa. Y tenía que reconocer que el cambio era beneficioso para la moral, como mínimo la suya. Pero no pudo solazarse mucho en la excelente figura de la oficial, ya que de repente, la atención de ambos pilotos fue atraída por un zumbido y un destello que acababa de aparecer en el salpicadero del vehículo, y que indicaba que uno de los componentes de la escuadrilla querían establecer contacto con ellos. Atendiendo a la llamada, el capitán Ríos estableció contacto con el topo que iba en vanguardia:

- Atención TZ50 ! Atención TZ50 ! Aquí TZ51. Cambio

- Le escucho, TZ51

- Señor, tenemos novedades. El túnel se bifurca en dos galerías y no sabemos por cual dirigirnos. Solicito instrucciones

- ¿Le parece a usted que una de las dos es más importante o concurrida que la otra?

- Pues la verdad es que no. Lo único que las diferencia es que van en direcciones contrarias.

- Ya veo. Conecten los detectores pasivos - estos se caracterizaban en que solo detectaban aquello que les llegaba, sin hacer ningún tipo de emisión, lo que dificultaba considerablemente la detección del vehículo donde estaban colocados - y busquen cualquier tipo de emisión. Infórmenme cuando tengan los resultados.

Pocos minutos después, de nuevo recibieron una llamada del topo T751:

- Señor. No hemos detectado absolutamente nada en ninguno de los dos túneles. ¿Qué cree que tenemos que hacer?

Después de pensar brevemente las diferentes opciones entre que podía escoger, el capitán Ríos se dirigió a su copiloto y le comentó:

- ¿Que opina usted, Teniente?. Llevamos ya varias horas alejándonos del crucero, y no me parece adecuado dividir nuestras fuerzas. Además, dentro de poco está prevista la transmisión de la partida de Valera hacia la Tierra y me gustaría verlo sentado tranquilamente en mi butaca de la sala de oficiales del Zaragoza, sin mencionar que ya sería hora de dar un descanso a las tripulaciones.

- Concuerdo plenamente con su opinión, señor. Yo también estoy ansiosa por asistir, aunque sea por medio de un aparato de televisión, a ese

magno acontecimiento, para el que durante tanto tiempo se ha estado preparando nuestro pueblo.

- Bien, entonces estamos de acuerdo.

Y empuñando el micrófono, ordenó:

- Atención TZ51 y TZ52 !. Creo que ya es tarde para continuar la exploración. Así pues, vamos a dejar una baliza en este cruce, y mañana volveremos con más naves a continuar la exploración a partir de este punto. Esperen a que la hayamos colocado, y entonces inviertan el rumbo y regresemos al Zaragoza.

Mientras el capitán daba las ordenes, la Teniente Llosa presionó los controles adecuados para soltar la baliza en una hendidura que había localizado en la pared izquierda del pasadizo, cerca del cruce. Este aparato de únicamente un metro de altura, consistía principalmente en una pequeña cámara de televisión y otros sensores que irían registrando todos y cada uno de los movimientos o cualquier otro tipo de incidencias que se produjeran en las cercanías, de modo que cuando la flotilla regresara a esta bifurcación, podrían conocer todo lo que hubiese pasado desde su colocación hasta ese momento.

Este sencillo registrador estaba íntegramente fabricado de dedona, alimentado por una potente batería, de modo que no emitía ningún tipo de radiación. Gracias a esta inteligente idea, y una vez escondido en alguna grieta, era prácticamente imposible de detectar excepto con medios visuales. Con este método, se habían localizado en anteriores ocasiones grupos de Hombres de cristal, que pasaban por sus proximidades sin sospechar su presencia. La lástima era que esa información no podía ser enviada por radio, a fin de evitar ser detectada, y había que regresar a por la baliza más adelante.

Una vez finalizada la operación, que se consumó rápidamente en pocos minutos, los tres aparatos emprendieron el regreso. Cuando únicamente llevaban unos minutos de marcha, la teniente Llosa se dirigió a su superior, comentando:

- Yo también tengo muchas ganas de ver la salida de Valera. Es más, aceptaría sin dudarlo un momento la posibilidad de ir con ellos, en vez de quedarnos en estas aburridas misiones. Imagínese, volver a la Tierra de donde nuestros antepasados tuvieron que exiliarse, a liberar a nuestros hermanos cautivos de las garras opresoras de la Bestia Gris. Sin duda, será una aventura emocionante y arriesgada.

- Seguro que todos los que se han de quedar aquí piensan lo mismo que usted. Pero que se le va a hacer. Seguro que aún recuerda toda la propaganda con la que se anunciaron las pruebas y exámenes de selección que hicieron a todos los aspirantes que querían formar parte de la tripulación de Valera, y la exhaustividad de los mismos. Se superaron las previsiones más

optimistas, y al final tuvieron que hacer tres rondas para reducir los elegidos al número máximo aceptado. Yo me quede en la segunda. ¿Y usted?

- Más o menos como usted. Pero yo me refería al hecho de que la guerra de liberación puede ser muy larga y dura.

- Posiblemente, pero yo creo que el riesgo no será muy grande. Recuerde que la dedona de Valera con la que están hechos los actuales aparatos de nuestra flota es prácticamente indestructible, y si ya en el pasado las aeronaves del Rayo tenían que estar sometidos durante varios minutos a la acción de los Rayos Z de la Bestia antes de ver su integridad estructural comprometida, espero que ahora la situación aún será más favorable a nosotros y aquello será un paseo militar.

Además de la coraza que protege nuestras naves, también hemos de tener en cuenta las nuevas tácticas, desarrolladas específicamente para derrotar a los thorbod, y sobretodo la ayuda que nos brindaran los nuevos rayos Z, desarrollados a partir de aquella invención de los hombres de silicio, que nos pusieron en apuros durante el principio de la guerra, los cuales derretirán las naves enemigas como si fueran de mantequilla.

- Dios le oiga, capitán.

- Lo que no me gusta es la situación en que nos quedamos nosotros, aquí en Redención. Valera es la única fuente de dedona de esa densidad conocida, y aunque han dejado una nutrida flota y reservas de material suficiente para construir muchas más, me siento como huérfano al perder de vista a nuestro Valera.

- Perdone, capitán, pero ......

- ¿Pero, qué...?

- Corre algunos rumores relacionados con el hecho de que la prisa del Alto Mando para rescatar los planetas pertenecientes al sistema solar, de manos de la Bestia, les ha hecho ser poco prudentes, y que hubiese sido mejor esperar unos cuantos años más, hasta dejar la situación de este planeta totalmente resuelta. Tanto lo mejor de la flota como los mejores pilotos parten hoy hacia la Tierra....

- Bah !, no se preocupe. Acuérdese de la promesa hecha por el gran Miguel Ángel a los terrestres en vísperas de la evacuación del planeta, de que volvería a salvarlos tan pronto como le fuese posible. Además, seguro que el Almirante Mayor Fidel Aznar sabe lo que se hace. Fíjese que únicamente se limita a cumplir lo que su padre le rogó que hiciera, cuando estaba expirando, después de ser herido de muerte por el escorpión de silicio.

Sin saber como rebatir las entusiastas ideas del capitán, Irene Llosa se dio por vencida, hizo un mohín de disgusto y guardó un hosco silencio durante el resto del viaje. Se había enterado al poco de pasar a formar

parte de la tripulación del Zaragoza, que el segundo apellido del capitán Ríos era Aznar, y ella formaba parte de un grupo de la oficialidad de la flota, donde empezaba a gestarse un cierto descontento sobre la forma en que los miembros de la Tribu, como gustaban de llamarse a si mismos los numerosos descendientes de aquel primer Aznar, estaban copando los altos mandos de la Armada. De ahí que en algunos círculos, se tendiese a poner en tela de juicio sus decisiones.

Mientras esta conversación tenía lugar, la reducida flotilla continuó con su marcha en dirección al Zaragoza, dejando tras de si al pasadizo que acababan de abandonar envuelto de nuevo en densas tinieblas, y allí, en una grieta entre dos rocas, la diminuta baliza, testigo mudo de lo que pudiera acontecer.

CAPÍTULO 2

LA SALIDA DE VALERA

Pocas horas después, los topos se reunieron de nuevo con el Zaragoza. Una vez se hubieron identificado, y se les dio permiso para ingresar en su interior, se colocaron en su parte trasera, donde merced a un ligero aumento en la carga eléctrica aplicada a la dedona del casco, se elevaron para poder entrar fácilmente en el hangar del crucero, construido especialmente para ellos.

Este era un gran cilindro con tres cubículos a cada lado, que tenían la función de servir como lugar de aparcamiento para los vehículos de exploración. Allá también eran sometidos al mantenimiento diario, se los ponía a punto para la siguiente misión, y eran reparados en caso necesario. En el momento en que entró la patrulla del Capitán Ríos, la mitad de los cubículos ya estaban llenos, y en el hangar, únicamente había tres oficiales de cubierta que los fueron guiando hasta sus lugares de reposo.

Una vez todos los vehículos estuvieron aparcados, se abrieron las escotillas laterales, y su tripulación saltó a la cubierta del hangar. Momentos después, cuando el capitán acabo sus movimientos gimnásticos habituales, para volver a poner sus músculos en marcha después de una misión de este tipo, y que eran jocosamente comentados por los demás miembros de su patrulla, que no compartían su afición por el ejercicio, se dirigió a un miembro del personal de cubierta, que estaban acabando de amarrar los vehículos para que no se movieran por accidente mientras estaban parados..

- Sargento, podría venir un momento por favor?

- A sus órdenes, mi capitán.

- ¿Hace mucho que ha llegado la patrulla del capitán García?

- Ya debe hacer como una media hora.

- ¿Y sabe como les ha ido?

- Oh, tampoco han comentado mucho. Se han ido en seguida a los ascensores, y sólo me han dicho que ha sido tan aburrida como siempre.

- Bueno, pues muchas gracias. ¿A propósito, sabe si se ha confirmado la hora de salida de Valera?

- Pues claro. Precisamente ya me estaba impacientando de como tardaban

tanto ustedes. Media hora más, y me perdía el comienzo de la ceremonia.

- Pues no le entretendré más. Puede retirarse.

- Gracias, capitán, hasta luego.

A continuación, se dirigió, seguido de su tripulación, a uno de los tres ascensores neumáticos que comunicaban el hangar con los demás pisos de la nave, Después de que parte de sus hombres se apearan en la zona destinada a la tropa, él y sus tres tenientes subieron hasta la sala de oficiales.

Esta era una gran habitación con una mesa en el centro, rodeada de sillas y butacas, que hacía las veces de sala de conferencias, comedor, y sala de juegos. En las dos esquinas enfrente de la salida del ascensor, que estaba situado en medio de una pared, al otro extremo de donde estaban los dos aparatos de televisión, empezaban sendos pasillos que conducían a las diferentes habitaciones de los oficiales, todas individuales.

Toda la oficialidad libre de servicio, que se encontraba reunida en la sala, mirando uno de los grandes televisores, se giró al oír el ruido de la puerta de los ascensores, y miró a los recién llegados. Entre ellos, se encontraba el capitán García, gran amigo de Alfonso Ríos, que se levantó y le saludó.

- Hombre, Alfonso, ya era hora que llegarais. Algunos ya empezábamos a pensar que queríais arruinarnos la velada a propósito, y que habíais hecho como que os hubieseis quedado atrapados.

- Si, claro. Ya te gustaría a ti eso. Así, cuando me hubieras rescatado, podrías decirles a todas las chicas que tu, el valiente y altruista capitán Jorge García, me habías salvado heroicamente, y arriesgando tu vida. Naturalmente, aderezarías la historia con todo lujo de detalles.

- Ja, Ja, Ja. ¿Y como lo has adivinado? ¿Eres telépata o algo por el estilo, y nunca me lo habías dicho en los años que hace que nos conocemos?. ¿A propósito, quien es esta beldad que está a tu lado, tu última conquista?

- Pues….

En ese momento, la teniente Llosa, que empezaba a mostrarse molesta por el cariz que estaba tomando la conversación, interrumpió diciendo.

- Pues no, capitán, no soy su última conquista ni nada por el estilo. Soy únicamente la teniente Llosa, recién llegada a la patrulla del capitán Ríos, por enfermedad de mi antecesor, y aunque haga poco tiempo que haya acabado mis estudios en la academia de Carida, y esta sea mi primera misión, deseo que se me respete a bordo.

Sorprendido por la reacción, Jorge únicamente pudo balbucear.

- Le pido mil perdones si la he ofendido. Nada más lejos de mi intención. Sólo estaba haciendo algo de broma con un viejo amigo.

- Ya, pero la próxima vez vayan con más cuidado. Y ahora, si no les importa, iré a asearme para poder ver el lanzamiento en condiciones. ¿Ah, capitán, no era usted el que tenía tanta prisa por llegar a tiempo?

- Si, si, gracias, ya voy. Hasta ahora.

- Hasta ahora.

Y de esta forma, desapareció la teniente en dirección a los módulos higiénicos, pero no sin antes mostrar su esbelta silueta a los ojos de los dos oficiales que tras dedicarle una larga mirada, continuaron su conversación.

- No está nada mal, y menudo carácter tiene. ¿Es tu tipo, eh?

- Bueno, no sé, ya veremos. Como ella ha dicho, nos acabamos de conocer, y aún no hay nada claro.

- ¿Y este es mi amigo? Normalmente, en el tiempo que llevas junto a ella, ya te habrías ligado dos o tres.

- Si, si. Bueno, me voy a duchar, que sino aún me perderé el principio de la ceremonia. Hasta ahora.

- Adiós, y ves con cuidado que no te succione!.

Este último comentario se refería al sistema de secado ultrarápido por vacío que estaba actualmente en pruebas en las duchas de algunos cruceros de la flota, y que como su nombre indicaba, succionaba todas las gotas de agua que quedaban enganchadas al cuerpo después del baño en muy pocos segundos. La sensación que dejaba en sus usuarios variaba entre el de una exquisita caricia y el paso por su cuerpo de una aspiradora a toda potencia. Era por eso que estos últimos se quejaban de que tenían miedo que un día fueran absorbidos, y desapareciesen sin dejar rastro.

Veinte minutos más tarde ya estaba de vuelta en la sala común, y se situó cerca de los miembros de su patrulla, rival amistosa de la del capitán García en lo que refería a quien sería la primera en detectar hombres de silicio. El mando fomentaba estas competiciones, ya que eran beneficiosas para la causa. En el televisor, que estaba sintonizado en el canal de los “mineros”, como eran apodados los tripulantes de los topos por el resto de la flota, se podía ver en esos momentos un reportaje sobre las noticias más interesantes transcurridas durante ese día en los túneles.

Alfonso aprovechó el momento de relajación que se le presentaba para ir componiendo mentalmente el informe de las actividades diarias de su patrulla, que tenía que entregar a primera hora del día siguiente al comodoro Josafat Aznar, su superior inmediato, a la sazón comandante de la primera división de cruceros de la segunda flota redentora, de la cual el Zaragoza era la nave

insignia.

Prácticamente había acabado, cuando de repente en el televisor apareció la bandera redentora, del sol naciente sobre fondo blanco, y con el Rayo encima, acompañada por el himno de la nación, y toda la oficialidad se puso en pie. Cuando este llego a su fin, apareció por la pantalla la cara morena y seria del comodoro Aznar, que se dirigió a su tripulación.

- Señoras y señores, les deseo a todos buenas noches. Hoy es un día histórico para la historia de la Humanidad, sin duda el más importante desde el descubrimiento de Redención. Después de dos siglos de un frenético trabajo de preparación, que ha involucrado a todas las capas de la sociedad redentora, al fin nuestra poderosa armada está preparada para zarpar hacia la Tierra, con el objetivo de liberar a nuestros hermanos del yugo de la abominable bestia gris, al que están sometidos desde hace tanto tiempo.

>>Todos ustedes conocen el largo camino recorrido desde que el 8 de noviembre del año 2806, fecha de nuestra fiesta nacional, el Rayo amerizó en el Océano Wooniano, y los exiliados españoles pisaron por primera vez la faz de este mundo. A partir de ese día, empezó un proceso imparable de colonización de Redención, que culminó su primera fase hace pocos meses, con el alistamiento definitivo del autoplaneta Valera, nave insignia de la flota.

>>Precisamente hoy es el día en que esta flota saldrá hacia el Reino del Sol, y estoy seguro que cada uno de ustedes desearía encontrarse en estos momentos a bordo de la misma, aún a sabiendas que pasarán siglos antes de volver a este sistema, y que para entonces todos sus amigos y conocidos habrán muerto.

>>Pero bueno, ya va siendo hora de que les cedamos el protagonismo a esos privilegiados, a los que estoy seguro que todos envidiamos. En consecuencia, vamos a enlazar con la televisión mundial, para que ya que nos es imposible estar allí en este momento, al menos podamos gozar del acontecimiento.

Poco después de ser pronunciadas estas palabras, la imagen del aparato pasó a mostrar desde bastante altura la imagen de un gran bosque, surcado por un caudaloso río, y a poca distancia de una ciudad, abarrotado de un público enfervorizado que no quería perderse ni un instante de la ceremonia a la vez de inauguración y despedida de Valera y las gentes que lo guarnecían. La cámara que iba saltando de grupo en grupo, mostraba desde granjeros vestidos con sus mejores galas para la ocasión, a representantes de las familias nobiliarias de Redención, pasando por algunos miembros de las fuerzas armadas que disfrutaban de un permiso especial para la ocasión, curas y obispos.

Todas estas personas rodeaban un gran monumento donde podía verse la

insignia del Rayo, y que tenía en su cúspide una tarima con un grupo de personas detrás de la misma. Correspondía el monumento a la tumba de Miguel Ángel Aznar de Soto, situada en el parque del mismo nombre, en la ciudad de Nuevo Madrid, capital de Redención. A diferencia de su antecesora terrestre, que estaba construida enteramente bajo tierra, pero también diferenciándose de las ciudades terrestres de superficie anteriores a las guerras nucleares, había optado por un modelo mixto.

Así pues, mientras gran parte de la ciudad seguía el modelo clásico de los rascasuelos, parte de esos edificios eran a su vez rascacielos, que estaban separados por grandes bosques atravesados por amplias avenidas. Las fabricas y demás instalaciones industriales estaban bajo tierra, donde sus emisiones no podían contaminar el aire. Al contrario, estas eran captadas por grandes colectores que la reciclaban en materiales de construcción, generando electricidad en el proceso. En cambio, los organismos públicos estaban en los edificios de la superficie, si bien tenían debajo un duplicado por si se producía un ataque. Finalmente, la población estaba dividida en lo que se refería a vivir sobre o bajo tierra, con una ligera mayoría de estos últimos.

En el parque, situado en la periferia de la ciudad, destacaban la presa Duarte, la primera construida en Redención, que llevaba el nombre del ingeniero responsable de su construcción, el río Rayo, que surgía de la misma, y la tumba, donde además del mausoleo propiamente dicho, había una estatua de diez metros de altura del almirante, que tenía a sus pies una inscripción con el siguiente texto, el cual enfocó la cámara.

AL DESCUBRIDOR DE REDENCIÓN, Y GUÍA DE LA HUMANIDAD

MIGUEL ÁNGEL AZNAR DE SOTO

ZARAGOZA 1942- MURALLA DE LA SALVACIÓN 2807

Inmediatamente después, subió al cielo, donde se veía una pequeña luna orbitando el planeta, y volvió al estrado del monumento. En ese momento enfoco la cara de tres de las personas que se encontraban en él. Los tres hombres eran mayores, y mientras uno llevaba un traje de etiqueta, otro era evidentemente un miembro de la curia papal, que se había establecido en el exilio en Redención, y el último lucía un blanco uniforme de la Armada, sobre el que destacaban las cuatro estrellas de la charretera. En ese momento, se oyó la voz del locutor.

- Apreciados televidentes. Nos encontramos en estos momentos en el monumento al Descubridor, donde Su Santidad el Papa Santiago II, sus excelencias, el Presidente de la República, don Alfonso Irache, y el Almirante Mayor de la flota, don Fidel Aznar, van a pronunciar sus últimos discursos antes de la partida de la Fuerza Expedicionaria que tiene la misión de liberar

el Sistema Solar de los ocupantes thorbod. Precisamente, parece que justo ahora va a comenzar la misa solemne durante la cual se procederá con la inauguración oficial de Valera, y se impartirá una bendición "urbi et orbe", dirigida especialmente a la tripulación del planetillo.

El oficio se prolongó durante la siguiente hora. Cuando finalmente acabó, se volvió a oír la voz del locutor, que anunció.

- Y ahora, el momento que todos estaban esperando. El Almirante va a iniciar su último discurso ante los habitantes de Redención.

Inmediatamente, la cámara enfocó en un primer plano el rostro de Fidel Aznar, que comenzó pronunciando las siguientes palabras:

- Santidad, señor Presidente, compañeros del Estado Mayor, y demás asistentes a este acto, les doy las gracias por su asistencia. Por fin ha llegado el día por el que todos hemos estado trabajando desde hace muchos años. Nos ha costado mucho tiempo, pero al fin estamos preparados para cumplir la palabra que dio mi padre a los terrestres, en el clímax de la Batalla de Madrid, de volver a liberarlos algún día.

>>Me consta que mucha gente ha invertido todo su esfuerzo y sacrificio para conseguir la materialización de este sueño, que algunos consideraban imposible, y tengo el deber y el privilegio de agradecerles públicamente toda la ayuda prestada. Ahora que tenemos que irnos, sé que todos ustedes están orgullosos de su trabajo, y mantendrán nuestro recuerdo intacto hasta que Valera vuelva victoriosa, dentro de varios siglos.

>>He visto evolucionar este planeta desde el estado salvaje en que lo encontramos aquel día, ya muy lejano, en que di la orden de abrir las compuertas del Rayo, y respiramos por primera vez este aire, hasta ahora, y os aseguro que ninguno de los miembros de la flota y del ejército, que zarparán en seguida, os olvidaremos jamás.

>>Y nada más …sólo un ¡Hasta siempre!.

A continuación, y rodeado de aplausos y vítores que vociferaban "Fidel, Fidel", se dirigió acompañado de su bella esposa, María Woona de Aznar, al venerable destructor Navarra, el primero que surcó los aires de Nueva España. A sus pies estaba situada una guardia de honor vestida con el uniforme de gala, que acompañada por una banda militar que interpretaba el himno valerano, le saludó mientras recorría la alfombra roja que conducía a la escalera de acceso. Finalmente, después de darse la vuelta para saludar por última vez a la multitud, desapareció en su interior. En pocos segundos despegó, y escoltado por una gran cantidad de zapatillas volantes, se alejó en dirección al autoplaneta.

Media hora después, una vez el presidente acabó su discurso, la

cámara mostró una vista desde la órbita, con Valera en primer plano. Rápidamente, y como si se encontrara dentro de una nave, se acercó a él, penetró en su interior por una de las esclusas de la zona polar, sobrevoló las inmensas flotas de la fuerza expedicionaria, y dirigiéndose hacia la Plaza de España, pasó a verse la sala de derrota del autoplaneta. En medio de la misma, destacaba la majestuosa figura del almirante, que en un estudiado gesto que llevaba muchos años ensayando, se dirigió a un micrófono cercano y pronunció.

- Del Almirante Mayor al primer oficial de derrota. Pongan en marcha las máquinas. Zarpamos. Rumbo a la Tierra.

Inmediatamente, el autoplaneta empezó a moverse. En las pantallas, que habían vuelto a la órbita, se observaba al planetillo desplazarse con velocidad creciente, y hacerse cada vez más pequeño, hasta desaparecer finalmente de la vista.

A continuación, apareció la faz del locutor, que intentaba secarse las lagrimas que humedecían sus ojos, y que no había dicho nada durante la última media hora, sin duda embargado por la emoción. Después de un momento de silencio, hable.

- Apreciados televidentes. Hasta aquí ha durado la ceremonia, que espero que les haya conmocionado tanto como a mi. Ahora podrán ver ustedes un reportaje sobre el descubrimiento y las modificaciones por las que ha pasado Valera antes de estar lista para su augusta misión. Pero antes, un consejo de parte de nuestro patrocinador…..

CLIC fue el sonido que hizo el interruptor del televisor cuando fue desconectado por un emocionado capitán Ríos, que al mirar a sus compañeros oficiales, descubrió que todos también tenían las lágrimas a punto de saltarles, y que el silencio era tan espeso que se podía cortar con un cuchillo. Como no se trataba de eso, y para romper la tensión, gritó:

- Vamos, arriba todos, y animaos. Que esto es una fiesta, y no un entierro. Poned la música, sacad las botellas y los vasos, y celebremos la partida como se merece, que no volveremos a experimentar algo así en el resto de nuestra vida.

Lentamente, el resto de sus amigos fueron reaccionando, y pronto estuvieron riendo, y bailando. Durante las dos horas siguientes todos se lo pasaron muy bien, excepto Alfonso, que chocó con una muralla impenetrable en todos sus intentos de hablar con Irene. Pero todo tiene un fin, y a las dos de la mañana, aunque le desagradaba profundamente, se vio en la obligación de ordenar a sus hombres que se fueran a dormir.

- Señores, lo siento. Pero es hora de retirarnos. Ya se que todos se deben estar divirtiendo mucho, pero recuerden que mañana tenemos que continuar la misión, y los quiero a todos a punto. Así que apaguen la música, y hagan el

favor de dirigirse a sus aposentos.

Todo y algún amago de protesta, y mientras mascullaban que así no había manera de divertirse, reconocieron la sensatez de esas palabras, y todos fueron marchándose. En cinco minutos, la sala quedó vacía. Entonces, redujo las luces al nivel de descanso, y también fue hasta su camarote.

CAPÍTULO 3

EL DERRUMBE

Eran las ocho y media de la mañana, y la grabación de toque de diana almacenada en el ordenador principal de la nave, dejó oír su sonido por el circuito perifónico del crucero Zaragoza. Aunque en el interior de aquellas galerías subterráneas no había diferencia entre el día y la noche, los relojes de a bordo seguían funcionando y rigiendo con sus manecillas la vida de la tripulación.

El capitán Ríos se levantó con una cierta somnolencia, producto sin duda de la larga vigilia de la noche anterior, buena parte de la cual la pasó junto a la mayoría de la tripulación, viendo como el autoplaneta Valera desaparecía en la inmensidad del cosmos, rumbo a la Tierra, y en la celebración que siguió a ese hecho.

Una rápida ducha le devolvió la plena conciencia y se dirigió rápidamente al comedor de oficiales, donde coincidió con la teniente Llosa y el resto de su escuadrilla. La teniente se sentó al otro extremo de la mesa y no le dirigió la palabra, aparentemente todavía molesta por el episodio de la noche anterior. En esos momentos, apareció el capitán García, que recogió su desayuno de la expendedora automática.

Esta sintetizaba la mayor parte de los alimentos a partir de los desechos orgánicos producidos durante el día anterior. Esta estrategia, desconocida para todos los miembros de la tripulación exceptuando los técnicos encargados de su mantenimiento, hacía posible reducir al mínimo el espacio de almacenaje para las provisiones. Así no solo se conseguía una mayor autonomía, sino que el espacio ahorrado había sido redistribuido como hangares y zonas de esparcimiento. Esto resultaba en un aumento de la calidad de vida, y mayor intimidad para los tripulantes, lo que les permitía resistir mejor las largas misiones y la sensación de claustrofobia pareja a éstas.

Como una atención especial a los oficiales, sobre cuyos hombros descansaba la vida de muchos hombres, existía la posibilidad de disponer de un desayuno a medida. Se trataba de que una vez al mes dijesen lo que más le gustaba, menú que les era servido a partir de ese momento hasta la siguiente elección. A cambio perdían variedad en su dieta, pero después de muchos estudios, se había demostrado que esa era la mejor opción.

Pero a Jorge García todo eso le traía sin cuidado en ese momento.

Malhumorado a causa de una ligera resaca resultado de haber celebrado demasiado entusiastamente la salida de Valera, no tenía ninguna gana de volver a embutirse dentro de un topo para una aburrida misión de reconocimiento, que como de costumbre, no iba a encontrar nada. Su amigo Alfonso dedujo que le pasaba algo, y le saludó diciendo:

- Buenos días, Jorge. ¿Qué, como has dormido? ¿Estás preparado para otra gloriosa jornada de servir a la patria al mando de tu patrulla?

- Ja, ja, muy gracioso. Como se nota que tu no tienes resaca.

- ¿Ah, pero tienes resaca? Pues lo disimulas muy bien.

- ¿Qué, te ha dado hoy por la vena irónica? ¿Es que tu no estás harto de estas interminables misiones en busca de un enemigo que seguro que hace muchos años que está extinguido?

- Hombre, un poco si. Pero has de reconocer que anteriormente, en circunstancias parecidas a las actuales, cuando parecía que ya se había acabado todo, han habido descubrimientos inesperados. Piensa por ejemplo en el hallazgo de aquella base debajo de la península Blanco hace solo un mes.

- Vale, de acuerdo, tienes razón. Perdona, pero es que esta situación de incertidumbre le come los nervios a cualquiera. Los índices de depresiones y enfermos de estrés aumentan más a cada día que pasa. Si no volvemos pronto a la base, nos volveremos todos locos.

- Si, ya lo se, nosotros debemos ser de los pocos oficiales que se leen todos los informes que nos llegan. Pero bueno, puedes estar tranquilo, que solo falta una semana antes de que nos releven, y podamos respirar aire puro, y no esta porquería reciclada, y ver de nuevo a nuestras familias.

- Que Dios te escuche. A propósito, ¿Qué misión tenéis que hacer hoy?

- Pues mira. Ayer dejamos una baliza en un cruce bastante lejano de aquí, y hoy, si no hay ninguna orden en otro sentido, volveremos a buscarla, ver si ha detectado algo, y a partir de eso, decidir como tenemos que continuar la exploración.

En ese momento, miró su reloj de pulsera, y dándose cuenta que se le estaba haciendo tarde, exclamó:

- Jorge, siento interrumpir esta conversación tan amena, pero me temo que ya es hora que me marche.

- No pasa nada, que ya lo entiendo. Ahora que lo pienso, yo también tendría que ir a recoger mis ordenes. Ya nos veremos por la tarde. Ten cuidado y buena suerte.

- Gracias. Hasta luego.

En seguida terminó su café, y poniéndose de pie, el capitán Ríos ordenó:

- Vamos muchachos, tenemos que completar nuestra misión de ayer. Así que salimos dentro de veinte minutos.

Con un ruido de arrastre de sillas, el resto de la tripulación de los tres topos que constituían la escuadrilla, siguió a su capitán hacia el hangar y fue ocupando sus posiciones a bordo de los tres diminutos aparatos. Una vez todos dentro, se cerraron las escotillas, se conectaron los motores, y empezaron a moverse hacia la puerta del hangar guiados por el personal de cubierta.

Poco después abandonaban el crucero Zaragoza, y procedían a adentrarse por uno de los túneles contiguos, recorriendo de nuevo el mismo camino del día anterior, si bien con más rapidez, ya que el sistema informático del aparato había memorizado la ruta y la recorría a toda velocidad.

Cuando aún no había transcurrido media hora desde que habían salido del Zaragoza, la teniente Llosa se giró hacia el sillón situado en el centro del aparato, donde estaba sentado el capitán, y comentó:

- Capitán, dentro de un cuarto de hora llegaremos a la encrucijada donde ayer dejamos la baliza. ¿Qué haremos al llegar allí?

- Seguiremos el procedimiento habitual. Es decir, recogeremos la grabadora de la baliza, repasaremos rápidamente el contenido del disco compacto, y a continuación seguiremos cada uno por uno de los túneles. Si estos se estrechan demasiado, quizás convenga continuar un poco a pie o utilizar la "oruga", ya veremos...

Mientras hablaba, Alfonso Ríos observaba a su bella compañera y creyó ver un ligero temblor en sus labios al oír mencionar la posibilidad de seguir a pie. No obstante, el capitán decidió no darle más importancia, pensando que al ser su primera misión, era lógico que estuviera algo nerviosa.

Y efectivamente, al cabo de poco tiempo, el topo empezó a reducir automáticamente su velocidad, señal de que detectaba que estaba llegando al final de la ruta conocida, y finalmente se detuvo. Entonces, una vez el capitán hubo comprobado que se hallaban en el punto hasta donde llegaron el día anterior, ordenó.

-Teniente, saque el brazo automático y recoja la baliza.

- A la orden, señor

Después de estar manipulando durante unos minutos mediante una palanca la extensión mecánica, en su búsqueda de la baliza, al final cesó en sus esfuerzos, y visiblemente azorada, se dirigió al capitán.

-¿Perdone que le moleste, señor, pero podría recordarme donde dejamos la baliza ayer por la tarde?

- ¿Cómo, no se acuerda Vd...? Ahí a la derecha, en una de aquellas grietas.

- Eso creía yo, pero no hay manera de encontrarla.

- Cómo que no, déjeme a mi....

Y renegando para sus adentros de la falta de pericia y formación de las nuevas generaciones de oficiales, el Capitán accedió a la grabación de la misión del día anterior, para que encontrando el momento en que se hizo la "siembra", indicase al brazo automático el punto exacto donde tenía que buscar la baliza.

Pero a los pocos instantes, el propio Alfonso Ríos tuvo que reconocer que el aparato detector no parecía encontrase por aquella zona. Puso entonces en funcionamiento el radar de baja intensidad, pensado para emitir con el mínimo peligro de detención, con el que estuvo buscando una masa de alta densidad, ya que al estar la baliza construida de dedona, debía ser fácilmente localizable de entre el resto de rocas que poblaban la galería, pero fue en vano...No se veía ninguna señal de ella....

-Esto es muy raro. Teniente: avise a la tripulación de los otros dos topos que se dispersen por los alrededores, y que pongan en marcha todos sus detectores activos que sean menos "escandalosos", me imagino que ya sabe a que me refiero. Mientras tanto, usted, sargento Garaz, se quedará en el nuestro y nosotros bajaremos a echar un vistazo. No se olvide de comunicarnos cualquier novedad.

- Descuide, señor. No se me escapará nada de lo que pase.

Fijándose en que la teniente estaba dubitativa ante la perspectiva de salir del seguro vehículo, y aventurarse en el exterior, le ordenó.

- ¿Es que no me ha oído?. Haga el favor de calarse la escafandra, coja una linterna infrarroja, un fusil, y vamos a ver que ha ocurrido.

- ¿Perdone, mi capitán, pero cree Vd que es prudente que salgamos al exterior...?

- Teniente ! Ya está bien ! Obedezca mis órdenes !

Los dos jóvenes abrieron la escotilla posterior y saltaron al polvoriento suelo. Los focos del topo iluminaban la parte delantera, por lo que enfocaron sus linternas de luz visible hacia la pared de la derecha y se dirigieron hacia ella, mientras los otros dos topos se apartaban, marchando uno hacia adelante y el otro hacia atrás, al mismo tiempo que encendían sus detectores activos. Estos detectores podían penetrar por lo recovecos del túnel a varios centenares de metros, si bien habitualmente no se utilizaban ya que producían unas vibraciones subsónicas fácilmente detectables por un posible enemigo.

Se acercaron a la pared y empezaron a investigar, buscando alguna indicación de la desaparición de la baliza. Esta estaba construida de dedona, y cuando se la dejaba en “posición de vigía”, se le quitaba la inducción eléctrica que la mantenía sin peso. Aquella dedona estaba extraída del planetillo Valera, por lo que su densidad era de trescientas cincuenta toneladas por centímetro cúbico. Como resultado, al recobrar enteramente su peso, se hundía profundamente en el suelo y era prácticamente imposible que se hubiese movido de donde la dejaron...

- Mire Capitán - exclamó la Teniente Irene - Aquí se ve una depresión que debe ser la huella de la baliza....Y mire, mire! Parece que se haya deslizado hacia la izquierda y luego desaparece.

- No puede ser....Sigamos mirando.

Pero era inútil; no se veía nada más. Siguieron deambulando por la zona y al poco rato, Irene exclamó:

- Capitán, aquí en esta grieta parece que se ven una especie de arañazos en las paredes...y parecen muy recientes.

Alfonso Ríos se acercó e introdujo el haz luminoso de su linterna en el interior de la grieta. Esta era una hendidura vertical, de algo más de dos metros de altura y por la que difícilmente podía pasar un hombre provisto de escafandra como la que llevaban los dos astronautas, reducidos en aquella misión a la categoría de “cavernonautas”. La teniente dedujo el propósito del capitán, y alarmada, exclamó.

- Supongo que no estará pensando en introducirse por ese agujero.

- Claro que si. Tenemos que encontrar la baliza, y todo indica que está aquí detrás. Además, si ella ha podido pasar, no hay ninguna razón para que nosotros no podamos.

- ¿Como que nosotros? No pretenderá que yo también me meta por ahí. Creo que lo mejor es volver por refuerzos, que hay algo de este ambiente que no me gusta nada. Además, estoy segura de que allá detrás no hay absolutamente nada.

- ¡Como que no!. Sígame, y ahora mismo se lo demuestro.

En vista de la visible reluctancia de la teniente, remarcó.

- Vamos, no sea cobarde. Ya verá como no pasará nada. Mire, para demostrárselo, entraré yo primero, y usted me seguirá después.

- De acuerdo. Pero le repito que vaya con cuidado, Capitán. A ver si luego no va a poder salir, y tendremos que rescatarle.

Sin hacer caso de la indicación de la teniente, que consideraba carente de sentido, el capitán Ríos se introdujo dificultosamente en la

hendidura, desapareciendo en su lóbrego interior. Inquieta, la teniente Llosa se fue acercando lentamente. Finalmente, movida también por la curiosidad, y después de mirar por última voz al topo, teniendo la extraña y a todas luces irracional sensación de que nunca volvería a verlo, y comunicar al sargento que se disponía a entrar en la grieta, penetró tras las huellas de su superior.

Al principio el pasadizo por el que medio caminaba, medio reptaba, era muy estrecho, y cada vez estaba más convencida de que la baliza nunca habría podido pasar por allá, y que el capitán estaba equivocado. Pero a los pocos metros, el pasadizo se ensanchaba progresivamente, terminando en un pequeño habitáculo, en cuyo fondo vislumbró una silueta que para su total sorpresa, y si mucho no se equivocaba, era la baliza.

Delante de ella se dibujaba la silueta del capitán, con una sonrisa de triunfo dibujaba en su rostro, y que evidentemente esperaba una disculpa por parte de su subordinada. Pero en aquel momento, sus micrófonos de ambiente, que hasta entonces habían registrado tan solo el ruido de sus pisadas rebotando en el silencio exterior, quedaron saturados por el estruendo de una fuerte explosión, que los lanzó violentamente contra una pared de la habitación, seguida por el escalofriante sonido de la caída de toneladas de rocas, mientras una nube de polvo entraba impetuosamente por la boca de la cueva.

Levantándose Irene rápidamente del suelo, y después de comprobar rápidamente que no había resultado herida, inquirió excitada.

- ¿Qué ha sido eso ?

- Creo que algo ha ocurrido en el túnel.

Repuso innecesariamente el Capitán, mientras intentaba encontrar los mandos de su aparato de radio, en medio de aquel polvo que las linternas no podían atravesar. Finalmente, los encontró, y con las manos temblando a causa de la tensión, procedió a manipularlos, lanzando al mismo tiempo frenéticas llamadas al sargento Garaz, que se había quedado en el topo. Enseguida encontró la frecuencia correcta, y una voz aún más alterada que la suya, si eso era posible, brotó de los auriculares.

- Capitán, Capitán ! Soy Garaz. No sé que ha ocurrido, pero parece que el túnel se ha derrumbado encima nuestro. He perdido contacto con el topo T751. Afortunadamente mi aparato y el T752 aún resisten. Voy a tratar de moverlo hacia adelante, a ver si consigo salir de este montón de ruinas.

Tal como se ha comentado anteriormente, el topo era un aparato especialmente diseñado para este tipo de misiones, y si bien habitualmente se desplazaba volando, tenía en su proa un dispositivo análogo al de los torpedos subterrestres, es decir, una serie de proyectores que enviaban hacia delante finos chorros de dedona pulverizada, capaces de desintegrar cualquier tipo de

roca que encontraran en su camino y abrirse paso a través de ella, si bien a muy lenta velocidad.

De la masa rocosa que bloqueaba la entrada empezó a surgir el característico zumbido que transmitían los proyectores de dedona pulverizada mientras estaban operando. Mientras tanto, el sargento continuaba hablando, ya más sosegado.

- Esto marcha, creo que en unos minutos, estaré libre, y podré rescatarles. La tripulación del T752 dicen que están todos bien, y que intentaran ayudarnos tan pronto como puedan reparar un pequeño problema que se les ha presentado con la propulsión.

Los dos oficiales, en vista del cercano rescate, empezaron a relajarse. Pero, de repente, la tranquilizadora voz dejo de oírse, siendo sustituida por el ruido de algo, tal vez unas garras, que parecía rasgar metal. A los pocos instantes volvió a escucharse la voz del sargento Garay, esta vez en un tono mucho más excitado:

- Eh...No sé que ocurre...El techo se está hundiendo ! No puede ser....!

- Sargento! Conteste! ¿Que ocurre...?

- No lo sé, capitán. La dedona del techo está cediendo a babor. ..Se ha abierto un agujero....Algo se mueve...No puede ser!! ¡Un Hombre de cristal! Está entrando y trae...............

La comunicación se cortó bruscamente, mientras los dos redentores intentaban mirarse el uno al otro a través del cristal deslustrado de sus escafandras, detrás del cual se podía adivinar la mortal palidez que acababa de invadirles.

CAPÍTULO 4

UN INVENTO ARRIESGADO

Un silencio profundo se extendía por el reducido habitáculo que rodeaba al capitán Ríos y a la teniente Llosa. En el interior de sus escafandras sólo se escuchaba el entrecortado jadeo de su respiración. Tras unos minutos de aturdimiento, mientras intentaban comprender el alcance de lo sucedido, fue finalmente Alfonso quien musitó:

- Bueno...Habrá que hacer algo. No podemos quedarnos indefinidamente aquí

- Pero capitán...! ¿No ha oído usted...? ¡Hombres de cristal...!

- Sí, lo he oído. Pero calle y no utilice más la radio. Apáguela y acerque su escafandra a la mía y hablemos directamente.

Esta indicación del capitán tenía por objeto evitar que las emisiones de radio pudiesen eventualmente llegar a los receptores de los hombres de cristal que parecían estar al otro lado de los escombros que taponaban la entrada de la cueva donde acababan de quedar sepultados, ya que si les detectaban, podrían localizarles, y neutralizarles, ya que seguramente no les interesaba que hubiera supervivientes que pudieran contar que los hombres de silicio podían aniquilar las patrullas.

Además de mediante la radio, existía un procedimiento alternativo para mantener una conversación que consistía en poner en contacto directo las escafandras y que el sonido se propagara directamente de la una a la otra. Pero esta opción suponía que no podrían distanciarse, lo cual evidentemente limitaba mucho sus movimientos.

Tras una breve conversación, optaron por la segunda modalidad, la de enlazar directamente ambas escafandras, con lo quedaron unidos por una especie de cordón umbilical fabricado en fibra óptica, y de sólo dos metros de longitud, ya que si se alargaba más, las dobleces del tubo impediría el paso de la información consistente en ráfagas de luz. Enlazados de ese modo, se acercaron a la montaña de rocas y piedras que bloqueaba la entrada, intentando apartarlas, pero enseguida llegaron a la desperanzadora conclusión de que por ese procedimiento no conseguirían prácticamente nada, salvo llenar el ambiente de polvo.

Retrocedieron hacia la pared posterior, dejándose caer

pesadamente en el suelo, junto a la baliza que habían encontrado allí dentro. Después de unos minutos de silencio, interrumpidos únicamente por los contenidos sollozos de Irene, el capitán Ríos salió de su mutismo, y después de carraspear varias veces, aclarándose la garganta como si el polvo exterior resultado de la explosión hubiese penetrado en ella, comentó:

- No podemos quedarnos sin hacer nada....

- Eso ya lo ha dicho Vd. antes ! Pero ... ¿que quiere que hagamos?....Ya le decía yo que no teníamos que entrar aquí dentro. Ahora estamos atrapados, y lo más probable es que muramos asfixiados en cuanto se acabe la provisión de aire de la que disponen nuestros trajes. Quiero salir, quiero salir....! - E Irene estalló finalmente en un llanto cada vez más histérico.

El capitán Ríos la dejó desahogarse unos momentos, para a continuación interrumpirla firmemente diciendo:

- Vamos Irene, cálmese...Así no conseguiremos nada. Fíjese que si le hubiese hecho caso, ahora estaríamos muertos. Al menos aún estamos vivos. Lo más importante es que no perdamos la esperanza. Seguramente ya sabrán lo ocurrido en el Zaragoza, y estarán a punto de enviar una fuerza de rescate. Pero no nos quedemos quietos. Tenemos que buscar una manera o un camino para salir de este agujero, y volver al túnel principal, donde es más fácil que nos encuentren....Empecemos por reconocer estas paredes, a ver si encontramos algo.

Confortada por las amables palabras del capitán, Irene se levantó lentamente dispuesta a ayudar en lo que pudiera, seguida por Alfonso. Decidieron ir cada uno en una dirección, de manera que separándose, empezaron a recorrer la pequeña cueva en la que estaban sepultados. A los pocos minutos volvían a encontrarse, sin haber hallado nada que pudiese darles alguna idea. Irene volvió a conectar la radio, sin que esta vez Alfonso le dijera nada en contra, y preguntó:

- ¿Y ahora capitán, que hacemos..? No hay manera de salir, no podemos hacer nada, absolutamente nada. Vamos a morir emparedados!…

- A ver Irene, por favor, serénate, que sino al final yo también acabaré por alterarme, y eso es lo que menos nos conviene. No conseguiremos nada perdiendo los nervios. Pensemos un poco... ¿De que disponemos ?

- Sólo de las pistolas eléctricas y de un fusil atómico, pero para lo que van a servir....Las pistolas solo son útiles contra seres vivos, por lo que no hacen mella en estas rocas, y si disparamos algunos proyectiles atómicos en un espacio tan reducido, lo más probable es que volemos todos.

- Sí, tienes razón.... ¿Y qué más tenemos..?

- Nada más; como no quiera Vd hacer un agujero con las linternas....O con la maldita baliza...

- Un momento..! Ahora que lo mencionas, creo que tengo una solución ! Podríamos utilizar la baliza como una perforadora !

- ¿Perdón, pero qué dice...? Me imaginó que no hablará en serio. Solo lo he comentado como una ironía.

- Espera que lo piense...Vamos a ver, podríamos abrir la baliza, para acceder a los controles de la misma. Entonces la conectamos a las baterías de nuestros trajes, y se pondrá a levitar. Si entonces, le vamos administrando corriente a pequeños impulsos, podremos hacer que repela la atracción de las paredes y vaya golpeando ese montón de rocas como si fuera un martillo o una taladradora !.

La teniente miró al capitán, totalmente convencida de que la tensión y el cansancio habían sido demasiado para él, y se había vuelto loco, de la misma forma que otros antes que él. Pero poco a poco empezó a entender su idea, y su rostro volvió paulatinamente a recobrar la serenidad.

- Pues tiene usted toda la razón, capitán. Si manejamos la baliza con cuidado y aplicamos los impulsos de corriente adecuadamente.....Podemos intentarlo !. Eso si, tenemos que ir con mucho cuidado a ver si nuestros trajes se quedan sin electricidad.

El capitán sabía perfectamente que la idea era bastante peligrosa, y en circunstancias normales ni tan solo se le habría ocurrido. Pero estas eran extraordinarias. Además era teóricamente posible. Puesto que la dedona de que estaba recubierta la baliza tenía la propiedad de que al ser inducida eléctricamente repelía la atracción de las masas, si conseguían orientarla del modo correcto, podrían convertirla en un proyectil que saliera disparado hacia las ruinas que bloqueaban la entrada, y dada su enorme densidad, podía efectivamente "perforar" la pared de cascotes. Claro que también podía salir en cualquier otra dirección y provocar el completo hundimiento de la pequeña cueva, pero en aquellas circunstancias no parecía quedar otra alternativa, tal como comentó Alfonso:

- Vamos a probarlo. Pero antes tendremos que esperar un rato, no sea que los hombres de cristal sigan ahí fuera y oigan el estrépito que vamos a formar.

Irene, que había recuperado todo su optimismo, aferrándose a la idea como un náufrago a su tabla de salvación, estalló en una larga carcajada que sirvió para librarse de todo la tensión que había acumulado durante los últimos minutos, y corrigió:

- ¿ Olvida Vd. que los hombres de cristal no oyen...?

Al oír este comentario, y a la vez que también se reía, Alfonso se sonrojó. Había olvidado que la especial constitución de estos extraños seres les había hecho completamente sordos. Efectivamente; los hombres de silicio,

llamados vulgarmente hombres de cristal, estaban constituidos a partir no del carbono, como toda la naturaleza que rodeaba a la humanidad terrestre, sino basando su bioquímica en el silicio. Consecuentemente sus cuerpos parecían hechos de cristal, y así era en realidad.

Sus formas recordaban vagamente a las de los hombres de carbono. Su cuerpo era una especie de triángulo invertido, de cuyos ángulos superiores surgían una especie de brazos articulados, que terminaban en sendas garras, que les servían a la vez de “manos” y de “boca”. Del vértice inferior del triángulo o pirámide, surgían las dos piernas, de similar estructura a la de los brazos.

Pero lo más extraordinario eran sus cabezas. Estaban éstas formadas por unas bolas de cristal transparente, en cuyo centro parpadeaba un núcleo rojizo, que se extendía por el resto de la cabeza difuminándose en una fina red de venas coloradas. Este núcleo era a la vez su corazón, ojo, y oído, ya que se comunicaban entre si por medio de guiños luminosos. En cambio, su cerebro, como demostraban ciertos experimentos realizados con los prisioneros, estaba situado en el interior protegido del “pecho”.

Ese sistema de comunicación era debido a que en su mundo, situado en el interior hueco del gigantesco planeta Redención, existía una atmósfera con una composición determinada que hacía imposible la propagación de ningún tipo de sonido. En consecuencia, era totalmente inútil un sistema de comunicación acústico, ya que no tenía razón de ser. Pero la naturaleza, tan rica en recursos, no había querido privar a estas criaturas de la facultad de comunicarse, dotándoles para ello de este ingenioso mecanismo luminoso.

Otra importante característica, era que el sol que iluminaba el interior hueco del planeta, era también distinto al terrestre, ya que se trataba de un sol ultravioleta, cuyos rayos eran no solo invisibles para los humanos, sino además fatalmente perjudiciales para la vida tal como la entendemos nosotros.

Esta abismal diferencia de naturalezas había motivado ya desde un principio una guerra a muerte entre ambas humanidades, acrecentada todavía más, si cabe, por el hecho de que a los seres de silicio les gustaba sobremanera la carne humana y desde tiempos inmemoriales venían utilizando a los hombres de carbono del mundo exterior, como una reserva de ganado destinada a colmar su insaciable apetito. Al no poder sobrevivir estos “sacrificios” en el ambiente reinante en el centro del planeta, se hacía todo el procesamiento de la “comida” en los túneles de la corteza, donde la atmósfera aún es respirable para los seres de carbono.

Todos estos pensamientos pasaron en un momento por la mente de Alfonso Ríos, poniéndole el vello de punta, al pensar en lo que es lo que podían encontrar, si es que conseguían salir de la tumba en que estaban

sepultados. Lo que más temía es que fueran capturados con vida, ya que solo Dios sabía que podían hacerles. Por lo tanto, decidió que si alguna vez, estuviesen a punto de caer en sus manos, tanto él como la teniente se suicidarían.

Pero sobreponiéndose a tan lúgubres pensamientos, recuperó el control de sí mismo, y dirigiéndose a Irene, respondió:

- Tienes razón, pero no olvides que podrían tener en marcha algún tipo de aparato detector para localizar posibles topos nuestros, por lo que creo que es mejor que esperemos un rato, intentando mientras tanto detectar cualquier ruido exterior. De todos modos, tenemos oxígeno para 24 horas.

>> Otra cosa, tenemos que evitar a cualquier precio que capturen con vida a ninguno de los dos. Se trata de que no deben extraernos ningún conocimiento sobre nuestros recursos. Me imagino que ya entiendes a que me refiero con esta expresión.

Espantada por la posibilidad de tener que suicidarse, no pareció Irene muy convencida, pero la disciplina y el recuerdo de su crisis nerviosa de unos minutos antes le obligó a mantenerse en silencio, asintiendo implícitamente a la orden de su superior.

El silencio fue absoluto durante una media hora llena de tensión, y finalmente, el capitán Ríos ordenó:

- Bueno, ...adelante ! Vamos a ver si logramos hacer funcionar este invento !

La baliza de dedona pesaba casi una tonelada, por lo que era imposible moverla. Para conseguir desplazarla era necesario inducirla previamente con un tipo especial de corriente eléctrica, que en condiciones normales era producida por su propia pila atómica. La primera duda era si la pila funcionaría correctamente, ya que aun no tenían claro como la baliza había ido a parar dentro de la cueva. Además, como había señalado Irene, también podía pasar que invirtiese demasiada energía, y él se quedase sin.

Después de pensar atentamente sobre estos aspectos, Alfonso se acercó pues al aparato, y después de forzar la escotilla de su parte inferior, con sus enguantados dedos empezó a pulsar los diminutos botones que se encontraban en su interior. Instantáneamente se dejó oír un leve zumbido, normalmente inaudible, pero que en el silencio de aquellas soledades pareció retumbar fragorosamente. Entonces, y una vez ajustados los mandos, la baliza de elevó de un salto hasta un poco más de un metro del suelo, y se detuvo allí.

Había llegado el momento decisivo. Alfonso la giró ligeramente, de modo que su proa apuntara directamente al montón de rocas que obstruía la salida. Mientras tanto, Irene había extraído de su armadura dos cables forrados de caucho, que conectó a un diminuto enchufe conectado a su propia

batería. El capitán tomó cuidadosamente ambos cables y los acercó a la popa de la baliza. El truco consistía en aplicar a su actual situación un juego que a veces se practicaba en los campos de instrucción, consistente en tocar brevemente una pieza de dedona con unos cables electrificados, de modo que la corriente engendrada indujera el campo electromagnético adecuado para que la "pelota" saliera disparada hacia adelante, apostando a quien la hacía caer en el interior de un círculo dibujado unas decenas de metros más adelante.

Evidentemente la precisión solía ser muy defectuosa y ahí estribaba la gracia del juego, en el que algunas veces se había apostado mucho dinero. Pero en esta ocasión la situación era mucho más peligrosa, ya que si la baliza salía proyectada con demasiada fuerza o en dirección equivocada, podía provocar un nuevo derrumbamiento y terminar por sepultar definitivamente a la pareja.

Tratando de quitar tensión al momento, el capitán bromeó:

- No se preocupe, Irene. Yo era campeón en este juego...La cantidad de cervezas que me gané....Vamos allá !

Y diciendo esto, tocó suavemente la baliza con la punta de los cables. Instantáneamente, la pieza de dedona se convirtió en un proyectil que salió disparado hacia adelante, pero ligeramente desviado, impactando no en el montón de escombros, sino en la pared lateral. Afortunadamente, ésta resistió el fuerte impacto, sin más consecuencias que una nube de polvo y piedras, que durante unos segundos dificultó la visibilidad.

- Volvamos a probar de nuevo, que me parece que le estoy cogiendo el tranquillo, dijo animadamente Alfonso.

Colocaron nuevamente la baliza en su posición inicial y repitieron el intento, con similares resultados. Tres veces lo intentó el capitán, sin lograr dirigirla en la dirección apropiada, por lo que Irene, cada vez más nerviosa, terminó exclamando:

- Vaya un campeón...Si no le importa, apártese a un lado, y déjeme probar a mí.... Peor no voy a hacerlo.

Alfonso Ríos estuvo a punto de soltar un exabrupto, pero lo cierto es que él también empezaba a perder la confianza, por lo que disimuló diciendo:

- Veamos de que eres capaz. Pero ves con precaución, no te vayas a pasar y le des demasiada intensidad ....¡ Cuidado ! ¡ Te lo advertí !

Efectivamente, el aviso había llegado tarde. Irene había prolongado demasiado el contacto entre el cable y la dedona, por lo que la baliza salió proyectada a toda velocidad contra una de las paredes, impactando fuertemente y rebotando hacia atrás con toda su energía. Pasó rozando la

cabeza de Alfonso y fue a estrellarse en el fondo de la cueva, justo encima de donde había estado depositada cuando la encontraron. El impacto fue ensordecedor, levantándose de nuevo una gran nube de polvo, mientras Alfonso gritaba:

- Tírate al suelo...! Esta condenada baliza puede estar rebotando como una bola de billar hasta que se le acabe la energía y si nos acierta, puede pulverizarnos...!

Pero no ocurrió nada. De repente se había hecho nuevamente el silencio, y en medio del velo grisáceo que inundaba nuevamente el espacio, no se oía absolutamente ningún nuevo choque.

Una vez convencidos de que no había ningún peligro, y habiéndose posado ya el polvo, lentamente, Irene y Alfonso levantaron sus cabezas y enfocando sus potentes linternas hacia la salida vieron que prácticamente el obstáculo seguía igual. Pero al dirigir con más atención el haz luminoso hacia el fondo de la grieta, observaron que toda la pared de aquella zona parecía haberse derrumbado, dejando una considerable abertura por la que la luz de la linterna desaparecía en las tinieblas.

- ¿Qué es eso ?- exclamó Alfonso, terminando de levantarse y acercándose al nuevo agujero, seguido casi al instante por Irene.

Totalmente desorientados por el cariz inesperado que acababan de tomar los acontecimientos, introdujeron las linternas y alumbraron al otro lado, encontrándose con la sorpresa de una galería casi rectilínea, totalmente vacía, que parecía prolongarse indefinidamente a ambos lados de sus cabezas. Tanto la exactitud de su trazado como el pulido acabado de las paredes, no dejaba dudas sobre su origen artificial, tal como comentó Alfonso:

- Mire Irene, no hay duda que esto ha sido hecho por la mano del hombre.

- Creo que sí, capitán, pero... ¿no sería más exacto decir “por la mano del hombre de cristal “ ...?

CAPÍTULO 5

MENSAJE DE EMERGENCIA

Mientras todo esto tenía lugar, en el centro de mando del Zaragoza, el Capitán de Fragata Juan Tilea estaba supervisando la expedición de las dos escuadrillas que se encontraban en ese momento fuera del crucero. En el mes en que duraba ya la misión, habían explorado una gran cantidad de galerías, aunque en ninguna ocasión se encontraron restos recientes de instalaciones de hombres de silicio. Lo único interesante fue la semana anterior, cuando aparecieron los restos de un túnel vertical de evidente origen artificial, pero que las pruebas habían demostrado que hacía siglos que no era utilizado.

Tanto este descubrimiento, como aquellos de yacimientos de minerales útiles, entrarían a formar parte de un informe, que en una semana más, cuando acabaran su periodo de servicio, y fueran reemplazados por la tripulación del Henares, entregaría al alto mando de la flota, una vez el Zaragoza hubiera vuelto a su base en Neo Barajas, donde la tripulación podría disfrutar de un merecido descanso.

De repente, se activó un timbre, que hizo que mirara al cuadro de mandos que tenía delante, donde se había encendido una luz roja. Esto significaba que uno de los topos estaba utilizando la frecuencia de emergencia para conectar con la nave nodriza. Extrañado y preocupado a la vez, porqué era la primera vez que se usaba en el mes que llevaban allí, conectó el canal, y oyó una voz muy excitada, que se oía mal, como si el emisor estuviera hablando desde mucha distancia.

- Atención, atención. ¿Alguien nos oye? Por el amor de Dios, que alguien responda!. CRRRRSSS

- Aquí el capitán Tilea a bordo del Zaragoza. ¿Qué les pasa? ¿Por qué han activado la frecuencia de emergencia? ¿Saben que el castigo es muy severo si se usa si motivo? Hagan el favor de identificarse.

- Aquí el teniente CRRSSS al mando del toCRRSSS …52. La llamada está muy justificada. Tenemos un alarma de código CRRSSS debido a una emboscada de la que acabamos de escapar por los pelos.

- ¿Como? ¿Qué dice de una emboscada?

CRRSSS

- ¿Oiga, hay alguien ahí? Responda!

- Aquí el topo T752. Ha habido un desprendimiento, creemos que provocado por los hombres de silicio, y hemos perdido contacto radiofónico con el resto de naves que componen la escuadrilla. Parece que CRRSSS destruidos. CRRSSS atrapados.

- Repita por favor. Se le oye muy mal.

- Digo que estamos parcialmente atrapados. Suponemos que CRRSSS han sido aplastados por el techo, porqué en el CRRSSS decían que estaba cediendo.

- Vamos a ver. Lo principal es que se tranquilicen. Una vez lo hayan conseguido, comprueben que los motores funcionen, y si es así, intenten salir de ahí, y avisen si lo consiguen. Pero sobretodo no se pongan nerviosos, que en seguida ordenaré que se dirija un terrier a buscarlos.

- De acuerdo, pero dense prisa.

A continuación, el capitán activó la alarma. Las sirenas empezaron a aullar por toda la nave, al mismo tiempo que una serie de luces rojas destellaban en diversos puntos del navío. Inmediatamente, escupió una serie de ordenes:

- Comodoro Aznar al puente! Atención, atención a toda la tripulación, esto no es una simulacro! Todos a sus puestos de combate! Teniente Pelar, active el rastreador y encuéntreme la escuadrilla 75!

- A sus ordenes, mi capitán.

- ¿Me reciben, hangar de proa?

- Si, capitán.

- Dejen todo lo que estén haciendo, y preparen un Terrier para una salida inmediata. Embarquen personal sanitario por si la tripulación del topo están heridos, y necesitan ser atendidos.

- A sus ordenes, señor.

- Atención, control de patrullas, ¿me reciben?

- Al habla el sargento Samson. Le captamos perfectamente. ¿Qué ocurre?

- No se preocupe por lo que pasa. Usted limítese a escoger cuatro de sus mejores soldados, y dirígase con ellos al hangar de proa. Allá encontrarán el terrier E23 que está a punto de salir en una misión de rescate. Preséntese al teniente Balmer, el oficial al mando del mismo. Tienen que embarcarse en él, con la misión de escoltar al personal médico en el caso de que sea necesario. En cualquier otro caso, estarán a sus órdenes. ¿Me ha entendido bien?

- Si, señor. Con toda claridad.

- Pues vayan para allá. Usted, teniente Cabil, avise a Balmer de que van para allá más pasajeros, y que enseguida le enviaremos sus ordenes. Luego transmita a la patrulla del capitán García la orden de que vuelva inmediatamente a bordo. No queremos se produzcan más accidentes por hoy. Cuando haya acabado con los dos mensajes, conéctese con el topo T752, y manténgase en contacto con él. Avíseme si hay alguna novedad.

- Muy bien, capitán.

- ¿Me oye, topo T752 ?

- Si, capitán. Aún estamos atrapados. No entiendo la razón, pero la cuestión es que las piedras se resisten a moverse.

- Sobretodo no quemen el motor, que entonces si que la habremos jodido. Mientras llega hasta ustedes el Terrier de rescate, le conecto con el teniente Cabil. Explíquele todo lo que les ha pasado en la patrulla hasta ahora.

- CRRSSS ordenes.

Mientras miraba la pantalla del localizador, donde de un momento a otro tendría que aparecer la escuadrilla, recordó cual había sido el origen de ese artefacto, y de las patrullas. Todo empezó veinte años antes, poco después de la última ofensiva contra el Reino de Silicio. El Alto Mando redentor, después de largas reuniones, había llegado a la conclusión de que aunque se había destruido totalmente su civilización, no se podría liberar a Redención de la amenaza que representaban esos seres sino se limpiaban todas las cavernas y pasadizos que se escondían debajo de la superficie.

Para patrullarlos, se creó un grupo especial de destructores con esta misión. Uno de ellos, el destructor Leyte, estaba mandado por el entonces capitán de fragata Josafat Aznar. En una de las misiones, descubrieron una instalación silicea dedicada aparentemente a la fabricación de productos manufacturados.

Pidieron permiso para destruirla, y después de recibir el beneplácito, dispararon contra ella con los rayos zeta. Fue rápidamente eliminada, pero de repente, y por alguna extraña razón, el techo se vino abajo estrepitosamente, atrapando en el proceso al Leyte en un abrazo rocoso. La coraza de dedona impidió que la nave fuera destruida, pero estaban atrapados, sin posibilidad de salir de ahí únicamente con sus motores.

Naturalmente, pidieron ayuda. Pero había dos problemas. El primero es que no sabían exactamente donde estaban, y también adolecían de que la flota no disponía de ningún vehículo o mecanismo especial para horadar la roca desprendida. Con la triangulación de las emisiones del destructor, acabaron por localizarlos, pero esto era solo la mitad del trabajo. Ahora había que llegar hasta ellos, y después de una semana, todos los intentos fracasaron. Mientras tanto, la provisión de aire de los atrapados, que al ser la misión de corta

duración, no era muy elevada, iba disminuyendo, y corrían peligro de asfixiarse.

Entonces, y acuciado por el peligro de morir, al capitán Aznar se le ocurrió la idea de lanzar una andanada de torpedos sin carga hasta donde creían que había espacio libre, y poder salir por allá. Efectivamente, pudieron abrir una brecha no muy ancha por donde la tripulación empezó a ser evacuada. El capitán fue de los últimos en salir, y justo cuando llegó a zona segura, el pasadizo, que ya de por si era inestable, se hundió.

Todo y la pérdida del Leyte, se condecoró al capitán por la inventiva y arrojo demostrados para salvar a sus hombres. Además, se le promocionó al mando de un crucero, y recibió una notificación de la Armada, que decía que teniendo en cuenta sus antecedentes, se pedía su inestimable ayuda en la creación de un nuevo sistema de vigilancia que evitara que nunca se pudiese volver a repetir el accidente. Lo que nadie, ni tan siquiera él sabían, es que los días de aislamiento, y el ver que fracasaban todos los intentos de salvarle, provocaron la aparición en su mente de la semilla de la locura…..

Naturalmente aceptó la oferta, y en pocas semanas, bajo la supervisión de Josafat Aznar, se estableció una oficina especial que disponía de una considerable autonomía, y que se dedicó exclusivamente al desarrollo de un vehículo especial de vigilancia subterránea. Frutos suyos fueron los Topos, y los Terriers, entre otros. Las principales innovaciones en el marco tecnológico fueron la baliza permanente para la fácil localización de una nave en cualquier circunstancia, y los taladros de dedona a alta presión.

El grito "Comodoro en el puente" sacó al capitán de sus ensoñaciones. Efectivamente, el comodoro Aznar acababa de entrar en el puente de mando, y se dirigía hacia él. Josafat Aznar era un hombre de unos 50 años, que tenía como rasgo principal su pelo pelirrojo, del que sobretodo destacaba su poblado bigote, situado debajo de una nariz rota, recordatorio del "incidente del Leyte". Su uniforme gris, donde destacaba la cinta que le identificaba como poseedor de la Orden de Alfonso X el Sabio, dejaba traslucir su fuerte musculatura, común a la mayoría de la oficialidad de la armada redentora.

Cuando llego a su altura, observó que la expresión de su rostro traslucía que distaba mucho de estar contento. Se preguntó cual sería la razón, pero no tardaría mucho en averiguarlo, ya que se le dirigió con su habitual voz atronadora, que infundía gran respeto en todos los que estaban a sus ordenes.

- Me ha hecho interrumpir una conferencia con el comandante del Huesca, así que espero que haya requerido mi presencia por una razón muy importante. ¿Y bien, cual es el problema, capitán Tilea? ¿Por que me ha hecho llamar?

- ¿Eh? Ah, si, perdone. Verá, comodoro, es que creo que tenemos un

incidente de clase B3. Y según las últimas ordenes recibidas, en este caso, mi obligación es comunicarlo al comandante de la división, que es usted.

- ¿Está usted completamente seguro de la clasificación?. Nunca nos habíamos encontrado con nada parecido por estas latitudes. Haga el favor de ponerme al día de todo lo ocurrido hasta este momento.

- La escuadrilla 75 ha sido atrapada por un desprendimiento, y hemos recibido un mensaje de emergencia del topo T752 donde comunicaba que creían que se trataba de una emboscada, por que habían perdido comunicación con las otras naves de la patrulla. Han dicho también algo de destruidos, pero las comunicaciones son muy débiles, y no he comprendido que querían decir. Ahora están en contacto con el teniente Cabil. Mientras tanto, y en previsión de otro accidente semejante, he ordenado a la otra escuadrilla que volviese al Zaragoza. Finalmente, he hecho preparar un Terrier para que vaya a salvar los supervivientes.

- Muy bien. En virtud del contenido del artículo 12 de las ordenanzas para situaciones de emergencia como es esta, tomo el mando directo del Zaragoza. Por consiguiente, usted limítese a controlar el avance del Terrier, y manténgame al corriente de sus progresos. Así que ya puede darle el permiso para que salga. Yo me encargaré de todo lo demás. De momento, voy a hablar con esa tripulación, a ver que me pueden decir.

Mientras el capitán Tilea daba las ordenes necesarias para que el Terrier comenzase la misión de rescate, el comodoro Aznar se dirigió al responsable de las comunicaciones del puente de mando.

- Teniente Cabil, ¿podría ser usted ser tan amable de conectar este teléfono al canal de emergencia?

- A la orden, señor.

Apretó un botón, y el comodoro pudo hablar.

- Atención, topo T752. Soy el comodoro Josafat Aznar. ¿Me reciben?

- Si, aquí estamos, al menos de momento. ¿Falta aún mucho CRRSSS que nos saquen de aquí?

- ¿Qué no pueden salir por sus propios medios? ¿Por qué no usan los proyectores de dedona, con los que está provisto su vehículo?

- Ya se nos había ocurrido, pero es totalmente imposible. Tenemos delante el topo T750. Si lo tocamos, y tenemos la mala suerte de acertar en el reactor, puede explotar llevándonos a nosotros por delante. Y CRRSSS girar.

Dejando un momento el auricular, ordenó al teniente.

- Se oye muy mal. Intente mejorar la recepción.

- Ya lo he intentando, pero la distancia a la que están, y la poca potencia

de su emisor, lo hacen muy difícil.

- No me interesa si es difícil o no. Hágalo!

- Aaaa sus ordenes, señor.

Una vez el radiotelegrafista consiguió dar más claridez a la recepción, por el sistema de ampliar la frecuencia de la señal, volvió de nuevo a la comunicación con la tripulación atrapada, y dijo.

- ¿Me reciben ahora mejor?

- Si, comodoro, mucho mejor. Decíamos que las rocas que tenemos alrededor y parcialmente encima nuestro, nos impiden girar, ni elevarnos…

De repente, olvidándose por completo de la conversación, exclamó.

- Eh! ¿Que es ese ruido? CRRSSS

- ¿Oiga, oiga, hay alguien ahí?

Como única respuesta a su frenética pregunta, se oyó un sonido parecido a una serie de golpes con algo muy pesado, y una voz lejana que decía - ¿Juan, has oído eso? ¿Si, que demonios será?

- Repitan su última transmisión, topo T752. No se les ha recibido con claridad, y no hemos podido entender su significado.

- Perdone, comodoro. Es que acabamos de oír por delante nuestro un ruido como de golpes. Tal vez incluso les ha llegado a ustedes. Por lo que más quiera, sáquenos de aquí de una vez antes de que esos demonios de silicio nos maten a nosotros también!

- Tranquilícense, muchachos. Ya se dirige hacia ustedes un terrier. Esperen solo unos minutos más, y estarán a salvo. Les vuelvo a pasar con el teniente, que les mantendrá al corriente de lo que pase.

A continuación, se dirigió al capitán y le dijo.

- Capitán, ordene a la tripulación del Terrier que vayan lo más rápido posible, y que extremen las precauciones. No queremos más desprendimientos, ni ningún otro “accidente” en las próximas horas. Ah, si, sobretodo subráyeles que no se debe excluir la posibilidad de que haya lucha.

Al oír estas palabras, el capitán pensó que su superior estaba en posesión de unos conocimientos que se guardaba muy mucho de transmitirlos. Entonces, y para intentar descubrir algo de lo que sabía, comentó.

- ¿Perdone, comodoro, no es que quiera llevarle la contraria, pero está usted seguro que quiere que les diga esto? ¿Es que tiene alguna razón especial?

- Tengo un presentimiento. No me haga más preguntas de ese tipo, y haga

lo que le he dicho, por favor.

- A sus ordenes.

CAPÍTULO 6

EL DESCUBRIMIENTO

Cuando se posó el polvo, el capitán Alfonso Ríos y la teniente Irene Llosa únicamente habían sido capaces de mirar boquiabiertos el amplio corredor que se extendía ante ellos, difuminándose en la oscuridad en ambos sentidos. Pero enseguida se recuperaron de la sorpresa, y asomaron sus cabezas con precaución y desconfianza, con lo que cualquier observador externo hubiese creído que estaban contemplando un partido de tenis, viendo como las giraban a derecha e izquierda, intentando penetrar en la lejana obscuridad.

Cuando el capitán se dio cuenta de las inesperadas posibilidades que se abrían delante de ellos con el descubrimiento de ese pasadizo, señaló.

- Mira, Irene. Este corredor parece no tener fin, pero no entiendo que hace aquí; nuestros sistemas no habían detectado ninguna oquedad a este lado ...

- Ya veo, capitán. Habremos de convenir que o los hombres de cristal han conseguido algún aparato para impedir la localización de sus instalaciones, o nuestros sistemas detectores no son tan buenos como creíamos...

- Si su primera explicación fuera cierta, la situación podría ser muy grave, ya que les daría la posibilidad de excavar un túnel hasta una de nuestras bases sin que nos enterásemos, y atacar por sorpresa. Tendremos que enviar aquí técnicos a que examinen la pared. Pero eso ahora es secundario. De momento, lo más importante es salir de aquí, y dar la alarma al Zaragoza. Y ahora que lo pienso, lo que no entiendo es como hemos podido pasar a este lado del muro...

La interrogación del capitán Ríos estaba plenamente justificada. Era muy extraño que por una simple carambola (y nunca mejor empleada la palabra carambola, dada la manera como había estado rebotando la baliza), hubiesen logrado perforar de un solo golpe una pared aparentemente impenetrable.

Pero la duda se aclaró enseguida, en cuanto miraron con un poco más de detenimiento los bordes del orificio por el que acababan de penetrar. No se trataba de un boquete irregular, sino que la abertura era casi un rectángulo geométricamente perfecto. Además, en el suelo del túnel había

parte de la pared, rota en tres trozos por la fuerza del impacto, que dejaban ver su interior metálico. Así lo hizo notar la teniente:

- Mire capitán; parece que hayamos arrancado una puerta de sus goznes. Si, fíjese, aquí en el suelo están sus restos.

- Eso debe ser, Irene. Sin duda los hombres de silicio habían arrastrado la baliza hasta esta especie de puerta, y por alguna extraña razón, la dejaron justo en el umbral de comunicación entre la galería que estábamos explorando y este pasillo. Ha sido una casualidad que tu torpeza haya atinado exactamente en esta puerta y nos haya abierto este camino...

La teniente Llosa arrugó su fina naricilla, por la crítica sobre su destreza en el manejo de la baliza que estas frases implicaban. Pero los resultados justificaban su actuación, ya que ante ellos se abrían una muy interesante serie de posibilidades de exploración en el interior del Reino de las Tinieblas, como se conocía vulgarmente al Reino de las criaturas de silicio.

Sus linternas seguían desplazándose a ambos lados de la abertura y finalmente Alfonso Ríos ordenó:

- Irene, dejemos de mover nuestras linternas, o acabaremos por llamar la atención de algún centinela que pueda haber por aquí.... Si este pasadizo es utilizado por los hombres de cristal, debería estar iluminado por su luz ultravioleta...¿Llevas tus gafas de luz negra...?

- Sí, capitán - repuso Irene, al mismo tiempo que con su mano derecha forcejeaba con las gafas sensibles a la luz ultravioleta que colgaban de su escafandra reglamentaria, y que formaban parte del equipo standard de esta.

Una vez colocadas las gafas, el pasillo pareció iluminarse súbitamente, si bien sólo con una claridad difusa, que se desprendía de algunos tubos repartidos anárquicamente a lo largo del techo del corredor....Los dos jóvenes apagaron sus linternas, terminaron de ajustar la polarización de sus gafas a la mejor frecuencia, que tampoco se notó mucho, y penetraron de lleno en este nuevo camino.

- Me imagino que ya se ha fijado en que podemos dirigirnos en dos sentidos. Supongo que no se le ocurrirá que nos dividamos, ¿verdad? Usted manda, así que, ¿hacia donde vamos, capitán.. ? - preguntó Irene

- Pues ahora que lo comenta, la verdad es que no lo sé. Esto parece totalmente llano...Creo que lo mejor es que vayamos hacia la izquierda. -decidió finalmente Alfonso con gran seguridad en su voz, para no mostrar inseguridad delante de la teniente, ya que en su interior sabía que lo había elegido al azar.

A medida que iban avanzando, fueron fijándose en los detalles que les rodeaban. Las paredes eran totalmente lisas y estaban recubiertas por

una especie de material plástico, que tal vez tenía algo que ver con el enigma de la detección, lo cual no dejaba de ser extraño para lo que parecía tan solo una galería sin importancia, de unos tres metros de anchura. El suelo estaba lleno de polvo, pero se advertían en él señales de rodaduras, como si no hiciese mucho que hubiese sido recorrido por algún tipo de vehículo.

En un momento determinado que miró un trozo de la pared más deteriorado que los demás, se le ocurrió a Alfonso la idea de que suponiendo que consiguiesen salir de ahí con vida, era posible de que a los técnicos del Zaragoza les interesase una muestra del material que revestía los muros. Así que le hizo una seña a la teniente para que se parará un momento, arrancó fácilmente parte del mismo, y lo guardó en uno de los bolsillos de su escafandra, no sin antes fijarse que era muy esponjoso.

Los dos jóvenes seguían avanzando con pasos lentos, estorbados por el peso y la rigidez de su armadura. Esta no estaba diseñada para andar, sino que iba provista de un back, que debía facilitarle un rápido desplazamiento. En efecto; el back era una pequeña placa de dedona ajustada a su espalda que iba conectada a la batería de la escafandra y que según la intensidad de la corriente eléctrica que recibiera podía incluso elevarles del suelo. Iba además provista de un pequeño eyector de partículas que le permitía impulsarse hacia adelante.

Pero este propulsor se alimentaba habitualmente de energía que le llegaba desde emisoras externas y en estos momentos estaban en una zona en que no les llegaban las emisiones de la nave madre, el crucero Zaragoza, ni tampoco las de ningún topo de la escuadrilla, que habían dejado de recibir. Se hablaba de equipar los trajes con sus propios generadores, pero aún estaba en fase de experimentación, principalmente debido a que los más ligeros pesaban sus buenos cincuenta kilos.

En estas condiciones de tener que mover con sus propias fuerzas una escafandra que no estaba diseñado para este tipo de uso, el avance resultaba muy lento y engorroso. Cuando llevaban recorrido menos de un kilómetro, el sudor empapaba totalmente sus cuerpos, al mismo tiempo que empezaban a notar el cansancio. El capitán Ríos sabía que a ese ritmo, tendrían que pararse a descansar muy pronto. De repente, tuvo una idea y exclamó:

-Irene, se me acaba de ocurrir que si los hombres de cristal utilizan habitualmente estos corredores, deben utilizar sus propias emisiones radioeléctricas...Así que vamos a ver si logramos sintonizarlas.

Se detuvieron y empezaron febrilmente a mover el dial de su emisora receptora, buscando alguna frecuencia que diese señales de actividad. Finalmente, cuando ya empezaba a preguntarse si se había equivocado porque estaban llegando al final de la banda disponible, se encendió un piloto verde,

señal de que llegaban las ansiadas radiaciones. Y a los pocos momentos, sus trajes espaciales estaban operando a pleno rendimiento.

- Que suerte...!, se alegró Irene.

Alfonso estaba totalmente de acuerdo con la teniente. Pero el hecho de disponer ahora de energía, demostraba un hecho no tan venturoso, y así se lo hizo saber.

- Sí, pero al mismo tiempo estos corrobora la presencia activa de los hombres de cristal por las proximidades. Así que, extrememos las precauciones, no vayamos a darnos de bruces con alguna patrulla en cualquier recodo.

Regulando pues, la intensidad de la corriente, se elevaron unos palmos del suelo e iniciaron un vuelo rasante hacia adelante, a una velocidad de sólo diez kilómetros por hora, a fin de estar atentos a cualquier señal de actividad cercana.

El túnel seguía completamente rectilíneo durante varios kilómetros, que hicieron al capitán pensar que si hubieran tenido que hacer todo ese camino a pie, hubieran tardado muchísimo tiempo. Cuando empezaba a pensar si conducía directamente al centro del planeta, súbitamente desembocó en otro túnel transversal de mayores dimensiones, igualmente desierto y escasamente iluminado, por el que empezaron a caminar. A diferencia del anterior, las muchas señales que había en el pavimento mostraban el frecuente tráfico que pasaba por él. En consecuencia, redoblaron las precauciones por si se presentaba el enemigo de repente.

Pero esta no era su única particularidad. Alfonso, al que ya le parecía extraño que un pequeño túnel estuviera demasiado bien hecho, pero tampoco le dio demasiada importancia, ya que creía que era tal vez a causa de que su poco uso había impedido que se gastase, a la vista del estado prácticamente igual del pasadizo donde estaban en esos momentos, se vio obligado a reconocer que no lo comprendía, confesándoselo así a Irene.

- Tal vez me puedes ayudar, porqué yo no lo acabo de entender. Estos corredores están muy bien terminados, demasiado, creo yo, si tenemos en cuenta donde estamos. La tecnología de los hombres de silicio no suele hacer concesiones a este tipo de detalles y además no se ve ninguna vía férrea ni nada parecido.

- Es cierto. Además parece haber muy poca luz....

Al decir esto, Irene levantó los ojos hacia el techo, mirando los tubos que producían la luz ultravioleta que les iba alumbrando el camino, y fijándose más , comentó:

- Mire, capitán. En esta nueva galería hay muchos más tubos, pero

casi no brillan, por eso se ve tan poco.

- Quizás el problema es que no tenemos nuestros anteojos bien sintonizados a la frecuencia correcta...

Y mientras hablaba, Alfonso trató de ajustar mejor la polarización de sus gafas, para ver si tenía razón, si bien sus enguatadas manos le dificultaban la operación, Debido a esto, pasó sin querer al espectro habitual de los seres humanos, y para su sorpresa, observó que al hacerlo aumentaba la iluminación. Cuando comprobó la frecuencia a la que estaban graduados en ese momento los anteojos, su extrañeza le hizo exclamar.

- Esto es absurdo. Si no lo viera no me lo creería. Todos estos tubos están produciendo luz normal, no ultravioleta !

- ¡No puede ser! - respondió Irene - ¿Para que querrían esos bichos una luz que casi no pueden ver...?

- No lo sé, pero es así...No ! Fíjese bien; de cuando en cuando hay tubos ultravioletas, pero la mayoría no lo son....

Mientras seguían con estos comentarios, el túnel empezaba a girar hacia la izquierda y en el primer recodo apareció ante ellos una puerta cerrada. Se detuvieron y se acercaron a investigar.

Estaba cerrada con una especie de cerrojo, que al ser manipulado resultó muy fácil de descorrer. La puerta media poco más de dos metros de alto y al abrirla se encontraron simplemente con un pequeño cubículo de tres por tres metros, casi totalmente vacío, salvo por unos restos como de maderas pulverizadas que había en un rincón. La habitación estaba oscuras y al recorrer las paredes con la luz de sus linternas, detectaron otra puerta de dimensiones algo más pequeñas, pero esta vez cerrada con llave.

- Por si no hubiéramos tenido suficientes enigmas para hoy, esto aún es mucho más extraño...Todo esto parece realmente diseñado más para el uso de personas como nosotros que para los hombres de silicio...

Al escuchar esas palabras, la teniente se preguntó si todo lo que habían experimentado durante las últimas horas no había afectado al capitán, y si este se encontraba en su pleno juicio, ya que no podía creer las palabras de su superior. Pero después de examinar la puerta, y recordar todas las evidencias recogidas hasta el momento, tuvo que reconocer a su pesar que podría tener razón.

La principal prueba consistía en que la estatura de aquellos seres era de casi un metro superior a la de los humanos, con lo que aquellas puertas eran ridículamente pequeñas para que pasasen por ellas. Además el cerrojo que acababan de descorrer parecía diseñado más para el uso de una mano terrestre que para las garras de los hombres de cristal. Y aquellos absurdos proyectores de luz blanca...

Todos estos pensamientos se arremolinaban en la mente de Irene y Alfonso, cuando de repente oyeron un ruido que iba creciendo de volumen. Se dirigieron hacia la puerta, que había quedado entreabierta y por la rendija vieron acercarse en dirección opuesta a la que ellos llevaban, una especie de camioneta, con ruedas provistas de cremallera, en cuya cabina descubierta se adivinaban las siluetas de dos monstruos de silicio.

Ninguno de los dos terrestre había visto nunca uno de aquellos seres vivos, salvo en reportajes y películas, o en los museos. Desde su incorporación a la Armada, venían realizando patrullas pero sin haber visto nunca al enemigo, hasta el punto que habían llegado a dudar de su existencia real. Y he aquí que de repente se encontraban cara a cara con ellos y además en su ambiente....Se quedaron helados y en breves momentos el vehículo pasó ante la puerta y se perdió tras el recodo.

- ¿Ha visto, capitán....? Son hombres de cristal ! Estamos en su mundo...

- ¿Pues claro, que te creías....? ¿Que jugábamos al escondite con fantasmas...? Tenemos que salir de aquí y avisar al mando de lo que hemos visto. Aquí debe haber una verdadera ciudad subterránea. Salgamos !

- Sí de acuerdo...Pero...¿a dónde vamos...?

- Creo que lo mejor será volver sobre nuestros pasos e intentar salir por alguna otra puerta . Deben haber varias que comunican estos túneles artificiales con las galerías naturales que estábamos explorando. Y pensar que creíamos que la Humanidad de silicio estaba acabada..!

- Ya le decía yo que no era así y que era un error que Valera se fuese tan pronto, sin estar seguros de que éramos los dueños absolutos de este planeta. Pero claro, los Aznar siempre tienen la razón...

- Déjate ahora de tonterías, Irene ! Lo importante es salir de aquí.

En aquel momento volvieron a escuchar ruidos y nuevamente vieron cruzar ante la puerta un vehículo aparentemente igual al primero, dirigiéndose en la misma dirección. Y casi inmediatamente apareció una pequeña caravana de transportes orugas cargados con lo que parecía ser restos de diversas máquinas, más o menos destrozadas. Entre ella, los dos silenciosos observadores creyeron adivinar algunas siluetas que les resultaban familiares.

- Mire capitán, ese camión lleva un topo !

- Sí, y parece que haya sido reventado...Pero, silencio ! No nos vayan a detectar...aunque no creo que estén sintonizando precisamente esta frecuencia.

Quizás era imprudente seguir utilizando la radio, pero su excitación era superior a su prudencia y siguieron comunicándose sus impresiones.

- Mire, mire...Ahí hay más restos de topos...Y en el siguiente hay varias escafandras...Cielos ! Esas escafandras están llenas...! Hay alguien dentro...

- Cierto, pero deben estar muertos; fíjese en las posturas que tienen, parecen muñecos...Pero parece que ya se acaba...Se han ido.

El silencio y la soledad volvieron a apoderarse del túnel, mientras el polvo que el paso de la caravana había levantado, descendía gradualmente hacia el suelo. El capitán Alfonso Ríos vacilaba en que decisión debía tomar. No había duda de que era absolutamente preciso salir de allí, no solo por su seguridad sino también para avisar a sus compañeros de la reorganización de la Humanidad de cristal que estaban observando, y de sus adelantos científicos, como aquel material del que llevaba una muestra.

Pero el problema era hacia donde dirigirse y cómo hacerlo. Si aquella vía estaba tan concurrida como parecía, en cualquier momento podían encontrarse con algunos soldados enemigos y las consecuencias eran fáciles de imaginar. Al llegar a este punto de sus pensamientos, Alfonso tuvo una idea...

- Un momento...creo que tenemos alguna posibilidad. Fíjate, Irene, que por ahora no hemos visto ningún hombre de silicio armado; deben ser simples operarios que manejan sus camiones sin sospechar en absoluto nuestra presencia en estos parajes. Creo que aunque nos crucemos con algún vehículo, podremos destruirlo sin peligro con nuestras ametralladoras atómicas. Así que, adelante ! Vamos allá...!

Salieron del pequeño habitáculo en que habían estado ocultos y poniendo de nuevo en funcionamiento, se elevaron hasta casi tocar el techo, con objeto de tratar de pasar más desapercibidos, e iniciaron el camino de regreso, empuñando nerviosamente sus fusiles ametralladores....

CAPÍTULO 7

EL TERRIER

Mientras pasaba todo esto, y a cien metros del crucero, el silencio de los pasadizos estaba siendo perturbado por un ruido ensordecedor que parecía el de una de aquellas locomotoras de combustible sólido que recorrían el planeta Tierra antes del descubrimiento de la Energía Atómica, pero que realmente era provocado por el terrier E23.

Este vehículo tenía una forma parecida a la de los miembros de la raza canina de la cual había cogido el nombre. Efectivamente, tenía cuatro "patas" que le eran muy útiles para abrir túneles. Mientras las dos delanteras agujereaban la roca, las traseras retiraban lo excavado hacia atrás. Para apoyar la excavación, los agujeros del "hocico" eran realmente dos proyectores clase II de dedona, más potentes que los de los topos, que eran clase I. Sobre las armas, estas consistían en tres cañones atómicos de 40 mm, disparando dos hacia delante, y uno en retirada, y dos ametralladoras atómicas de 7'62 mm, situadas, junto con los cañones delanteros, en el "pecho".

Respecto al blindaje, este era más grueso que el de los topos, sobretodo en la parte del "lomo" y "cabeza", las zonas más vulnerables, para prevenir daños producidos por caídas de rocas, y ataques de armas de energía cinética. Interiormente, además de las salas de mando y máquinas, había un compartimiento donde podían sentarse diez soldados totalmente equipados, aunque en caso de emergencia, podían caber veinte personas. En conclusión, mientras el topo era un vehículo de exploración, los Terrier se usaban para el asalto.

En el caso particular que nos ocupa, únicamente viajaban cuatro soldados, y un sargento, para protección del médico y las dos enfermeras que atenderían a los supervivientes, si fuera necesario. En la sala de control, el teniente Balmer, al mando del terrier, observaba atentamente el pasadizo que se abría delante de ellos. De repente, el técnico responsable de las comunicaciones, interrumpió sus pensamientos:

- Perdone, Teniente, pero nos acaba de llegar un mensaje del Zaragoza. Quieren hablar con usted.

- De acuerdo, ahora me pongo……. Aquí el teniente Balmer, ¿con quién hablo?

- Aquí el capitán Tilea. He recibido ordenes del comodoro según las

cuales tienen acelerar al máximo para llegar a la localización del topo accidentado lo más pronto posible, extremar las precauciones, y prepararse para un posible combate. ¿Ha comprendido lo que le he dicho?

- Si. ¿Pero a que se deben estas medidas? ¿Qué no es esta una misión de rescate? ¿Es que también tenemos que hacer una operación de infiltración en territorio enemigo?

- No estoy autorizado a decírselo. Limítase a cumplir lo que le mando, y llámeme cuando haya alguna novedad.

- A sus ordenes. Corto y cierro.

Cambiando la frecuencia del transmisor a la de comunicación interna, ordenó.

- Alerta Amarilla. Toda la tripulación a sus puestos de combate. Cierren las compuertas estancas. Navegante, incremente la velocidad a 20 nudos, y encienda los sistemas activos de rastreo. Artillero, conecte las defensas.

Mientras los diferentes puestos de la nave iban dando el acuse de recibo, el color de la pantalla cambió de un rojo difuso a un blanco brillante, lo que les permitió ver hasta el más nimio detalle de las paredes del pasadizo, que además, empezaron a moverse considerablemente más aprisa que antes. Después de cinco minutos llenos de tensión, el Terrier se paró bruscamente, y se oyó la voz del navegante.

- Perdone que le moleste, señor, pero tenemos un problema.

- Explíquese, cabo.

- Ocurre que el túnel empieza a hacerse muy estrecho, y si utilizamos el método habitual de excavar con las patas, tardaremos bastante en llegar al topo.

- Hmmm. ¿Estamos muy lejos aún?

- Según la pantalla, como a un cuarto de kilómetro.

- No podemos perder ni un minuto. Así que conecte los taladros a máxima potencia para que nos abran paso, y continuemos adelante.

- A sus ordenes.

Dos minutos y doscientos metros más adelante, otra vez hubo una parada. Antes de que el navegante tuviera tiempo de decir nada, el teniente, que ya había descubierto cual era el problema, se le adelanto.

- No me lo diga, navegante. El túnel se ha hecho demasiado pequeño, y ya no podemos continuar solo con los taladros. ¿Verdad?

- Exacto, mi teniente.

- Muy bien. Pues ponga en marcha las patas. Radio. Avise al Zaragoza de que estamos solos a cincuenta metros del topo, y que pronto lo rescataremos. Ah, si. Pregúnteles si nosotros podemos conectarnos también con su tripulación.

- A sus ordenes. Señor………..Ya tenemos permiso. Canal cinco.

- Muchas gracias….. ¿Me reciben, topo T752?

- Si. ¿Donde están ustedes? ¿No serán por casualidad los que están haciendo ese ruido tan espantoso que lo hace vibrar todo?

- Exactamente. Pónganse las escafandras, y prepárense para un viaje movidito, que vamos a sacarles de ahí.

- Recibido. Estamos a la expectativa.

Justo en ese momento, y sin ningún aviso previo de los que acostumbraban a anunciar las avalanchas, se oyó como un ruido de caída de piedras, y un golpe muy grande que resonó en el interior del Terrier como si estuviesen al lado de las campanas de la catedral de Nuevo Madrid en la noche de fin de año, y que provocó que temblase de lado a lado. Levantándose del suelo donde lo había derribado el golpe, gritó.

- Navegante, ¿que ha pasado? Todas las secciones, quiero un informe de daños ya.

- No lo sé. Parece que ha caído algo muy pesado encima nuestro. Gracias a Dios, el blindaje ha resistido. Con su permiso, saldré a hacer una inspección.

- Si, vaya, vaya. Manténgame al corriente.

Al momento, empezaron a llegar los informes.

- Atención, aquí maquinista. Los motores no han sufrido ningún daño. Seguimos la marcha. Aquí armería, hemos perdido una de las ametralladoras. El resto de las armas en pleno funcionamiento. Aquí compartimiento de pasaje, tenemos dos bajas, y el techo se ha combado.

- Repita eso, compartimiento de pasaje. ¿Qué les ha ocurrido?

- Aquí el Sargento Samson, al mando de la tropa de escolta. El choque de lo que sea que tenemos encima ha hecho salir disparado al soldado Martínez de su asiento, y del choque con la otra pared, se ha fracturado el cráneo. Igualmente, una de las enfermeras se ha roto el brazo. En estos momentos, el médico está atendiéndoles. Temo por la vida de Martínez.

- Comuníqueme cualquier novedad. Ah, que los hombres útiles se pongan la armadura, y se preparen para salir al exterior. No sabemos si ha sido un accidente, o un ataque.

- A la orden, teniente. Cambio y corto.

No pudo dejar el teniente el transmisor, porque en seguida éste volvió a sonar. Inmediatamente se oyó la voz del cabo.

- Atención, Teniente Balmer, ¿me recibe? Aquí el navegante.

- Dígame. ¿Ha descubierto lo ocurrido?

- Pues se podría decir que si. Pero antes, permítame hacerle una pregunta. ¿Usted tiene conocimiento de si por esta zona está situado algún yacimiento de dedona, donde esta se encuentra en forma de conos de 2 metros de altura?

- Claro que no. ¿Qué disparate está diciendo ahora? Si es una adivinanza, le advierto que no estoy para bromas.

- No, me temo que no es ninguna broma. Solo ha confirmado lo que ya suponía. Señor, he de informarle que alguien nos ha lanzado encima la pieza que le acabo de describir. Necesito una persona con un par de cables eléctricos para que me ayuden de quitarla de ahí. Ha ido de muy poco que no nos aplasta.

- Maldición! Ahora le envío alguien.

Después de dar las ordenes pertinentes para que el cabo recibiese la ayuda solicitada, volvió al transmisor.

- Ya está listo. En seguida, llegará uno de los soldados con el equipo necesario. Mientras tanto, ¿le importaría decirme si tiene idea de como puede haber llegado hasta aquí?

- Hombre, lo más probable es que un pequeño motor eléctrico la haya traído volando, y la haya dejado caer, por el sistema de soltar las abrazaderas que le transmitían la corriente que la mantenía en el aire. Ah, ya llega la ayuda. Dos minutos más, y podremos volver a movernos.

- No tan rápido. Saquen la pieza de encima del Terrier, y veremos de llevarla al Zaragoza para que la estudien. Luego, vuelva a la sala de mando.

- A la orden, señor.

A continuación, se puso a hablar con las tropas que aún no se habían movido del interior del vehículo.

- ¿Sargento Samson, me recibe? ¿Como están los heridos?

- Martínez está sedado. Parece que sobrevivirá, pero tardará varias semanas en volver al servicio activo. En cambio, el doctor ha administrado una inyección reparadora a la enfermera, y mañana ya estará perfecta.

- Lo celebro. Escuche lo que le voy a decir. No vamos a movernos

más de momento, por si acaso más adelante nos atacan con armas más pesadas. En consecuencia, desembarquen usted y su tropa, y intenten llegar hasta el topo. Por el camino, registren el pasadizo cuidadosamente, no sea que alguien nos tenga reservado un regalito. Llámeme cuando esten allá, y vayan con mucho cuidado.

- A la orden, teniente. Y no se preocupe, que mis muchachos comen hombres de silicio de aperitivo.

- Ya será menos. Atención, sargento, voy a abrir la compuerta delantera. Salgan por allí, por favor.

Efectivamente, en pocos segundos, lo que podríamos definir como la “boca” del Terrier se abrió, y por ella salieron tres siluetas que se alejaron volando hacia el topo accidentado que se veía en la lejanía, y que estaba iluminado por la luz de los faros situados encima de los “ojos”. El teniente fue observando su aproximación al vehículo, al cual llegaron en seguida. Pudo ver por la pantalla que lo estaban inspeccionando. Justo cuando estaba a punto de llamar para preguntar como iba todo, sonó el transmisor.

- Atención, teniente, ¿me recibe?

- Si, aquí estoy. ¿Tiene usted alguna novedad?

- Pues creo que si. Pero no se si lo creerá. Nunca me hubiera imaginado que ocurriese algo semejante.

- ¿Pero que es? Explíquese, por favor.

- Hemos descubierto que el topo no puede moverse por sus propios medios porqué tiene las toberas aplastadas.

- ¿Qué? Pero si eso es imposible. Están hechas de dedona.

- Sabía que no me creería. Parece que le ha caído encima un cono metálico de dos metros de alto. No entiendo como ha podido hacerlo. Espere, tengo una idea. Manténgase a la escucha.

Mientras esperaba, el teniente aumentó el alcance de la cámara, y vio que era cierto lo que decía el sargento sobre las toberas aplastadas. De repente, apareció una chispa en el aire, y una roca de forma extrañamente cónica pegó un salto espectacular antes de volver a caer al suelo, donde levanto una gran cantidad de polvo muy impresionante, aunque realmente sin ningún peligro de aplastar a los soldados, ya que se habían apartado. Pero igualmente, asustado, volvió a conectar la radio.

- Sargento, responda! ¿Que ha sido eso?

- “Eso” ha sido el cono, que como me temía, era de dedona. ¿Se da cuenta de lo que significa?

- Dios mío. Los hombres de silicio tienen dedona. Sargento, saque

de allá inmediatamente a la tripulación del topo, y vuelvan a bordo. Tenemos que dar cuenta al Alto Mando del descubrimiento.

- Estamos en ello. En diez minutos, podrá hablar con ellos en persona.

A continuación, Balmer se dirigió de nuevo al radiotelegrafista.

- Cabo, conécteme inmediatamente con el Zaragoza.

En pocos segundos, brotó una voz del aparato.

- Al habla el capitán Tilea. ¿Alguna novedad?

- En estos momentos están rescatando a la tripulación del Topo. Pero, señor, no han sufrido ningún accidente. Han sido atacados con conos de dedona capaces de hundir la coraza de un topo. A nosotros, también nos han lanzado uno, pero hemos podido resistir, al precio de dos heridos, uno de ellos grave.

- Como!! ¿Sugiere usted que el enemigo tiene dedona?

- No. Lo afirmo. En estos momentos, mi navegante está atando al terrier uno de esas piezas para remolcarla y que puedan estudiarla. Pido permiso para retirarme al Zaragoza, en cuanto lleguen los supervivientes.

- Espere un momento, que esta situación es grave, y está por encima de mis competencias. Lo tengo que consultar con el comodoro.

Casi al instante, otra voz más grave que la anterior irrumpió en la comunicación, señal inequívoca de que había estando escuchando la conversación, tal vez desde el comienzo de la misma.

- Teniente, le está hablando el Comodoro Aznar. ¿Ya han recuperado la baliza?

- ¿Baliza? ¿Que baliza? No sabemos nada de ninguna baliza.

- Es imprescindible recoger la baliza. Estoy convencido que la patrulla ha sido suprimida cuando fue a recogerla, para impedir que nos enterásemos de lo que había grabado.

- ¿Pero como la encontramos?. No sabemos donde está, y como no emite ninguna radiación, no podemos localizarla.

- De acuerdo. Activen el rastreador en la frecuencia 12-34-06. Así aparecerá. Ah, teniente, excepto en caso de fuerza mayor, no vuelvan sin la baliza. ¿Ha entendido lo que quiero decir?

- ¿Pero? Si, señor, perfectamente. Tendrá usted la baliza. Corto y cierro.

Después de cerrar la comunicación en medio de maldiciones, descubrió que el navegante acababa de volver al puente. Cuando le hubo comunicado

que el cono ya estaba sujeto a la nave, y que no había ningún impedimento para que volvieran a ponerse en marcha, le ordenó que se sentara rápidamente en su puesto, y le dijo.

- Navegante. Calibre el rastreador en la frecuencia 12-34-06, y avíseme cuando detecte alguna cosa, por pequeña que sea. Piloto, haga avanzar el Terrier lo más cerca que pueda de los escombros, y una vez llegados allá, conecte las patas.

CAPÍTULO 8

PERDIDOS POR EL LABERINTO

El pasillo se extendía solitario delante de las escafandras de los dos terrestres que surcaban la enrarecida atmósfera a una velocidad algo superior a la máxima compatible con la seguridad. Tenían prisa por llegar pronto a la salida del pasadizo por el que habían penetrado en aquella red de galerías.

El tiempo transcurría veloz y Alfonso e Irene estaban ya recorriendo el tramo rectilíneo en el que desembocaba el primer túnel que habían explorado, cuando de repente ocurrió lo que habían estado temiendo. A lo lejos empezaron a vislumbrarse unas luces que se acercaban, sin duda los focos de un vehículo.

-Rápido, Irene. Frena e intentemos ocultarnos en alguna grieta !

Pero esto era más fácil de decir que de hacer, ya que el túnel estaba perfectamente acabado y no había a la vista ninguna grieta capaz de ocultarles. Además, una nueva circunstancia vino a complicar la situación, ya que las luces que se acercaban eran de un vehículo de los hombres de silicio, que como era sabido sólo podían ver la luz ultravioleta y como los dos soldados no llevaban en aquellos momentos sus anteojos sintonizados a este tipo de luz, no habían detectado la proximidad de aquellos focos hasta que ya estaban muy cerca.

Sin saber muy bien que hacer, tuvieron unos segundos más de vacilación y con el corazón latiéndoles desacompasadamente vieron como el vehículo empezaba a disminuir bruscamente su velocidad, hasta detenerse casi por completo. Se trataba de un coche oruga parecido a un jeep terrestre, y los dos hombres de cristal que lo tripulaban se levantaron simultáneamente, quedándose quietos durante lo que les pareció una eternidad.

Dado que aquellos seres carecían de ojos tal como nosotros los entendemos, y que veían en todas direcciones a través de su transparente cabezón, los terrestres no sabían si les estaban mirando a ellos o no....

La vacilación duró poco, ya que súbitamente vieron como los dos monstruos se movían simultáneamente y mientras unos saltaba del coche, el otro llevaba su garra hacia la parte trasera del vehículo, asiendo lo que parecía un arma.

Fue Irene la primera en reaccionar y su fusil ametrallador escupió

una ráfaga de pequeños proyectiles atómicos, que impactaron sobre el coche y sus ocupantes, destruyéndolos en medio de una nube de explosiones y con un estruendo que en el silencio de la cueva resonó como la mayor de las tempestades.

- Para, para ya Irene ! -gritó Alfonso- Tenemos que irnos de aquí cuanto antes. No creo que esos bichos hayan tenido tiempo de dar la alarma, pero si llegan más y ven lo que ha pasado, no sé que va a pasar. Y seguro que llegan.....

Dejando tras de si los restos del vehículo y de sus tripulantes, los dos jóvenes reanudaron su vuelo a toda velocidad, esperando alcanzar a la desembocadura del corredor por el que habían llegado, antes de que su presencia fuese descubierta. Sus esperanzas iban aumentando por momentos, ya que no se advertía ninguna señal de actividad en el desierto túnel.

Y efectivamente, a los pocos minutos llegaron a la bifurcación.

- Menos mal, capitán !. Llegamos a tiempo. Huyamos cuanto antes...

- Sí, Irene....Me parece muy bien, ...pero por donde salimos..?

La pregunta de Alfonso era muy cierta, ya que a su derecha se abría no un pasadizo, sino tres, prácticamente uno junto a otro.

- Debemos haber llegado por una de estas tres bocas, pero no sé por cual. Posiblemente al llegar, entre el nerviosismo y la poca iluminación que había no nos hemos dado cuenta de que habían más bocas...

- Seguramente capitán....Como entonces llevábamos las gafas polarizadas a la radiación ultravioleta casi no veíamos nada...

- Es verdad ! Y eso me hace de nuevo pensar en por que diablos en este túnel de los hombres de cristal hay lámparas de luz blanca ...

- Mire, capitán, ahora eso no importa...Lo importante es decidir por donde salimos...Yo creo que debe haber sido el primero.

- Es posible, pero no estoy seguro. Entremos un poco, a ver si nos recuerda algo.

Mientras estaban hablando, Irene giró la cabeza hacia atrás, hacia la dirección por donde había venido y sintió que la sangre se le helaba en las venas, al ver cuatro monstruosas siluetas que se les estaban acercando volando a toda velocidad.

Al mismo tiempo que profería un grito de aviso, apuntó nerviosamente su fusil ametrallador y soltó una ráfaga de diminutos proyectiles atómicos.

Alfonso se giró a su vez, a tiempo de ver cómo dos de aquellas

siluetas saltaban en pedazos, mientras que las otras dos simplemente salían despedidas en direcciones opuestas. Pero los recién aparecidos hombres de cristal iban enfundados en una especie de escafandras como las suyas, y rápidamente recobraron su posición y lanzaron sobre la pareja sendas chispas azules.

La primera sensación de Alfonso fue de alivio...Los monstruos no iban provistos de armamento nuclear, sino de simples pistolas eléctricas.

- Menos mal, Irene...Nuestras armaduras son aislantes a las descargas eléctricas. Dispara...!

Los dos soldados dispararon de nuevo sus armas, pero apuntando ambos al mismo enemigo, con lo que éste quedó literalmente pulverizado, pero el otro tuvo tiempo de dar media vuelta y huir a toda la velocidad que su propulsor, aparentemente muy similar al de los terrestres, le permitía, rodeado por las explosiones de los proyectiles que le perseguían.

- Rápido, Irene....Huyamos cuanto antes....Seguro que este bicho está pidiendo refuerzos...

Y sin pensar más en que túnel elegían, Alfonso e Irene entraron rápidamente por el primer pasadizo, adentrándose por él a una velocidad suicida.

No llevaban recorridos más que unos centenares de metros, cuando se dieron cuenta de que habían equivocado el camino. Este túnel no era uniforme, como el que habían utilizado para entrar en aquel laberinto, sino que se estaba ensanchando por momentos, hasta alcanzar más de treinta metros de separación entre pared y pared.

No obstante, prosiguieron su desaforado vuelo, hasta que repentinamente desembocaron en una amplia plazoleta cuadrada, de más de cincuenta metros de lado. Frenaron súbitamente y fueron a recogerse en uno de sus ángulos....En esta zona la iluminación ultravioleta era mucho más intensa y por contra su visión quedaba muy reducida.

Alfonso conmutó la polarización de sus anteojos, y ante la nueva y deslumbrante luz, se ofreció a sus ojos un panorama totalmente insospechado.

En el fondo de la sala se apilaban hileras y más hileras de una especie de cilindros metálicos, como si de un montón de troncos se tratara. Y a su alrededor se movía un enjambre de grúas y ....hombres de cristal, que aparentemente no habían reparado en su presencia.

- Escóndete, Irene -ordenó Alfonso - Parece que no nos han visto.

- Sí, pero mire, capitán...Que están haciendo ? Parecen un hormiguero en movimiento....

- Sí, menudo hormiguero...Acerquémonos un poco más, ocultándonos detrás de aquellas vagonetas.

Efectivamente; a su izquierda se alineaban una serie de vagonetas que parecían proceder de un oscuro túnel por el que se perdía una vía férrea que llegaba hasta aquella plaza. Escondiéndose entre las vagonetas fueron aproximándose a la escena principal y poco a poco fueron viendo más detalles.

Lo que en un principio les parecieron cilindros metálicos, resultaba ser un conjunto de conos de varios metros de altura, de un color totalmente negro, que reposaban unos sobre otros. Los hombres de cristal se movían entre ellos y fijándose más, observaron que los estaban cambiando de posición, sin esfuerzo aparente a pesar del gran peso que se adivinaba debían tener. La explicación apareció de repente, cuando Irene exclamó:

- ¿Dedona...! Eso debe ser dedona ! Fíjese en aquellos cables...! Cuando tocan los cilindros, éstos parecen flotar....!

- ¿Dedona...? ¿Y para qué demonios quieren esa especie de conos...? Vaya una forma rara de manipularla...

De repente, le pareció oír una llamada en sus auriculares, pero muy débil y que se difuminaba al momento. No obstante, la voz parecía hablar en correcto castellano, e incluso captó unas palabras tales como "zaragoz...."¡El nombre de su barco! ¡Sería posible...! Frenéticamente, intentó establecer comunicación, pero aunque por algunos instantes pareció que conseguía una respuesta coherente, la señal terminó por desvanecerse, dejándoles nuevamente sumidos en el profundo silencio anterior, roto únicamente por sus propias voces.

Pero no tuvieron ocasión de desesperarse, ya que muy poco después fueron interrumpidos por un estremecimiento en la pared en que estaban apoyados, y a los pocos instantes vieron aparecer un tren cargado de aquellos extraños artefactos.

- No lo entiendo, - murmuró Alfonso - Vamos a ver de donde procede ese tren.

- Pero capitán, no sea Vd. imprudente...Yo creo que deberíamos regresar...

- Tienes miedo...?, preguntó sarcásticamente Alfonso.

- Sí, tengo miedo. Y Vd. también debería tenerlo o al menos ser más prudente y pensar que nuestra obligación es regresar con los nuestros y contar lo que hemos descubierto, en lugar de ir jugando a héroes por estos andurriales...

- Tienes razón, Irene -reconoció a regañadientes Alfonso -

Regresemos....

Dieron media vuelta y se dirigieron de nuevo hacia el túnel por el que habían emergido, cuando de repente fueron detenidos por un brillante resplandor que empezó a destellar desde una potente lámpara ubicada en el techo y que hasta entonces seguramente había estado apagada.

- ¿Qué es eso...?- chilló sobresaltada Irene.

- No sé.....¡ debe ser una alarma..! Otra vez estamos olvidando que estos monstruos no "oyen" los sonidos, sino que los "ven". ¡Sí, es una alarma! ¡Huyamos de una vez...!

A toda velocidad se internaron de nuevo por el túnel, deshaciendo el camino anterior. A los pocos minutos volvieron a encontrarse en la bifurcación donde habían tenido el último encuentro con los hombres de cristal, y aminorando la marcha, se asomaron sigilosamente al túnel principal.

Este estaba ahora lleno de aquellas infernales criaturas, que nuevamente parecían un enjambre de insectos revoloteando alrededor de los restos del vehículo destruido.

- Hemos de pasar como sea...Aprovechémonos de que sus pistolas eléctricas no nos hacen nada. Cruzaremos a toda velocidad y nos meteremos por el segundo túnel antes de que den cuenta. Estoy seguro de que es por ahí por donde vinimos...

- De acuerdo, capitán...Pero ..¿mire, también han traído blindados !

En realidad no se trataba de un blindado convencional, ya que si bien su forma y su caparazón recordaba vagamente a los anticuados tanques terrestres de la Segunda Guerra Mundial, en lugar del clásico cañón, el vehículo estaba rematado por una especie de antena parabólica.

- Es un proyector de Rayos Z !, chilló Irene.

- No importa. Los rayos Z sólo desintegran los metales y nuestras armaduras y los fusiles están hechos enteramente de cristal. ¡Pasemos de una vez!

Y sin más dilación, terminaron de asomarse al corredor principal e iniciaron un lento deslizarse hacia la vecina embocadura. Pero a los pocos metros, al mismo tiempo que algunos de los hombres de silicio empezaban a detenerse y empuñaban sus pistolas, la antena del blindado también se detuvo y en el mismo momento en que Alfonso e Irene empezaban a entrar en el nuevo túnel, de ella partió una especie de rayo azul, que alcanzó de lleno a la pareja, en el mismo momento en que giraban la esquina y se internaban en el pasadizo.

La primera sensación de Alfonso fue de alivio, al ver que

efectivamente el rayo Z no había tenido ninguna consecuencia sobre él, a parte de un súbito deslumbramiento. del que le salvó la polarización automática de sus anteojos.

Pero al mismo tiempo, sus auriculares registraron un grito desgarrador por parte de Irene:

- ¡Mi mano....! ¡Se me ha quemado! - y diciendo esto, Irene empezó a voltear locamente en el aire, yendo a estrellarse contra una de las paredes.

- ¿Qué te pasa...? Responde...!

- No lo sé....Me arde la mano derecha .....¡Dios mío..! No puedo más...!

Alfonso dio media vuelta y se acercó de nuevo a Irene, cogiéndole la mano derecha. que pendía flácida a su lado. A través del cristal transparente de la armadura, vio que tanto la manga como el propio brazo estaban rodeados por una negra señal, como de una profunda quemadura.

- Parece una quemadura...pero no podemos perder tiempo. Aguántate y corramos ...!

- Sí, ya voy...Pero me duele mucho....Es como si me hubieran aplicado un hierro al rojo...

- Corramos, -insistió Alfonso- Esos bichos van a entrar de un momento a otro...

Tirando de su compañera, el capitán Ríos emprendió de nuevo el vuelo, internándose en las profundidades del corredor, que si bien antes les había parecido siniestro, ahora se les ofrecía como el único posible camino de salvación.

- ¡Mi pulsera...! ¡Mi pulsera...!, gritó repentinamente Irene

- Qué demonio de pulsera dices ahora...!

- Ha sido la pulsera.... Llevaba una cadenilla de oro y el rayo Z la ha desintegrado....!

- Conque una pulserita...!.Condenada coquetería femenina! No sabes que las ordenanzas prohiben llevar encima objetos de metal...? Cuando regresemos a bordo...

Pero Alfonso interrumpió repentinamente su regañina. Evidentemente no era aquel el momento adecuado y casi se le escapó una sonrisa pensando en que estaba escogiendo un mal momento para tratar de imponer la disciplina a su joven compañera. La faz de Irene, normalmente morena, estaba cada vez más pálida... A no ser por los propulsores de su traje espacial, sin duda se habría derrumbado incapaz de seguir adelante.

Asiéndola con más fuerza, siguió arrastrándola consigo, internándose más y más en el túnel, que de repente dejó de estar asfaltado, para convertirse en una auténtica cueva, sin más iluminación que la que les proporcionaban las lámparas individuales ubicadas en la parte delantera de sus escafandras.

Tras diez minutos de frenético vuelo, Irene exclamó algo ininteligible y pareció quedarse sin conocimiento, si bien la ingravidez de su traje volador permitía que Alfonso siguiese avanzando con ella.

Sudando dentro de su armadura, a pesar del aire acondicionado de la misma, Alfonso estaba pensando en detenerse cuando se vio forzado a hacerlo, ya que el pasadizo parecía terminar allí mismo, ante un muro metálico que lo bloqueaba completamente.

Frenando de golpe, al capitán Ríos dejó a su compañera en el suelo y se quedó parado sin saber que hacer....En cualquier momento podían aparecer por su retaguardia los hombres de cristal y en aquellas condiciones eso sería sin duda su fin, o tal vez algo peor, si caían vivos en manos de sus enemigos....

No obstante, hizo un esfuerzo por no dejarse dominar por el pánico y se acercó a la pared que se alzaba al fondo del pasillo. Mirándola con más atención, observó que no parecía muy sólida, ya que a la luz cada vez más débil de su proyector, se adivinaban unas ranuras, como si de una puerta se tratara. Quizás una descarga de su fusil pudiera derribarla....Pero en aquel estrecho espacio, las explosiones podías ser peores para ellos dos que para la pared, si ésta era más gruesa de los que él creía.

Mientras se debatía entre estas dudas, al fondo del pasillo empezó a oírse un ruido que se acercaba y ante esta disyuntiva, Alfonso no lo dudó más y disparó contra la presunta puerta....

La suerte estaba con ellos ! Se trataba efectivamente de una simple puerta, que se derrumbó estrepitosamente al primer impacto. Con una súbita inspiración, Alfonso disparó toda una descarga contra el fondo del pasillo, apuntando hacia el techo y produciendo así un derrumbe que al menos por el momento estableció un sólido muro de piedra entre ellos y sus perseguidores.

- Despierta, Irene. Tenemos que seguir...!

La Teniente no dio señales de vida, pero el Capitán aumentó la potencia de su propia escafandra y levantando a su compañera, se introdujo por el recién abierto camino. Espoleado por la esperanza de encontrar una salida, siguió arrastrando la carga de su inconsciente compañera y a los pocos minutos penetraba en un túnel que le pareció vagamente familiar. Era totalmente rectilíneo y en el suelo se veían unas huellas de rodaduras. ¿Podría ser el mismo túnel por el que habían entrado...?

Nuevamente se encontraban en un pasadizo con las paredes pulimentadas e incluso decoradas con lo que parecían unas letras árabes a juzgar por los dibujos de ilustraban el ejemplar de “Las mil y una noches” que el capitán había leído hacía poco, aunque a él le parecía que hacía ya una eternidad. Aquellas inscripciones estaban rodeadas por unas líneas que las encerraban como en las típicas estelas funerarias de las pirámides del antiguo Egipto.

Alfonso apartó de su mente aquellos recuerdos arqueológicos, y siguió a toda velocidad por el túnel, que iba girando hacia la derecha. Y de repente, al fondo del pasillo divisó un montón de escombros en el suelo. Sin duda eran los restos de la puerta o pared que había derribado la baliza y que les había permitido introducirse en aquel mundo de pesadilla.

Con el corazón desbocado, se detuvo y trató de reanimar a Irene:

- Despierta, estamos a salvo !

Pero la teniente no sólo seguía inconsciente, sino que por la agitada respiración que le llegaba a través del diminuto altavoz de su escafandra, debía estar invadida por una fuerte fiebre.

Además, su situación distaba mucho de estar resuelta. Aunque aquella fuese la puerta por donde habían entrado, al otro lado seguía estando el montón de escombros que se habían derrumbado sobre su topo.

No obstante, nada iba a ganar quedándose allí parado, por lo que púsose de nuevo en movimiento y llevando prácticamente a remolque a su compañera, llegó hasta el boquete de la puerta y penetró al otro lado.

Y no había dado aún dos pasos, cuando varias siluetas saltaron sobre ellos, cayendo en un confuso montón. mientras perdía simultáneamente a Irene y su ametralladora, sintiéndose férreamente sujetado por sus prensores.

CAPÍTULO 9

LA EXCAVACIÓN

Hacía ya un rato que los dos presuntamente únicos supervivientes de la escuadrilla 75 se hallaban en el Terrier, y después de ser atendidos de una crisis nerviosa, consecuencia lógica de la situación por la que habían pasado, fueron llevados a presencia del teniente Balmer. Pero al entrar en la cabina, éste se encontraba de espaldas a ellos, observando la pantalla del rastreador. En ella, acababa de aparecer un punto, que según los instrumentos

de medición, representaba la baliza, situada a diez metros de distancia en línea recta.

Según la última versión del mapa del sector donde se encontraban, actualizado aquella misma noche con la información traída por la escuadrilla 75, la baliza estaba dentro de una pared de roca. Este descubrimiento dejó perplejo al teniente, que no lo entendía. Si bien era obvio que no podía estar en la roca, no sabía como podían llegar a la presunta galería donde se encontraba. Lo más sencillo, volver a abrir el pasadizo, tenía el inconveniente de que corrían el peligro de dañar alguna área vital del topo T750, y provocar la explosión del pequeño reactor nuclear que lo propulsaba, que en las circunstancias actuales, podría ser muy destructiva.

Pero antes de plantearse una respuesta para esta cuestión, primero se tenía que echar a un lado del túnel el topo dañado, para que no molestase mientras no lo recuperasen, y dejar así expedito el paso. La solución que tuvo el teniente consistió en ampliar la galería con los taladros de dedona, y depositar allá la nave. Dio las ordenes necesarias para esto, y se dispuso a sentarse unos minutos mientras acababan, para reflexionar sobre la baliza.

Fue en ese momento que se fijó en los dos hombres vestidos con el uniforme ignífugo de los “toperos” y bastante sucios que esperaban de pie a algunos metros detrás suyo, acompañados por un soldado. Inmediatamente recordó quienes eran, y se dirigió a ellos:

- Pero, hombre, no se queden de pie, que deben estar muy cansados, después de todo lo que han pasado. Soldado, hágame el favor de traer algo donde puedan acomodarse estos muchachos.

En menos de un minuto, aparecieron dos taburetes de campaña, donde se sentaron rápidamente en medio de un suspiro, que confirmó al teniente que estaban agotados. Antes de que este pudiese decir nada, hablaron.

- Muchas gracias. Realmente lo necesitamos después de la situación que hemos vivido. Ha habido momentos que estabamos convencidos que no saldríamos de allí con vida.

-Bah, no tiene importancia, es lo menos que podía hacer. A propósito, ustedes son la tripulación del topo T752, ¿verdad?. Ahora que están a salvo, y ya se han recuperado, al menos lo suficiente para mantener una conversación, ¿podrían explicarme que y como ha ocurrido todo desde que su patrulla abandonó esta mañana el Zaragoza?

- Llegamos sin novedad a la localización donde dejamos ayer la baliza. Entonces empezaron los problemas. El capitán Ríos no la encontró donde según el ordenador, tenía que estar. En consecuencia, decidió desembarcar para buscarla visualmente, junto con la teniente Llosa. En su último mensaje, decían que habían encontrado un pasadizo que podría conducirlos hasta ella, y se adentraron en él.

>>A los pocos momentos, estalló el infierno en forma de una gran explosión, seguida por un alud gigantesco. Mientras el topo T751 fue destruido inmediatamente, aún pudimos hablar unos minutos con el 750. En su última transmisión, decían algo de un ataque de los hombres de silicio. Fue en estas críticas condiciones que decidimos llamar al Zaragoza pidiendo auxilio. Lo demás ya lo saben.

- Una cosa. La explosión que percibieron, ¿creen que podría ser alguna bolsa de gas se inflamó por accidente, tal vez porqué al moverse causaron una chispa?, o por el contrario, les parece que fue provocada por nuestros enemigos.

- No lo sé. Lamento no ser más explícito. Por lo que nos llegó, podría haber sido cualquier cosa, aunque con la comunicación del sargento sobre los hombres de silicio, no nos parece muy natural. Aunque, ¿quien sabe?

- Ya entiendo. Y sobre aquel ruido de golpes que oyeron mientras estaban hablando con el capitán Tilea, ¿que me pueden explicar?

- Pues eso, que de repente escuchamos como golpes en la pared, y nos temimos que los hombres de silicio vinieran por nosotros. Gracias a Dios, enseguida cesaron, y ya no los hemos vuelto a oír.

- Muy interesante. ¿Y me podrían señalar en este mapa de donde creen que provenía el ruido, aunque sea solo aproximadamente?

Después de pensárselo un momento, uno de ellos apunto con su dedo índice en las proximidades de donde se encontraba la baliza, con la consiguiente sorpresa de los tripulantes del centro de mando, excepto el teniente, que ya intuía algo así. De repente, le vino una idea a la cabeza, y preguntó.

- Una última pregunta, y podrán retirarse a descansar, que veo que falta les hace. ¿Estaba hablando con ustedes la tripulación del 750?

- Pues no. Lo que pasó es que escuchamos la conversación que tenía con el capitán, y así pudimos enterarnos de lo que pasaba.

- Ah, entonces, ¿es que el capitán no había vuelto aún al topo?

- Ahora que lo menciona, la verdad es que no. Precisamente ahora recuerdo que fue justo a continuación de que él y la Teniente Llosa acabasen de comunicarnos que habían encontrado la baliza, que tuvo lugar el ataque.

- ¿Y desde entonces, no han vuelto a llamarle, ni él ha intentado entrar en contacto con ustedes?

- Vera, con la situación en que estabamos metidos, y como intentábamos entrar en contacto con el Zaragoza, pues…..

En ese momento, visiblemente azorado, el piloto se calló, no sabiendo que decir. Su silencio era muy elocuente, y el teniente no tuvo que esforzarse mucho para darse cuenta que no habían vuelto a pensar en el capitán, y que ahora estaban avergonzados de lo sucedido. No podía reprocharles lo sucedido, ya que incluso le podría haber ocurrido a él en circunstancias parecidas. Así pues, dejó que se fueran, mientras decidía cual era el mejor curso de acción a seguir. Finalmente, ordenó al radiotelegrafista.

- Cabo, prepare la radio para emitir al máximo alcance posible, y intente entrar en contacto con el capitán Ríos.

Así lo hizo, pero después de unos minutos de estar probando infructuosamente, únicamente en un momento, le pareció que alguien respondía a su llamada. Pero todo y sus esfuerzos para consolidar la señal, se perdió en seguida, y no pudo localizarla de nuevo. Finalmente, llegó a la conclusión que era imposible conseguirlo, y desconectó la radio. Entonces, dijo al teniente.

- Señor, a partir del conato de comunicación de hace unos minutos, podemos albergar esperanzas de que el capitán esté vivo, pero me temo que o está muy lejos, o las paredes no permiten la transmisión de las ondas electromagnéticas. La cuestión es que no hemos podido hablar con él. ¿Que hacemos ahora?

Durante los siguientes cinco minutos, estuvo meditando sobre cual de las diferentes líneas de acción que se le presentaban, era la mejor. Finalmente, llegó a una conclusión, y cuando iba a comunicar a la tripulación sus ordenes, se dio cuenta de que le señalaban que se había conseguido echar a un lado el topo T752. En consecuencia, el paso ya estaba expedito. Además el vehículo donde viajaban, había avanzado unos metros más en el proceso de sacar de enmedio el topo inutilizado. Entonces, preguntó.

- ¿A que distancia estamos exactamente de la baliza ahora?

- Un momento, por favor, que lo calculo de nuevo, ya que nos hemos movido un poco….. Ah, aquí la tenemos. Teniente, según el radar, aún nos separan de ella siete metros y cuarenta centímetros.

- ¿Y donde están los restos de los otros dos topos de la escuadrilla?

- Vamos a ver…. Demonios!, ¿qué pasa aquí?

- ¿Perdón?

- Vera teniente, no logro comprenderlo, pero a juzgar por la señal que emite su localizador, - una boya de la cual todas las unidades de la flota estaban provistas - en lugar de delante nuestro, están a cien metros de aquí, y se mueven a considerable velocidad, aproximadamente a 50 km/h..

- ¿Qué? Pero eso es imposible! Los supervivientes nos acaban de decir que han sido destruidos totalmente, ¿verdad? Además, y en el caso de que alguno estuviera intacto, y si no me equivoco, un topo no puede ir tan rápido en estos túneles. Aquí pasa algo muy raro. Comunique las últimas noticias al Zaragoza. Después, haga avanzar el terrier por el pasadizo, si es necesario utilizando los proyectores de dedona, hasta acercarnos lo máximo posible a la baliza. Entonces, proceda a activar las patas, y excave un agujero para llegar a donde está. ¿Ha comprendido mis instrucciones?

- Perfectamente. Vamos allá.

Durante el siguiente cuarto de hora, el terrier fue avanzando lentamente por el túnel, desintegrando durante el proceso todas las rocas que habían aprisionado el topo T750. De repente, los proyectores se apagaron, siendo sustituidos por las "patas". Si hubiese algún observador exterior observando, de repente habría dejado de ver nada, tal era el polvo que producían las patas.

Precisamente, estas tenían un mecanismo especial que las hacía muy útiles en las prospecciones mineras. En los dos soportes traseros había el equivalente de un aspirador gigante que introducía en un analizador al efecto muestras de la roca agujereada. Éstas eran analizadas para descubrir la composición química de sus diferentes componentes, que después se utilizaría con el fin de buscar metales y otros materiales de interés. Pero de momento, el mecanismo almacenaba la información en la memoria del ordenador de la nave, junto con la hora y coordenadas de extracción de la misma.

Pero en las circunstancias en la que se encontraban, el teniente Balmer no tenía mucho interés en saber que era lo que estaban agujereando, ya que estaba totalmente concentrado en la pantalla del rastreador, y en el marcador donde se iban marcando las distancias, que cada vez eran más pequeñas. Cuando estaban únicamente a cuatro metros de su objetivo, las patas hicieron el ruido característico que señalaba que habían atravesado la pared, y estaban en un hueco. Entonces, y poniéndose de pie de un salto, ordenó.

- Alto los motores! Conecten el ventilador trasero, y cuando ya no quede polvo, enciendan los reflectores, a ver que tenemos aquí.

El ventilador trasero era una forma un tanto eufemística de referirse a la "cola" del terrier, que efectivamente era capaz de girar a grandes velocidades, impulsando el polvo que flotase en el ambiente hacia atrás. Este dispositivo, utilizado sobretodo cuando la tripulación se disponía a desembarcar, resultaba de gran utilidad en la actual situación.

Efectivamente, después de unos pocos minutos de funcionamiento, el espacio a diez metros a la redonda del terrier quedó totalmente limpio y sin una partícula de polvo. En consecuencia, no extrañó a nadie que cuando los

potentes faros agujerearan la oscuridad, vieran perfectamente una sala vagamente rectangular con una área aproximada de unos doce metros cuadrados totalmente desnuda, donde en el extremo más alejado de su posición actual, resaltaba la brillante cubierta metálica de la baliza, al lado de una obertura rectangular donde empezaba un pasadizo que se perdía en la lejanía.

Cuando el teniente miró con más atención, se fijó sobretodo en el suelo, lleno de pisadas correspondientes a dos pares de botas reglamentarias. También destacaba la regularidad de las paredes, que no parecían naturales, y la evidente manipulación a la que había intentado ser sometida la baliza, con un panel abierto, y algunos cables sueltos. Después de verificar que el aire exterior era respirable, se colocó una armadura, y bajó a tierra, escoltado por el sargento y sus hombres.

Con los motores del terrier parados, el sobrecogedor silencio de esos pasadizos solo era violado por el sonido que producía sus pisadas. Era por esta razón que al echar una mirada a las paredes del habitáculo, se sentía como si estuviera violando una tumba de milenios de antigüedad. Pero en cuanto capto los cinco socavones redondos que había en las paredes, esa sensación se desvaneció. Parecía como si alguien hubiera lanzado contra ellas un gran objeto con el posible fin de abrir un pasadizo. Eso si, su anárquica disposición denunciaba que el usuario del mismo no era muy diestro.

La otra cosa que destacaba en la habitación, era la baliza y el agujero que se abría en la pared situada detrás de ella. Al observarlo más detenidamente, se dio cuenta de que realmente era la abertura de una puerta, y que ésta yacía en el suelo destrozada por un gran golpe. Detrás de ella, se extendía un pasillo aparentemente infinito que iba de este a oeste. Como no se podía descartar que hubiese enemigos emboscados por allá, y como medida de seguridad, el teniente Balmer ordenó:

- Cojan dos detectores de movimiento del terrier, y enfóquenlos, uno en cada sentido del corredor, no sea que alguien nos tenga preparada una sorpresa.

En pocos minutos, dos soldados tenían en sus manos un par de detectores. Estos aparatos tenían forma de caja, con un tubo flexible de fibra óptica en uno de los extremos, y en el otro una pantalla en forma de diana, donde cuanto más lejos del centro de la misma estuviera el punto luminoso que señalaba una figura en movimiento, a mayor distancia estaba la entidad. El escáner, bastante liviano, para hacer fácil su transporte, era de difícil detección debido a que el tubo que hacía las veces de antena, era tan estrecho que costaba verlo.

En el caso particular que nos ocupa, después de peinar los alrededores, ambos detectores coincidieron en señalar que no había ningún ser

vivo en movimiento en un radio de mil metros. En consecuencia, el teniente dijo:

- Sargento, escoja usted uno de sus soldados y diríganse hacia la derecha. Yo iré con el otro hacia la izquierda. Cabo, mientras tanto, usted se quedará al mando hasta mi vuelta. Encárguese de cargar la baliza en la bodega, y infórmeme de cualquier novedad. De momento, utilizaremos las linternas de luz visible. Recuerden que se trata de conseguir información. Eviten cualquier situación arriesgada, y sobretodo, no quiero que nadie entre en combate, excepto si es en caso de legítima defensa ¿Hay alguna pregunta? Pues vamos allá.

Pero justo cuando se iban a introducir en el pasadizo, aparecieron dos puntos en la pantalla de uno de los escáners, que empezó a pitar. Esto atrajo la atención del técnico que la atendía, que gritó:

- Teniente, tenemos dos contactos a ochocientos metros hacia el oeste, y acercándose bastante rápidamente.

- ¿Puede determinar si son humanos o hombres de silicio?

- Lo siento. Lo único que puedo decirle es que a juzgar por su velocidad, deben ir volando. Atención, están a setecientos cincuenta metros y acercándose.

- Ya veo. Sargento, haga salir a los soldados del pasadizo, y que se sitúen emboscados a ambos lados de la puerta. Con un poco de suerte, podremos hacer algunos prisioneros. Así pues, no empleen fuerza mortal si pueden evitarlo. Cabo, usted reduzca la actividad de los sistemas de a bordo al mínimo vital, y apague todas las luces del terrier excepto las de posición. Soldado, ponga ese detector tan escandaloso en modo silencioso - este normalmente emitía un PIP cada vez que hacía contacto -, que no queremos que nos detecten antes de tiempo.

Durante los siguientes cinco minutos, ninguno de los allí presentes movió ni un solo músculo, ni se oyó el más mínimo ruido, siendo la única señal de actividad el movimiento de las señales, cada vez más próximo al centro de la pantalla, lo que indicaba que los seres detectados aún continuaban acercándose.

Luego, se empezó a oír el característico zumbido de un motor eléctrico. Fue en esa situación que el teniente tuvo la idea de usar los visores de luz ultravioleta, ordenándolo a sus hombres. Descubrió así que el pasadizo estaba levemente iluminado por fluorescentes ultravioleta, señal inequívoca de que era transitado con cierta frecuencia por hombres de silicio, cuyos ojos estaban preparados para ese espectro luminoso.

Pero en ese momento, no tenía ocasión de pensar en este hecho, ya que toda su atención estaba concentrada en la pantalla del detector, según

el cual las dos figuras ya se encontraban muy cerca. Previno a los soldados de que estuvieran listos para actuar, pero no tuvo que esperar mucho, ya que a los pocos segundos, un par de sombras se dibujaron en el dintel de la puerta, y sin la más mínima vacilación, lo franquearon de forma totalmente confiada. Entonces, poniéndose de pie, exclamó:

- Ahora!

Acompañando esta señal con un grito de rabia, los cuatro militares se lanzaron encima de las figuras. Estas, cogidas de sorpresa, no pudieron ofrecer ninguna resistencia, y fueron rápidamente reducidas. Satisfecho por la captura conseguida, que tal vez echaría alguna luz sobre que había pasado con los topos desaparecidos, Balmer ordenó que volvieron a encender las luces. Grande fue su sorpresa al descubrir que los dos presuntos hombres de silicio eran realmente el capitán Ríos, y la teniente Llosa.

CAPITULO 10

UNA DECISIÓN TRASCENDENTE

En cuanto descubrió el error que habían cometido, ordenó que los soltasen, mientras que se veían frustradas sus esperanzas de conseguir capturar a un enemigo que después de no haber sido vistos desde hacía bastante tiempo, habiendo pasado a ser una especie de enemigo virtual inexistente, se encontraban que de repente había “resucitado”. En cambio, la reacción del capitán Alfonso Ríos al haberse sentido apresado por los que él suponía hombres de cristal, había sido de completa desesperación. De ahí que su sentimiento al verse rodeado por camaradas de su misma raza fue simultáneamente de alivio y alegría.

Pero enseguida, ambos grupos se hicieron cargo de la inesperada situación e irrumpieron a hablar simultáneamente. Mientras los soldados preguntaban que había pasado y de donde venían , el capitán Ríos reclamaba a gritos asistencia médica para la Teniente Llosa. Finalmente y casi de modo simultáneo, callaron todos y el teniente Balmer tomó las riendas y resumió las preguntas, diciendo:

- ¿Quién es Vd. ? ¿De dónde salen...?

- Soy el capitán Ríos, del T51, adscrito al crucero Zaragoza. ¿Y ustedes...?

- Pertenecemos también a la tripulación del Zaragoza. Se presenta el Teniente Balmer, en misión de rescate, precisamente buscando su patrulla... ¿Qué les ha ocurrido..?

- Algo extraordinario...Ahora se lo contaré, pero antes es preciso atender a mi compañera, la teniente Llosa....Y vigilar el corredor por el que acabamos de llegar...Los hombres de cristal deben estar pisándonos los talones....

- Es verdad. ¡Sargento! Coja Vd. dos hombres y sitúense en la boca del corredor, vigilando atentamente en ambas direcciones, sobre todo por la que ha llegado el capitán. Y ustedes dos acompáñenme al terrier. Allí tenemos unos sanitarios que podrán ocuparse de la teniente, y comunicaremos con el Zaragoza.

Restablecido el orden, los tres militares se apostaron junto a la destrozada puerta que comunicaba la cueva con el corredor, mientras el teniente Balmer y el capitán Ríos arrastraban a la inconsciente teniente Llosa hasta el terrier. Una vez llegados a su vehículo, el teniente Balmer dio las instrucciones oportunas para que el médico atendiera a Irene, que aún no había recuperado el conocimiento, mientras él, acompañado por el capitán, se dirigía a la cabina de mando.

- Cabo - ordenó dirigiéndose al radiotelegrafista - Establezca urgentemente comunicación con el Zaragoza.

A los pocos instantes, el Teniente estaba en contacto con el capitán Tilea, y comunicaba:

- Hemos rescatado con vida al capitán Ríos y a la teniente Llosa sanos y salvos. Parece que han estado dando vueltas por unas galerías que existen por esta zona, y la teniente ha sido herida por los hombres de silicio......

- ¿ Que dice usted..? Informe con más precisión !

- A la orden. Pero, verá, es que yo tampoco sé muy bien aún que ha ocurrido. El Capitán dice que les persiguen los hombres de cristal y la teniente está inconsciente...

- Teniente, le habla el Comodoro Aznar ! ¿Le parece que ésta es forma de dar novedades de esta importancia...! ¿Qué clase de oficial es Vd....? Vamos a ver, ¿está disponible el capitán Ríos?

- Creo que si. Precisamente ahora está a mi lado.

- Pues pásele el micrófono, a ver si se explica mejor que usted. Y por favor, la próxima vez que tenga que dar un informe, prepáreselo mejor.

Cohibido y sonrojado, y mientras oía comentarios del comodoro sobre la competencia de los miembros de las últimas promociones de oficiales, y que en sus tiempos, no pasaban esas cosas, el Teniente pasó el micrófono al capitán Ríos, el cual informó sucintamente de lo ocurrido al Comodoro en las galerías, del descubrimiento de la fábrica, y de los fluorescentes de luz visible. Transcurridos unos breves minutos, durante los cuales este pareció estar digiriendo la información recibida, llegaron las órdenes.

- Así que esas tenemos. Ya me parecía a mi que no era normal tanta tranquilidad, y que esos bastardos estaban preparando alguna cosa. Pues tendremos que hacer algo para evitarlo. Teniente ! Recoja la baliza y junto con la teniente Llosa y los demás heridos, colóquela en el terrier y que este regrese inmediatamente. Mientras tanto, usted, el capitán Ríos y sus soldados, permanezcan ahí, sin moverse, en tanto llegan los refuerzos que voy a enviarles inmediatamente. Y no hagan heroicidades del estilo de explorar ustedes solos...!

>>Usted, capitán, mientras esperan, vuelva a explicar con detalle todo lo ocurrido al capitán Tilea, de cara a un informe destinado al alto mando, y vayan preparando un plan para investigar esos pasadizos por los que dicen Vdes. haber pasado, utilizando para ello la patrulla que tendrán que formar entre sus tropas y los refuerzos que voy a enviarles.

Mientras cada uno se preparaba para cumplir las órdenes recibidas, Alfonso se acercó a donde estaba Irene, atendida por el médico de la expedición. La muchacha ya había recobrado el sentido y parecía avergonzada de su desvanecimiento.

- La herida parece muy aparatosa, pero no ha sido nada - dijo el doctor- Tiene una profunda quemadura en la muñeca, pero ningún hueso ni conducto sanguíneo ha resultado dañado, y la misma ha cauterizado la herida y afortunadamente no ha habido ninguna pérdida excesiva de sangre ni creo que haya peligro de infección. Lo más probable es que no tengamos que ponerle una mano artificial. Lo peor habrá sido el dolor, pero acabo de administrarle un calmante, y en cuanto lleguemos al Zaragoza, podré restaurar la zona dañada.

En ese momento, el teniente Balmer, que hasta ese momento, había estado dando las ordenes al segundo de a bordo, entró en el habitáculo, y se dirigió al Capitán.

- Capitán, lamento interrumpirle, pero tenemos que salir del terrier, que va a marcharse inmediatamente. Y mientras tanto me podrá explicar Vd. un poco

lo ocurrido, porque entre una cosa y otra, ya no sé donde estoy. Sólo faltaría que nos cayese encima otro cono de dedona...!

- ¿Conos de dedona? ¿Que es eso?

- Ah, claro, usted no lo sabe. Verá, hemos descubierto que los hombres de silicio han destruido su patrulla lanzando contra los topos conos de dedona. Se trataba de llevarlos volando hasta situarlos encima, y entonces desconectar la corriente que los sustentaba. Entonces, al recuperar su verdadero paso, cayeron de golpe y los aplastaron. A nosotros nos cayó uno encima y casi nos estropea el terrier para siempre.

- Pues ahora que lo dice, en el momento que hemos entrado en una estación ferroviaria, Irene y yo hemos visto vagones llenos de montones de piezas, que tal vez sean esos conos, apilados como si fuesen troncos para leña...Y ya nos ha extrañado ...No creo que los fabriquen para dejarlos caer sobre nuestros insignificantes vehículos...

- ¿Qué dice...?

- Digo que los hombres de cristal apilan conos de dedona como troncos !

- ¿Se lo ha dicho Vd. al Comodoro..?

- Pues no...Ahora que lo comenta, no he caído...Voy a decírselo enseguida.

- No sé cómo...El terrier ya ha partido. Aunque, tal vez, y suponiendo que aún funcione, podríamos hacerlo desde la radio del único topo superviviente..

- Ah, ¿ha sobrevivido algún topo?

- Si, el 752. Ha sido precisamente su llamada pidiendo ayuda, la que nos ha llevado hasta aquí.

- Vaya. Parece que entonces les debo la vida. Tendré que invitarles a comer a usted a su tripulación en cuanto me sea posible.

- Hombre, gracias. No es mala idea. Tendremos que pensar en que restaurante elegimos, y que…. Pero bueno, dejémonos de tonterías, que ya habrá luego tiempo. Vamos allá...

Ambos oficiales se dirigieron nuevamente hacia la galería principal, para encontrarse allí con que el topo, que había sido arrinconado a un borde del pasillo, a fin de facilitar el paso del terrier, había sido movido con tan mala fortuna de que la escotilla de entrada había quedado bloqueada por la pared de la cueva. Y sin una fuente de electricidad externa era imposible intentar siquiera mover aquella mole de dedona...

- Bueno...Y ahora...¿que hacemos...? Bueno se va poner el

Comodoro...- comentó el teniente Balmer todavía afectado por la reprimenda anteriormente recibida de su superior.

Mientras regresaban a la puerta, todavía custodiada por el sargento y sus dos hombres, Alfonso comentó:

- Podríamos explorar un poco...Así ganaríamos tiempo y la información que pudiéramos facilitar al Mando haría olvidar nuestra anterior omisión.

- Sí, es una posibilidad...pero se nos ha ordenado permanecer aquí y “nada de heroicidades”...

- ¡Y eso que importa ! Si todo sale bien, nos agradecerán la iniciativa...y si falla y nos matan....entonces ..¡que más da !. Además, es a usted a quien se le ha ordenado quedarse aquí. Yo tenía que comunicarme con el capitán Tilea. Pero como eso no es posible, en estos momentos estoy libre para hacer lo que me apetezca.

El Teniente Balmer vacilaba. Por una parte, las órdenes recibidas habían sido muy claras, pero por otra parte la situación era muy especial. Hacía mucho tiempo que las fuerzas redentoras no se enfrentaban directamente con ninguna resistencia organizada por parte de los hombres de silicio. Y ellos acababan de descubrir, no una simple resistencia de carácter esporádico, sino lo que parecía una organización de una calidad muy superior a la que podía esperarse. En lugar de investigar adecuadamente, había enviado un primer informe incompleto y además se había quedado incomunicado con el Mando. Temblaba sólo de pensar lo que estaría gritando el Comodoro en aquellos momentos, impaciente, sin duda, por recibir noticias y sin poder establecer contacto con ellos....

Por otra parte, el Teniente Balmer era descendiente directo de Ricardo Balmer, uno de los líderes de los primeros seis mil españoles que arribaron a aquella galaxia unas décadas atrás, y de la reina Tinné Anoyà, soberana del Reino de Saar, el primero que tuvo el valor de rebelarse contra Tomok, el Dios de las Tinieblas, que inventado por los hombres de cristal, tenía oprimidos a sus antepasados desde incontables generaciones, con el único fin de conseguir seres humanos como ganado.

Mientras estos pensamientos pasaban por la mente del teniente, el capitán, al ver el teniente dudoso, inflamado con la necesidad de vengar a los miembros asesinados de su patrulla, y queriendo acabar con los bastardos que habían osado herir a la teniente Llosa, le dijo:

- Vamos, hombre. Además, y si le quieren juzgar, siempre puedo alegar que yo no tenía conocimiento de sus ordenes, y que le necesitaba.

Esta última argumentación, unida a la mezcla entre su bárbara sangre saarita y la tradicional impetuosidad de los Balmer, hizo caer en él los últimos

restos de prudencia que aún restaban, y sobreponiéndose a su cordura, exclamó:

- ¡De acuerdo..! ¡Vamos allá..!

Y mientras el capitán recogía el equipo necesario para la exploración, el teniente se dirigió a sus hombres.

- Sargento! Para poder preparar adecuadamente la patrulla, el capitán y yo vamos a hacer una pequeña exploración. Escoja a su mejor hombre, y que nos acompañe con una radio para que podamos mantenernos en contacto. Usted se quedará aquí con el otro soldado, controlando la situación.

>>Si cuando lleguen los refuerzos, aún no hemos vuelto, avísenos, y volveremos rápidamente. Si perdemos el contacto y se ve en situación difícil, sus ordenes serán que no nos espere, y se retire sin pérdida de tiempo, a fin de informar convenientemente de todo lo ocurrido. ¿Algún problema? Pues decida quien nos ha de acompañar.

El elegido fue el soldado Juan Indirska, que recibió de manos del teniente una radio miniaturizada, que utilizaba el nuevo sistema de comunicación, especialmente desarrollado para situaciones como la presente. Trabajaba con ondas de ultra baja intensidad, que se caracterizaban por su gran alcance. Su funcionamiento se basaba en que disponía de una pequeña baliza pasiva que respondía si recibía una señal. Al volver esta a la estación emisora, le permitía localizar al receptor, y dirigir la emisión únicamente en su dirección, lo que permitía una mejor recepción, y obstaculizaba su detección por parte de una hipotético enemigo.

Pero no fue ese el único material que cogieron. El teniente también se llevó uno de los detectores de movimiento, además de unas cuantas granadas y quinientos gramos de explosivo plástico, desarrollado específicamente para abrir cavidades, y hundir el techo. Tardaron pocos minutos en estar totalmente listos, y entonces, una vez comprobado el correcto funcionamiento del detector, y que la comunicación radiofónica tenía lugar sin problemas, los dos oficiales, seguidos por Indirska, y como si llevaran tiempo ensayando su actuación, pusieron simultáneamente en marcha sus aparatos de propulsión y se internaron en el túnel.

En seguida, el teniente Balmer preguntó al capitán.

- Bueno. ¿Y por donde vamos?

- Yo creo que lo mejor sería ir hacia la izquierda porqué en el otro dirección, he tenido que hundir el techo para impedir que nos capturasen. Además por aquí veremos mejor al enemigo en caso de que nos esperen.

- Pues vamos para allá.

Efectivamente, el trío de militares avanzaron por el túnel a no

demasiada velocidad durante quince minutos. De repente, el capitán ordenó:

- Alto! Estamos muy cerca del túnel principal, de manera que preparen las armas para lo que pueda acontecer. Teniente, ¿detecta algo?.

- Nada en absoluto. Espere…. Ahora hay algo. Parece que por aquí cerca se mueve alguna máquina.

- Hmmm… Debe ser uno de los trenes de la dedona. Creo que de momento no hay peligro inminente. Continuemos la marcha, pero en fila india. Delante, usted, teniente. En medio, yo, y detrás Indirska. ¿Tienen algo en contra? Entonces, en marcha.

A los pocos minutos, llegaron a la desembocadura del túnel, y asomándose con mucho cuidado, vieron que no se veía nada por ninguno de los dos lados, excepto los restos de los vehículos destruidos durante la reciente escaramuza, y los cadáveres destrozados de como mínimo veinte hombres de silicio. Sorprendido por lo que habían podido conseguir solo dos personas, Balmer comentó:

- No está nada mal, capitán. Seguro que si la teniente Llosa no hubiese resultado herida, ustedes solos habrían podido derrotar a todo un ejército.

- No será tanto. Únicamente nos hemos defendido con los fusiles de reglamento. La cuestión es que esto me apesta a trampa. Me parece que esos monstruos se han "olido" que veníamos, y están emboscados, de la misma forma que ustedes en la cámara de la baliza. Creo que lo más conveniente sería limpiar los alrededores con algunos proyectiles atómicos y confiar que nos los carguemos a todos antes de que puedan dar la alarma.

>> Así que cuando yo de la orden, saldremos en tromba. Yo cruzaré el primero hasta la otra "acera" y desde allí, me giraré y dispararé a los otros dos túneles que desembocan aquí y a cualquier cosa que se mueva.. Usted, Teniente, saldrá ametrallando el flanco derecho y Usted, Indirska, el izquierdo. ¿De acuerdo...? Pues...¡Adelante !

Así se hizo, y en cuestión de segundos un rosario de explosiones rompió el silencio de los túneles. Pero la reacción fue nula, de forma que Balmer y Ríos, con infinitas precauciones, procedieron a revisar visualmente los otros dos pasillos que se habrían en el túnel principal. Mientras en el que utilizaron el capitán y la teniente para huir, no había nada, en el tercero, el que llevaba a la estación, pudieron ver cuatro figuras en el suelo, de las cuales una aún intentaba alcanzar un arma que había ido a parar a unos cuantos pasos de distancia, solo para ser rematada por Balmer, que volvió a preguntar a su superior.

- Y ahora que estamos aquí, ¿por donde cree usted que tenemos que ir?

- Yo recomendaría ir a la habitación de la puerta cerrada, porque estoy muy intrigado por lo que puede haber al otro lado. Pero antes, soldado Indirska, hágame el favor de comunicar al sargento que hemos llegado al túnel principal, donde hemos neutralizado la poca resistencia con la que nos hemos encontrado hasta el momento, y que nos disponemos a continuar la patrulla. Pregúntele también si tienen algo para nosotros.

- A la orden, señor.

Mientras se establecía la comunicación, el capitán se dirigió de nuevo al teniente, y le preguntó.

- ¿ Y bien? ¿ Qué le parece todo esto?

- Tenía usted toda la razón de no querer perder ni un momento. Esto es muy grave. Estos hombres de silicio están mucho más preparados de lo que señalaban nuestras estimaciones más pesimistas. Y mira que son feos. Cada vez entiendo menos que mis antepasados fueran capaces de adorarlos, y les entregasen ciudadanos para que los devorasen.

- Esa es una historia muy larga, aunque me imagino que usted, en su calidad de primogénito de la casa real de Saar, le habrán explicado mucho más que a mi sobre el tema. Ahora que lo pienso, quiero hacerle una pregunta. ¿Sabe usted si los destinados al sacrificio que sobrevivieron comentaron nunca que mientras estaban en los subterráneos, eran iluminados por fluorescentes?

- Pues creo que no. ¿Y porqué lo pregunta?

- Ah, ¿es que no se ha fijado? ¿En que espectro tiene colocados los visores de la escafandra?

- Pues en el ultravioleta, claro. Es lo más lógico, teniendo en cuenta que estamos en el territorio de la humanidad de Silicio.

- Ya me lo imaginaba. Pues hágame el favor de volver a la luz visible, y dígame que ve.

- ¿ Pero que dice? No veré nada. Pero bueno, lo haré. Espere un momento….. Ostras, ¿Qué es esto? El techo está sembrado de luces que emiten en nuestra longitud de onda. ¿Pero como es posible? Aquí nunca ha habido “granjas”, al menos que nosotros sepamos. No se porqué, pero creo que usted ya lo sabía.

Justo cuando el capitán iba a responder, el soldado intervino en la conversación.

- Perdone que les interrumpa, pero ya he podido hablar con los otros miembros de la unidad. Dicen que no tienen ninguna novedad, que nos mantendrán informados, y que nos desean mucha suerte.

- Bien, muchas gracias - respondió Ríos - Prepárese, porqué enseguida vamos a reemprender la marcha.

Y volviéndose de nuevo al teniente, acabó la frase.

- Como iba diciendo, a partir de este hecho de los fluorescentes y la extraña estructura de los túneles, estoy convencido de que por aquí cerca hay algo que nunca nos hubiésemos imaginado que fuera posible, y tengo la intención de descubrirlo ahora mismo. Así que vamos hacia la puerta que puede ver allá a la izquierda, y a ver que encontramos.

- Muy bien. Usted ya sabrá lo que hacemos.

CAPÍTULO 11

LOS ESPIRITUS DE UMBIT

Pocos minutos después, todos los miembros de la partida habían llegado sin novedad a la puerta de la esquina del túnel principal, y después de comprobar que no había nadie detrás de ella, la atravesaron, entrando en la antecámara de donde antes no habían podido pasar. Una vez estuvieron todos dentro, el capitán dijo.

- Indirska, sitúese junto a la puerta y vigile con el detector por si viene alguien que no pertenezca a la tripulación del Zaragoza. Usted, Balmer, dígame que le parece todo esto.

- Hombre, yo diría que tal vez es un cuarto de guardia. Fíjese, esas maderas parecen como camas o bancos donde sentarse. Seguramente, desde aquí se tenía que pasar para acceder a lo que hay detrás de esa puerta. A propósito, ¿qué esperamos para abrirla?

- Ah, ¿cree que es tan fácil?. Pues ábrala sin temor, que no hay ninguna trampa explosiva.

Resueltamente, el Teniente intentó abrir la puerta, solo para descubrir que estaba cerrada con llave. Entonces, de nuevo Alfonso volvió a hablar.

- ¿Lo ve? Está cerrada con llave. Pero eso no es lo más extraño. ¿No le parece raro, teniendo en cuenta lo altos que son los hombres de silicio, y que por su constitución no pueden sentarse, los presuntos muebles que acaba de señalar, que esta habitación es demasiado baja para ellos, y que las puertas parecen hechas para ser usadas por humanos?

- Anda, pues tiene usted toda la razón. Realmente todo esto es muy extraño. Además, fíjese en el polvo que levantamos al caminar. Es como si nadie hubiera entrado aquí en mil años como mínimo. Espere un momento, que acabo de tener una corazonada.

Y dejando totalmente extrañado al capitán, se acercó hacia la puerta cerrada, procediendo a examinarla atentamente con ayuda de los anteojos de aumento con los que estaba provista su escafandra. Estuvo cinco minutos mirándola de arriba a abajo. De vez en cuando, paraba, y dejaba ir una exclamación.

En un momento dado, se paró, y abrió un compartimiento en la pernera de

su traje. Dentro de ella había una bayoneta vibratoria de plástico. Esta, que formaba parte del equipo estándar de los miembros del ejército redentor, era uno de los pocos vestigios que quedaban de la época de los combates cuerpo a cuerpo, totalmente obsoleta en la era actual de la guerra atómica. Pero, todo y ser la posibilidad de una lucha de ese tipo muy pequeña, el Alto Mando creía que era suficientemente elevada para mantenerlas.

Si se hacía una comparación con aquellas primeras del siglo XX, y exceptuando la forma, casi no tenían nada que ver con sus antecesoras. La principal diferencia era que para evitar la acción de los rayos Z, estaba hecho de un plástico a la vez flexible y resistente, de reciente invención. Además, y para mejorar su capacidad ofensiva, estaban dotadas de un dispositivo que las hacían vibrar, con lo que podían cortar lo que fuera necesario con suma facilidad.

El vibrador era graduable, procediendo el teniente a dejarlo en su nivel más bajo. Así podía limpiar la suciedad y el óxido que cubrían la superficie de la puerta. Estuvo aplicando ese tratamiento unos pocos minutos, hasta que consideró que ya podía ver lo que estaba buscando. Entonces, con una sonrisa de satisfacción, se dirigió al capitán.

- Me imaginaba algo así. Si se acerca más, verá que he dejado al descubierto unas señales en la puerta.

Efectivamente, se podían reconocer unos signos escritos en el metal del que estaba hecho la puerta, parecidos a aquellos que había visto mientras él y Irene huían de los hombres de cristal, y que le recordaban a jeroglíficos o aquella antigua escritura árabe de la Tierra.

- Ya decía yo que esto me sonaba de algo. Déjeme explicarle un relato que se ha transmitido de padres a hijos dentro de la familia real de Saar, y lo entenderá.

>>Hace muchos milenios, los demonios, como llamaban a los representantes de la Humanidad de Silicio, cazaban a los humanos por la superficie de Redención. Estos, que se encontraban en el equivalente de la prehistoria terrestre, no podían defenderse, y vivían toda su vida en el temor de ser asesinados en cualquier momento. De repente, el cielo se abrió, y en medio de un gran ruido, llegaron los dioses.

>>Lo primero que hicieron fue disuadir a los monstruos de que dejasen de perseguirlos, llegando a un acuerdo. Según el mismo, ellos se comprometieron en que cesarían las incursiones, a cambio de que cuando una persona muriese, en lugar de ser incinerados, como se venía haciendo hasta entonces, sus cuerpos sin vida debían ser depositados en las entradas de unas profundas cuevas, de donde desaparecían a la noche siguiente. Luego procedieron a enseñar a los humanos los fundamentos de la civilización, con lo que contribuyeron directamente a la aparición del reino de Saar.

>>En esos momentos, mis antepasados tenían la intención de adorarlos como a dioses que eran. Pero ellos no estaban de acuerdo, y les avisaron que pronto tendrían que marcharse, pero que les harían donación de un documento en la lengua sagrada, escrito en un tejido resistente y ligero a la vez. Les dijeron que ellos mismos podrían leerlo en el futuro cuando aprendieran a hacerlo.

>>Para eso, se presentó un voluntario que se comprometió a quedarse a vivir allá, con el único fin de enseñar a escribir y leer a algunos humanos escogidos, que transmitirían esos conocimientos a lo largo de los milenios. Cuando se cumplieron dos años de la desaparición de los dioses, Umbit-Ben-Filat, el que había permanecido, conocido por "Umbit I el Exiliado", se enamoró de su mejor alumna, y se casó con ella. Fueron ellos el origen de la casa real saarina, que ha sobrevivido hasta nuestros días.

En ese momento, el capitán, que hasta ese momento, había permanecido en silencio, decidió interrumpirle:

- Un mito muy bonito. Pero no tenemos tiempo para tonterías, así que dígame de una vez que relación tiene con el asunto que nos ocupa en este momento, en el improbable caso de que exista.

- Pues que si no me equivoco mucho, estas inscripciones están escritas en el "lenguaje sagrado".

- ¿Está seguro de lo que dice? ¿Podría traducirlo?

- Vaya, vaya. Así que ahora ya no es tan incrédulo, eh?. Sobre lo de traducirlo, no estoy muy seguro. Hace bastante que no practico. Pero déjeme intentarlo, a ver si sacamos algo en claro de todo este asunto.

- Si, haga, haga. Mientras tanto, Indirska y yo le cubriremos.

Durante los siguientes cinco minutos, el silencio fue absoluto, únicamente turbado por tres nerviosas respiraciones. De repente, se oyó exclamar:

- ¡Me parece que ya empieza a tener sentido!

- ¿Y....? ¡Hable de una vez...!. No nos deje con la incógnita.

- Pues mire. Todo y el estado en que se encuentran, yo diría que pone algo así como: "Sala de Espíritus. No entrar sin atuendo..no-sé-que-màs...". Tenga en cuenta que el vocabulario que nos ha sido trasmitido de generación en generación es muy elemental...

- ¿De Espíritus...? ¿Que quiere decir eso...?

- Bueno...A lo mejor no pone "espíritus". Lo he traducido así, pero igual podría decir "cosas sagradas" o algo así...Y lo de "atuendo" se refiere a algún tipo de vestiduras especiales, propias de los dioses...

Ambos oficiales parecían haber olvidado la verdadera situación en que se

encontraban y estaban a punto de enfrascarse en una discusión científica, cuando fueron interrumpidos por el soldado Indirska, que mucho más nervioso y realista, intervino diciendo:

- Perdone, mi capitán, pero creo que o volamos la puerta o lo mejor será que salgamos de aquí antes de que aparezcan más monstruos de cristal ...

- Tienes razón - dijo Alfonso- Es mejor que regresemos a informar y volvamos con una expedición en regla.

- ¿No vamos a investigar lo que hay detrás de esta puerta..?

- No tenemos tiempo. Quizás aquellos hombres de cristal que hemos eliminado hayan dado la alarma...

- Sí, mi capitán, pero de todos modos esta puerta no parece muy fuerte y creo que en un momento podría volar la cerradura y ver que hay ....

- Veo que quieres ver a tus espíritus...

- No se ría, mi capitán....En mi pueblo teníamos muchas leyendas que, aunque oficialmente son sólo leyendas, en muestro fuero interno seguimos creyendo que algo de verdad debe haber en ellas....

- De acuerdo, lo probaremos, pero no perdamos más tiempo. Tú, Indirska, vete a la boca del túnel por el que hemos venido y manténte en contacto con nosotros, mientras el Teniente intenta volar esta puerta.

Así lo hicieron. Indirska fue a apostarse en la salida del pasadizo por el que habían llegado y mientras Alfonso vigilaba desde la puerta entreabierta, el Teniente Balmer procedía a colocar una pequeña carga de plástico junto a la cerradura.

Era sólo cuestión de uno o dos minutos, pero cuando ya estaba terminando de graduar el fulminante electrónico, se oyó un nuevo ruido en el pasillo principal y súbitamente aparecieron varias grotescas figuras enfundadas en armaduras de cristal, volando a gran velocidad y desplegadas en guerrilla.

El soldado Indirska reaccionó instintivamente y abrió fuego contra los recién llegados, alcanzando a algunos de ellos, mientras los demás terminaban de desplegarse y contestaban con una granizada de disparos que destrozaron la boca del túnel y al impulsivo Indirska.

Todo esto había ocurrido en un abrir y cerrar de ojos y los dos oficiales no habían tenido tiempo de reaccionar.

- Quieto, Balmer ! - ordenó Alfonso - Son demasiados para nosotros solos y además por allí parece que llega también un blindado. Ocultémonos y veamos que ocurre ...

- ¡Es que ya he puesto en marcha el detonador ! - gritó el Teniente

- Pues párelo, hombre !

- No puedo...Es un modelo muy simple y va a estallar en menos de un minuto !

Tras unos instantes de vacilación, el capitán Ríos no tuvo más remedio que reconocer que si no podía detenerse el mecanismo del detonador, tampoco era cuestión de intentar separarlo del explosivo, con el riesgo de que les estallara en las manos, y que lo mejor era apartarse todo lo posible y confiar en que dado el poco poder de la carga que habían colocado, la robustez de sus armaduras sería suficiente para protegerles.

Así pues, terminaron de cerrar suavemente la puerta y se arrojaron al suelo en el ángulo adyacente, en el mismo instante en que se producía la explosión.

Afortunadamente, la carga era efectivamente de muy poca potencia y no sufrieron ningún daño, salvo un ligero aturdimiento del que se recuperaron en seguida. Pero la habitación había quedado llena de una espesa nube de polvo y humo y además habían perdido sus linternas, siendo la luz de sus propias escafandras insuficiente para permitirles ver más allá de unos palmos.

A tientas se acercaron a la puerta, que seguía todavía sujeta a sus goznes y probaron de abrirla, lo cual consiguieron sin mayor dificultad. Rápidamente pasaron al otro lado y volvieron a cerrarla, apoyándose de espaldas en ella y jadeando por la excitación del momento, mientras intentaban escuchar si los hombres de cristal habían reparado en la explosión y venían hacia ellos, o si dada su incapacidad para percibir sonidos, no se habían dado cuenta de nada de lo ocurrido.

La nueva habitación estaba a oscuras, pero casi no había sido invadida por la nube de polvo y humo del otro lado, por lo que a la luz de las pequeñas linternas de sus cascos, pudieron ver que estaban en un estrecho pasillo de unos pocos metros de longitud, que terminaba en una especie de compuerta estanca, como las de los submarinos del siglo XX.

Avanzaron hacia ella y sin excesivo esfuerzo consiguieron girar el volante y franquear este nuevo obstáculo, introduciéndose en lo que parecía ser una galería de servicios, de muros sin pulimentar y con varios cables colgando y tuberías adosadas a las paredes.

- ¡ Cierra la puerta , Balmer ! -ordenó Alfonso. - Con un poco de suerte, los hombres de cristal no descubrirán nuestra pista.

- De todos modos, no creo que debamos quedarnos aquí....

- De acuerdo. Pon en marcha tu back y dirijámonos hacia la derecha todo lo de prisa que podamos por esta maldita oscuridad.

Así lo hicieron y empezaron a alejarse de aquel lugar, al mismo tiempo que sus mentes comenzaban a darse cuenta de su delicada situación. Aunque de momento hubiesen despistado a los hombres de silicio, sin duda éstos acabarían por descubrir la cerradura destrozada e iniciarían la persecución, o les tenderían una emboscada en las próximas puertas de entrada a la galería por la iban huyendo hacia no sabían donde.

Además, estaba el resto de la patrulla, esperando en la cueva de la baliza y que si eran atacados por unas fuerzas tan superiores, no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir. Y posiblemente todo esto no hubiese ocurrido si hubiesen obedecido las órdenes recibidas y hubiesen permanecido en su puesto. De momento, el pobre Indirska había sido la primera víctima de su irresponsable actuación....

Estos y otros parecidos pensamientos iban pasando por la imaginación de los dos compañeros, mientras volaban siguiendo el angosto túnel. A los pocos minutos, llegaron a una especie de plazoleta en la que confluían varias galerías análogas a la suya y decidieron detenerse para hacer balance de la situación y decidir el plan a seguir.

- Estoy preocupado por el resto del comando - comentó Alfonso- vamos a intentar comunicar con ellos. Es de suponer que desde esta plaza será más fácil que las emisiones de ultrafrecuencia lleguen a ellos....

Efectivamente al cabo de unos pocos intentos consiguieron establecer contacto con el sargento Samson, el cual les preguntó:

- ¿Dónde están Vdes ? Hace rato que intentamos establecer contacto y no obteníamos respuesta...

- Ya le contaré...de momento lo importante es que tomen precauciones. Hemos sido atacados y Indirska ha muerto...Es muy posible que una nutrida patrulla enemiga se esté dirigiendo hacia Vdes. Llevan incluso blindados.....Estén alerta y si se ven atacados, vuelen el túnel. Nosotros ya veremos por donde regresamos....

- De todos modos, no tenemos ni idea....-musitó para sí el Teniente.

- Entendido, mi Capitán. Pero no se preocupen. Hemos recibido noticias del Zaragoza y estamos esperando los refuerzos de un momento a otro. De todos modos, vamos a preparar unas cargas por si hay que volar todo esto...

Cortaron la comunicación y se miraron uno a otro. La plazoleta en que se encontraban tenía aspecto de ser simplemente un núcleo de comunicaciones dentro de lo que cada vez daba más la impresión de ser una red de galerías de servicio que debía dar mantenimiento a los túneles principales.

- Bueno... Y ahora hacia donde vamos...?

El capitán Ríos miró dubitativo a su alrededor y finalmente tuvo una idea:

- Fíjate. Parece que todos los cables llegan de ese túnel de la derecha y que desde aquí se reparten por los demás. Creo que lo mejor será seguir por él y posiblemente lleguemos a algún centro más importante....Vamos allá !

Se dirigieron lentamente hacia la boca de la galería escogida y antes de entrar repararon en una nueva y breve inscripción grabada en una placa a la altura de sus cabezas. El Teniente la observó unos momentos y comentó:

- Está escrita en el "lenguaje de los dioses". Yo diría que son unos números y unas letras sin sentido. Deben ser la referencia de la galería.

- Seguramente....Y dónde están sus espíritus....?

- Ya le he dicho que en aquella puerta no ponía exactamente "espíritus", sino algo parecido, como "sagrado" o "divino" o ....Tenga en cuenta que lo que mis antepasados aprendieron estaba simplificado a su manera de expresarse y no creo que en aquellos tiempos tuviesen un vocabulario técnico muy extenso. Varias veces lo hemos comentado en casa y supongo que todos los términos tecnológicos se asimilaban a cosas sagradas y de ahí esta falta de precisión.

- Todo esto me parece muy bien, pero como decía hace un rato el pobre Indirska, no es ahora el momento de entrar en disquisiciones lingüísticas...Sigamos adelante y a ver a donde nos lleva esta galería....

Liberados por el momento de su responsabilidad para con el resto del comando, Alfonso y Tinneo Balmer reanudaron su exploración, también algo más tranquilizados al ver que nadie parecía seguirles. La nueva galería era quizás un poco más amplia que la anterior, pero de todos modos no llegaba a los dos metros de altura por algo más de metro u medio de anchura y sus paredes estaban bastante llenas de cables y tuberías de distintos grosores y colores.

- Cada vez estoy más seguro de que esto ha sido construido por seres como nosotros. - comentó el Teniente.

- Sí, parece evidente que ......¡Atención ! Mire hacia delante...Al fondo del túnel parece verse alguna luminosidad....Vayamos más despacio...

Redujeron su velocidad y poco a poco fueron acercándose al final del pasadizo, para desembocar finalmente en otra especie de sala circular, en cuya pared se abrían las bocas de otros cuatro túneles, así como dos grandes puertas estancas, de sólida apariencia. Pero lo más asombroso y que hizo que

los corazones de los dos oficiales se dispararan alocadamente, era que entre ambas puertas se veía un panel con varias pantallas y otros controles, y enfrente de él...una silla con un hombre de blanca cabellera sentado en ella, de espaldas a los recién llegados.

CAPÍTULO 12

EN LA CAMARA DE CONTROL

El Capitán Ríos y el Teniente Balmer se habían quedado estupefactos ante la visión de aquel ser que les volvía la espalda y de cuya identidad humana no parecía haber ninguna duda, pese a que lo único que se le podía ver era su blanca cabellera. Además de la cabeza, se vislumbraba la parte superior de su uniforme o mejor dicho vestido, ya que parecía llevar una especie de túnica de un color claro azulado. Aquel individuo no parecía haberse dado cuenta de la presencia de los dos recién llegados, absorto como estaba en la contemplación del cuadro de instrumentos y pantallas que tenía delante.

El capitán Ríos hizo una seña a su acompañante, indicándole que avanzara por la izquierda, mientras él hacía lentamente lo mismo por la derecha. Al hacerlo su ángulo de visión fue aumentando y les permitió empezar a ver el rostro del desconocido....

- Mire, Capitán !, - chilló Tinneo Balmer -, es un hombre como nosotros, pero.....¡ qué asco ! ¡Está más muerto que mi abuela...!

Efectivamente; el rostro de aquel ser no dejaba ninguna duda sobre su estado. Bajo la larga melena blanca, no había más que una momia reseca y apergaminada, cuyos vacíos ojos parecían mirar sin ver una pantalla apagada que tenían delante. Sus manos, bajo cuyo pellejo se remarcaban uno por uno todos los huesos, estaban apoyadas sobre los brazos del sillón y de todo su cuerpo de desprendía una sensación de paz y serenidad, como si la muerte le hubiera sorprendido durmiendo.

- No hay duda, Teniente. Este tío lleva mucho tiempo muerto...Menudo susto nos ha dado...

- Sí, pero...quién debe ser ? Es un hombre, pero parece más alto que nosotros, y más cabezón....

- Seguramente, pero ahora eso no importa demasiado. Tenemos que ver que hacemos....Los Hombres de Silicio pueden estar pisándonos lo talones y por otra parte, me gustaría saber que hace este hombre aquí, con todas estas pantallas....¿Quién es...y de donde viene...?

-¡Yo lo sé ! -afirmó enérgicamente el teniente Balmer- ¡Es un dios!

- ¿Que dices....? ¿Un dios...?

- Sin duda, capitán. Según la tradición de mis antepasados, los “dioses” eran muy altos, de grandes cabezas y ...¡mire !, la escritura de estos instrumentos es la “escritura de los dioses”.

- Pues sí; tienes razón. Estos jeroglíficos son muy parecidos a los que hemos visto antes. Pero insisto que antes de seguir elucubrando, tenemos que ver que hacemos. Los hombres de cristal pueden llegar aquí en cualquier momento. Y además tenemos que ponernos en contacto con el Zaragoza, o al menos con nuestros compañeros. Intenta ponerte en contacto con ellos.

Mientras el Teniente manipulaba su transmisor, Alfonso Ríos miró hacia el pasadizo por el que acababan de llegar y no notando ningún síntoma de sus posibles perseguidores, volvió su atención al cuadro de instrumentos que había delante de la momia de aquel desconocido.

El panel estaba formado por un abigarrado conjunto de pantallas, botones y otros controles, apagados todos ellos. No obstante, un tenue zumbido parecía indicar que llegaba energía, lo que animó a Alfonso a toquetear los mandos en busca de alguna señal activa. En un principio, la idea general del funcionamiento de aquel bloque de ordenadores parecía muy semejante a la habitual, pero pronto hubo de descubrir que no era tan sencillo como parecía. Al contrario, parecía que debía ser muy sencillo, demasiado incluso, ya que se adivinaba una simplicidad extrema, pero precisamente por ello, no veía por donde empezar.

Entretanto, el teniente Balmer intentaba ponerse en contacto con el resto del comando, pero aparentemente tampoco tenía mucho éxito.

Y el tiempo seguía corriendo y con él la posibilidad de que fuesen descubiertos por los hombres de cristal. Y precisamente, en esta misma línea de pensamiento y mientras seguía observando el panel, el capitán Ríos comentó:

- Todo parece dar la impresión de que aquí no ha entrado nadie en muchos años, quizás siglos....También sería mala suerte que ahora llegasen esos condenados hombres de cristal....En cuanto a esto...¡no entiendo nada..! Aquí me falla algo, no veo como encenderlo....¿Y tú, Tinneo, consigues comunicación...?

- Pues no....Debemos estar en una zona apantallada...

- Pues entonces déjalo y ven a ayudarme....

El Teniente se acercó a los mandos y se unió a su superior en su meditativa contemplación, tocando tímidamente aquí y allí, intentando al mismo tiempo descifrar alguna de las inscripciones que rotulaban los escasos botones.

-No consigo leer casi nada....Debe ser todo vocabulario técnico...Mire, aquí pone algo así como “fuerza” o “poder”...

- ¿Dónde?

- Aquí ! - Diciendo esto, Tinneo presionó suavemente con su índice una de las inscripciones que destacaban en la consola, y casi instantáneamente empezaron a encenderse luces, indicadores y pantallas

-¿Cómo lo has hecho...?

- Ha sido al apretar aquí, en esta palabra que pone....¡Ya lo entiendo! Los botones no existen como tales, son las propias palabras e inscripciones quien deben ser una especie de mecanismo táctil....

- Bueno, y ahora qué...? Yo no soy un experto en electrónica y creo que tú tampoco.

- No, claro. Pero podríamos mirar si conseguimos ver algo por las pantallas...

Una vez conocido aquel detalle de las inscripciones activas, les fue relativamente fácil ir poniendo en funcionamiento algunas de las pantallas. En un principio, sólo consiguieron hacer aparecer gráficos y mensajes escritos que no les decían nada, pero al cabo de un poco encendieron una en la que apareció un gráfico que parecía el plano de un laberinto, de diversos colores y con unos puntos rojos destelleantes.

- A que esto es el plano de estos pasadizos -exclamó Alfonso- A ver si consigues aumentar alguna de estas zonas, por ejemplo, esa que parpadea en rojo.

Manipulando los controles consiguieron hacer un zoom de aquella parte y de repente, Alfonso exclamó:

- ¡Fíjate!. Creo que esto corresponde al trozo por donde entramos. Mira, el corredor principal, la habitación donde entramos, el pasillo por el que nos introdujimos en las galerías de servicio. Y ese punto rojo debe significar que ha saltado una alarma al habernos cargado la puerta con el explosivo...

- Sí, sí. Seguro que es así. Pero entonces, esos otros destellos también deben corresponder a otras alarmas....

- Entonces esto debe ser el punto por donde entramos en este laberinto, al buscar la baliza....Pero de todos modos, se ven muchos puntos rojos y nosotros no hemos destrozado tanto...

- Deben ser de otro origen, accidentes o quizás los propios hombres de cristal...

Transcurrieron algunos breves minutos, mientras los dos compañeros trataban de seguir sobre la pantalla el camino que habían seguido,

buscando al mismo tiempo alguna salida no sabían hacia donde...

- A ver, tengo una idea - dijo súbitamente Tinneo y se enfrascó de nuevo en sus intentos de descifrar las extrañas inscripciones del salpicadero.

Mientras tanto, el capitán Ríos volvió su atención al cadáver que seguía contemplándoles silenciosamente y del que se habían olvidado. A parte de aquella especie de túnica y de unas sencillas sandalias, no parecía llevar ninguna otra cosa encima. Bajo su apergaminada piel, se adivinaba lo que fue un rostro de un hombre posiblemente de mediana edad, barbilampiño y de tez muy clara. La larga melena, daba la impresión de haberle seguido creciendo aún después de muerto.

Movido por la curiosidad pasó la vista hacia las manos, en busca de algún reloj o anillo, infructuosamente, y cuando ya iba a dirigir su atención hacia otro lado, vislumbró entre los pliegues de la túnica, medio oculto por la misma, un destello metálico. Aquel objeto debía habérsele caído de la mano derecha, resbalando por el vestido hasta quedar allí semioculto.

Alargó la mano para cogerlo y al rozar la tela de la túnica, ésta se quebró como si fuese de cristalitos, soltando una tenue nubecilla de polvo.

Sobresaltado, retiró rápidamente la mano, a medio coger la pieza de metal, y ésta cayó al suelo, rebotando con un sonido metálico. Parecía un pequeño aparato de radio y eso le recordó de nuevo la situación de su patrulla y los estériles intentos de establecer contacto con ellos.

Mientras Tinneo seguía hurgando por el panel de instrumentos, Alfonso asió su aparato de radio y trató nuevamente de llamar al sargento Samson.

Fuera porque su emisora tuviese más carga o porque estaba en una posición distinta de la que había ocupado Tinneo hacía unos minutos, el caso fue que empezó a escuchar una agitada respuesta a su llamada:

- Capitán ! Gracias a Dios!. ¿Dónde están Vdes...? Necesitamos ayuda ! ¡Nos están atacando !

- ¡Sargento ! ¿Qué ocurre...?

La comunicación parecía haber quedado interrumpida, pero a los pocos momentos volvió a reanudarse de modo intermitente:

- ......por la galería .....volado el túnel.....muchos....no disparan.....resistir ....fuerzos...........

La comunicación siguió unos minutos en el mismo tono, con palabras y frases sueltas, intercaladas con maldiciones y órdenes del sargento. Sobrevinieron después unos largos segundos de silencio absoluto, hasta que de golpe volvió a establecerse una comunicación casi perfecta:

- ...ben querer capturarnos vivos, porque no disparan con munición convencional. Pero estamos agotando la carga de nuestras armas...Y los refuerzos no llegan....

- ¡Sargento ! Estamos muy lejos y no podemos ir en su ayuda. Abandonen el puesto y huyan por donde vinieron...

- No podemos...Precisamente nos están atacando por detrás, desde la galería donde se quedaron los topos...Lo que no entiendo es como tardan tanto los refuerzos que nos prometió el Zaragoza. Han tenido tiempo de ... ¡Ahí vuelven ! Dispara ! ...Malditos sean...

El altavoz dejó escapar unos cuantos gritos más en ese mismo tono, y luego se oyó un chasquido y quedó definitivamente mudo.....Los dos oficiales se miraron entre sí, sin atreverse a hablar.

Para el capitán Ríos era la segunda vez que se encontraba en la misma situación en el transcurso de unas pocas horas; separado de sus hombres, oyendo como eran atacados y sin poder hacer nada por ellos.

Y lo mismo que la vez anterior, reaccionó y ordenó:

- Teniente...! Debemos salir de aquí y avisar de todo esto al Mando. Y es que después de lo que acabamos de oír, estoy temiéndome que los hombres de cristal hayan podido capturar a toda la patrulla...

- ¿Qué dice..?

- Si, no entiendo como están tardando tanto en llegar los refuerzos que iba a enviar el Comodoro. Hace tiempo que deberían estar allí...Así que veamos que podemos hacer....

- Quizás este plano nos ayude....

- Quizás....Pero, por cierto...¿qué estabas buscando antes..? ¿No decías que tenías una idea...?

- Sí...Pensaba que es posible que esto sea un centro de control, y que por lo tanto, deben haber cámaras de televisión que permitan que desde aquí se puedan vigilar los pasillos principales y que a lo mejor eso nos permitiría hacernos una idea más clara de nuestra situación. Pero no acierto con el sistema de ponerlo en marcha, si es que existe.

- Sí, es posible... ¿No ves ninguna indicación que diga algo o dé alguna pista...? Yo creo que...¡Escucha !

El capitán se interrumpió, al mismo tiempo que su cara palidecía de nuevo, mientras en el repentino silencio que acababa de hacerse, se oía un ruido sordo que parecía acercarse por el pasillo por que habían llegado. Sin duda, sus perseguidores habían terminado por localizarles.

- ¡ Nos han descubierto....! ¿Qué hacemos...?

- No se me ocurre otra cosa que bloquear el camino, tal como dijimos al pobre sargento que hiciera si se veía atacado. ¡ Disparemos contra el techo del pasadizo, a ver si lo hundimos antes de que lleguen !

- Pero si lo hacemos, les confirmaremos nuestra presencia. A lo mejor no vienen hacia aquí...No se ve ninguna luz que se acerque...

- Será porque es ultravioleta. Polariza tus gafas y mira a ver si ves algo..

Tinneo hizo lo que le ordenaba el capitán, mientras éste preparaba su fusil atómico. En los breves segundos que había durado este diálogo, el ruido parecía haberse calmado, lo cual dejó aún más indecisos a los dos redentores. ¿Habrían los hombres de silicio pasado de largo, o se preparaban en silencio para atacarles ...?

El teniente Balmer se desplazó ligeramente para atisbar mejor dentro del túnel, y al hacerlo tropezó con el artilugio que Alfonso había cogido del cadáver del desconocido y que le había caído al suelo.

Instintivamente, Tinneo se agachó a recogerlo y al tenerlo en su mano observó que se trataba de una especie de calculadora, con diversas teclas numeradas. Sin pensarlo, apretó alguno de aquellos botones y de golpe se apagaron las luces de la habitación, encendiéndose de nuevo en cuanto presionó nuevamente la misma tecla. Intrigado, presionó otro botón y se escuchó un fuerte silbido, al mismo tiempo que una recia cortina metálica descendía del techo y cerraba herméticamente la entrada.

- Esto es un mando a distancia...y, ¡ qué suerte ! Hemos cerrado la puerta !

- Pues aprovechémoslo para intentar buscar otra salida... A ver esas dos puertas...

Se acercaron uno a cada puerta, pero no parecía haber ningún tipo de cerradura ni mecanismo de apertura. Al golpearlas con los nudillos, emitieron un ruido metálico sordo característico, que hizo exclamar a Alfonso:

- ¡Dedona ! Yo diría que son de dedona, y como sea así, nuestro explosivo plástico va a ser completamente inútil...

- Bueno; a lo mejor la puerta que se ha cerrado detrás nuestro también es de dedona, y así al menos estamos a salvo de los hombres de cristal....

- Quizás....Pero lo mejor será que sigamos investigando en el cuadro de instrumentos, a ver si encontramos algo que nos ayude a salir de

aquí o a pedir ayuda o...a lo que sea !

Este comentario recordó a Tinneo su idea anterior y volvió a inclinarse sobre la pantalla que mostraba el plano de aquellas galerías, investigando al mismo tiempo los mandos e inscripciones vecinas, en búsqueda de la posible manera de poder sintonizar algún vídeo con las cámaras que suponía debían encontrarse los puntos estratégicos.

Mientras tanto, Alfonso tanteaba la puerta que había bloqueado el camino de entrada, llegando a la conclusión de que efectivamente parecía de dedona. Algo más tranquilo, se dedicó de nuevo a probar de sintonizar con el sargento Samson o con el Zaragoza, pero sin resultados apreciables....

Pasaron así unos cuantos minutos, hasta que de repente y como respuesta a las diversas tentativas del teniente Balmer, se oyó un chasquido y se empezaron a encender una nueva batería de indicadores, sobre los cuales aparecían unos caracteres que coincidían con otros equivalentes que se destacaban en diversos puntos del plano.

- ¡ Ya lo tengo ! - gritó - ¡ Yo tenía razón...! Vamos a ver que si se ve algo allí donde dejamos al sargento....

Diciendo esto, Tinneo presionó la señal correspondiente, sin que de momento ocurriera nada en ninguna de las pantallas que había en el panel. Irritado, el joven insistió repetidas veces, sin obtener respuesta alguna....

Pero de súbito, el capitán Alfonso Ríos levantó la cabeza y exclamó:

- ¡Maldición...! ¡ Tinneo, estamos perdidos...! ¡Mira !

Enfrente de ellos, se había abierto un hueco en la pared y por él aparecía la grotesca cabezota de un hombre de cristal, clavando en ellos su roja “mirada”.....

CAPÍTULO 13

REFUERZOS

Inmediatamente, Alfonso cogió su fusil, y se apresto a disparar a la aparición, con la que esperanza de que estuviera tan sorprendida como ellos, y aún no hubiera podido dar la alarma. Pero en ese momento el Teniente gritó:

- ¡No lo haga! ¿Qué no ve que es una pantalla de televisión?

Estaba a punto de replicar cuando miró más atentamente al hombre de silicio, y se dio cuenta de que éste parecía haber dejado de mirarlos, y se comportaba como si no se hubiese dado cuenta de su presencia, lo que era totalmente imposible. Cada vez más extrañado, se acerco un poco más a la abertura con el fusil por delante, y de repente el cañón topó con una superficie cristalina.

Fue entonces que se dio cuenta de que la supuesta ventana no era otra cosa que una gran pantalla de televisión empotrada en el muro frontal, protegida por una persiana que acababa de abrirse como consecuencia de la última maniobra efectuada en el tablero de instrumentos. El hombre de cristal que les había sobresaltado debía estar precisamente ante el objetivo de la cámara, posiblemente sin detectarla siquiera.

Dándose la vuelta, observó al teniente mirándole con una expresión divertida en su cara. Realmente la situación tenía gracia, y Alfonso, descargando de golpe toda la tensión acumulada en las últimas horas, empezó a reírse histéricamente, contagiando también a Tinneo. Esa situación se prolongo algunos minutos.

Finalmente, se recuperaron, y mientras intentaban regularizar de nuevo su respiración, Alfonso estudió las imágenes que aparecían en la pantalla. En ella, se podía ver un pasillo muy similar a aquel por el que habían accedido a aquellos túneles, por el que circulaban incesantemente hombres de silicio con unos extraños fusiles, y armaduras. Comentó al teniente:

- Esto es muy interesante. Lástima que no podamos mover la cámara para ver más cosas.

- Déjeme mirar, a ver si encuentro alguna indicación que nos indique algo en ese sentido… Ah, aquí parece que hay algo.

Prácticamente al instante, se abrió parte del tablero, y por la abertura,

apareció una palanca anatómica con dos botones en su parte superior. El capitán, sorprendido por la aparición de ese nuevo aparato, tardó un poco en reaccionar. Pero poco a poco, y con gran prudencia, e infinitas precauciones, lo agarró en su mano, y lo hizo girar ligeramente, con lo que cambió el ángulo de visión del televisor.

En la nueva posición, se veía una sirena girando incesantemente en el techo del pasadizo, y al final del mismo, una abertura que conducía a una gran habitación, la cual resultaba conocida a Alfonso. Estuvo mirándola unos segundos. De pronto, gritó:

- ¡Ya lo tengo!.

Asustado por la repentina exclamación de su superior, el teniente dijo:

- ¿Que pasa? ¿Que es lo que ha descubierto?

- Ya recuerdo cual es esa habitación que puedes observar en la imagen. Si no me equivoco, es la estación del tren, donde estaban cargando los conos de dedona, y que descubrimos Irene y yo. Mira, le daré al teleobjetivo, suponiendo que estos botones sirvan para eso, y verás que tengo razón.

Efectivamente, la cámara comenzó a acercarse a la habitación, y aparecieron detalles que antes eran invisibles. En medio de una gran confusión, lo que destacaba más era efectivamente un tren parado en medio de la sala, que estaba siendo descargado con notable celeridad. Aquí y allá, yacían conos de dedona, algunos de los cuales habían aplastado a los operarios que estaban trasladándonos, prácticamente como si de repente se hubiese ido la corriente. Más cerca de la puerta, podían encontrarse a cuatro monstruos de silicio intentando montar un trípode con un cilindro parecido a una ametralladora pesada encima. Mientras estas imágenes aparecían en la pantalla, el capitán comentaba:

- Vaya, vaya. Así que se están preparando para defenderse contra un enemigo poderoso. Muy, pero que muy interesante. Pero vamos a ver que hay por el otro lado.

Y dando un giro brutal de 180 grados, la cámara pasó a enfocar el otro extremo del pasillo, donde se podían observar una multitud de hombres de silicio que avanzaban hacia un invisible atacante, y gran cantidad de humo. Apartándose de la pantalla, y dirigiéndose al teniente, que estaba totalmente absorto por lo que aparecía en ella, le ordenó irónicamente:

- Tinneo, por favor. ¿Serías tan amable de localizar el dispositivo que conecte el audio de la cámara, que sin duda, debe existir, y encenderlo? Así comprenderemos mejor la situación.

- Naturalmente, capitán. No se porqué, pero ya me imaginaba que me lo pediría, y lo he estado buscando. Creo que es esta inscripción. Pero por si acaso, y como una medida de precaución, me permito recomendarle que

reduzca el volumen de los micrófonos ambientales al mínimo, no sea que el sonido esté muy alto, y nos deje sordos.

- De acuerdo…. Listo.

- Pues vamos allá.

Pasaron algunos segundos, y cuando Alfonso ya empezaba a pensar que tal vez el sonido estuviera estropeado, un agudo silbido taladró sus oídos. Este se desvaneció en seguida, siendo reemplazado por algo que parecían explosiones y detonaciones lejanas. Procedió a aumentar el volumen de sus micrófonos, con la esperanza de mejorar la recepción, pero no consiguió que se oyera mucho mejor.

A causa de esto, decidió que lo mejor era cambiar de cámara, y así se lo ordenó al teniente.

- Tinneo, creo que es recomendable que cambiemos de objetivo, a ver si conseguimos ir al centro de la acción.

- A sus órdenes, capitán.

Inmediatamente se dirigió a la silla donde estaba sentada la momia, y apartándola con sumo cuidado, empezó a apretar botones. Aunque al capitán le parecía inicialmente que lo hacía al azar, se fijó enseguida en una de las pantallas, donde había un plano de los túneles, y unas luces que se apagaban y encendían en rápida sucesión. Al final, se oyó la voz triunfante del teniente:

- Lo encontré. Observé la pantalla principal, que pasaré a ella la imagen… ¡Ahora!.

Acompañando a esa exclamación, el televisor situado delante del capitán, se encendió, y mostró una imagen del túnel principal en el cruce con el pasadizo de acceso desde la sala donde habían encontrado la baliza. Todo estaba lleno de humo, procedente de bastantes vehículos en llamas, y aquí y allá se vislumbraban siluetas que se movían furtivamente a la vez que disparaban furiosamente.

Acercando un poco más el teleobjetivo, se podían distinguir dos bandos, de los cuales uno estaba formado claramente por compañeros del Zaragoza, sin duda, los refuerzos que el comodoro les había prometido. No obstante la lógica alegría que este hecho le producía, estaba preocupado porqué veía a los redentores en dificultades, ya que la furiosa resistencia de los hombres de silicio les obstaculizaba en su avance. De repente, algo surcó el aire, y una gran claridad, equivalente a la de un sol, inundó totalmente el túnel, y la imagen quedó negra, señal inequívoca de que la cámara había dejado de funcionar.

Los altavoces aún funcionaban, y por ellos salía el sonido producido por una dura lucha. Preocupado por el resultado de la misma, decidió que lo mejor

era intentar entrar en contacto con la patrulla de rescate. En consecuencia, cogió de nuevo el antiguo aparato de radio, y fue recorriendo todas las frecuencias. La mayoría de veces, únicamente le llegaba estática, pero al final, se oyó:

- …. Escuadrilla. Diríganse hacia aquella puerta. Intenten capturar alguno con vida, a ver si descubrimos de que va todo esto. Sargento Samson, me recibe?

Fue en ese momento, que decidió interrumpir la conversación, diciendo:

- Atención, Atención. ¿Me reciben? Atención, atención.

La respuesta llegó enseguida.

- ¿Quién habla? ¿Cómo ha localizado esta frecuencia? Identifíquese inmediatamente, por favor.

- Al habla el Capitán Alfonso Ríos, destinado al Zaragoza. Hemos quedado aislados a causa del ataque de los hombres de silicio, y….

No pudo continuar hablando, ya que de repente fue interrumpido por una voz muy conocida, que dijo:

- ¿Alfonso, de verdad que eres tú?. ¡No me lo puedo creer! ¡Soy Jorge!. ¿Donde demonios te habías metido? Estabamos convencidos de que estabas muerto o a manos de esos asquerosos bichos de silicio, y no sé que es peor.

- Pues veras, Jorge,…

De nuevo no pudo continuar hablando, ya que el capitán Jorge García, uno de sus mejores amigos, que conocía desde la academia, y con el que había compartido muchas cosas, exultante al poder hablar con una persona a la que ya consideraba poco menos que muerta, volvió a decir:

- Pues si, Alfonso, cuando llegamos a la habitación donde habías encontrado la baliza, tuvimos que neutralizar una patrulla de los hombres de silicio, y al acabar, nos dijo un sargento, Samson, creo que se llama, que os habíais ido de patrulla. Y desde entonces os hemos estado buscando. ¡Pero di algo, hombre, que quiero saber que te ha pasado!

- Si te tranquilizas, y no me vuelves a interrumpir, te lo contaré todo. Pero por favor, cállate hasta que acabe.

- De acuerdo, Alfonso. Te escucho.

- Bien, pues como iba diciendo, justo cuando acabábamos de hacer un gran descubrimiento sobre los verdaderos constructores de los subterráneos de este sector, nos atacaron por sorpresa los hombres de silicio, y después de matar a Indirska, nos obligaron a retirarnos hasta la sala de control donde estamos ahora. ¿Y vosotros, qué? El último mensaje que recibimos del sargento Samson, a quien habíamos dejado esperandoos, decía que estaban a

punto de capturarlos.

- Pues eso es exactamente. Cuando llegamos a la sala de la baliza, descubrimos una partida de hombres de silicio atacándolos. Matamos a todos sus componentes rápidamente con el armamento de uno de los dos terriers con los que veníamos, y entramos dentro. Así pudimos levantar el asedio al que estaban sometidos al sargento Samson, y dos de sus hombres.

>>Rápidamente nos informaron de todo lo ocurrido, y después de consultarlo con el Comodoro, decidimos continuar el avance. Desde ese momento hasta ahora, nos hemos parado de combatir. Gracias a Dios de la granada de ceguera que acabamos de lanzar, que sino aún nos hubiéramos vistos obligados a retirarnos. Esos monstruos cada vez luchan mejor, y estoy convencido que han aprendido a usar nuestras armas. ¿Quien fue el imbécil que afirmó que estaban acabados?

- Ya veo. Déjame preguntar dos cosas. Has comentado que has traído dos terriers. Entonces, ¿cuantos sois? ¿Y que es eso de la granada de ceguera?

- Pues mira. En estos momentos tengo una treintena de soldados bajo mi mando, sin contar las bajas. Ah, aquí me traen el informe. Un momento, que lo miro…. ¡Que suerte! Solo cinco heridos leves. Ningún muerto. ¿De que hablábamos? ¡Ah, si!, la granada de ceguera. Es un arma experimental pensada para dejar ciego a un enemigo gracias a la emisión de una gran cantidad de luz en muy poco tiempo. Nos ha ido realmente muy bien.

>>Hemos pasado en pocos minutos de una situación bastante comprometida, a dominarla por completo. El pulso de la granada los ha dejado ciego a todos, y ahora estamos acabando de limpiar los alrededores, y intentaremos capturar algún prisionero, para interrogarlo, y descubrir cual es el fin de toda esta estructura.

- Si, ya lo he oído antes.

- ¿Que? ¿Como? Bueno, dejémoslo, tampoco no importa mucho. Vamos al grano de una vez. ¿Donde estás? ¿Está contigo el teniente Balmer? ¿Estáis heridos alguno de los dos? ¿Podéis venir hacia aquí?

- Si, el teniente Balmer y yo estamos atrapados en una antigua sala de control, al lado de una momia, que debe tener milenios de antigüedad. Por suerte, ninguno de los dos está herido. En lo que se refiere a tu última pregunta, no nos atrevemos a abrir ninguna de las planchas que nos protegen, ya que los hombres de silicio pueden estar detrás. Necesitamos vuestra ayuda para salir de aquí.

- De acuerdo. Dime donde estáis, y como podemos llegar, y en diez minutos nos tendrás ahí.

Después de indicarles rápidamente cual era la ruta a seguir, recibieron la confirmación de recepción, y se dispusieron a esperar la ayuda de los

refuerzos. Pasaron cinco minutos, durante los cuales se dedicaron a continuar examinando el resto de cámaras repartidas por el complejo, a ver si descubrían algo de interés. Desgraciadamente, buena parte de estas, después de milenios de desuso, estaban inoperativas.

El resto mostraba una sucesión de habitaciones y pasillos de diversos tamaños, como lo que parecía un gran comedor, una cocina, restos de áreas de dormitorios, y almacenes. Todos los muebles que se veían, eran metálicos, cubiertos por una gran cubierta de polvo, y lo que parecían telarañas. Pero no todo estaba igual, sino que algunas de los cubículos más grandes estaban limpios, y habitados por hombres de silicio.

Solo quedaba una cámara por controlar, cuando de repente, su atención fue distraída por un sonido que repiqueteaba en la puerta blindada que daba al conducto por el que habían venido, y que tendrían que utilizar los refuerzos. Contento por la pronta llegada de estos, Tinneo se dispuso a apretar el botón del mando a distancia que habían encontrado en manos de la momia, que haría levantar la plancha acorazada. Pero Alfonso se lo impidió, previniéndole:

- Espera un momento, y no nos precipitemos, que esto no me gusta nada. No es normal que llamen a la puerta, en lugar de avisarnos por radio. Voy a llamarlos, para asegurarnos de que realmente sean ellos, y no un hombre de silicio.

Y cogiendo el transmisor, preguntó:

- ¿Me recibes, Jorge? ¿Donde estáis?

- ¿Alfonso, que demonios es esto? Parece como si hubiera sido construido por humanos, pero eso es imposible, verdad?

- Pues no. Y aquí tenemos una prueba. Pero vamos al grano, ¿Me puedes decir exactamente cual es vuestra localización?

- Claro que si. En estos momentos, estamos llegando a una plazoleta, y según tus instrucciones, ahora hemos de girar a la derecha, siguiendo los cables, ¿verdad?

- ¿Como? ¿Me estás diciendo que aún no habéis llegado a la puerta blindada?

- ¿Puerta blindada? Pues no, ¿pero porqué lo dices?.

- Mierda!. Daos prisa, que los hombres de silicio nos han descubierto, y si consiguen atravesar la puerta, y dominar esta sala de control, pueden hacerse amos de la situación.

- Tranquilo, que en seguida llegamos. Sobretodo no os vayáis sin avisarnos.

- Je, je, je. Muy gracioso….

En ese preciso instante, un sonido muy parecido al de un soplete en marcha empezó a oírse en la habitación. Alfonso y Tinneo se miraron el uno al otro extrañados, y al unísono miraron hacia la puerta, para comprobar con creciente horror que empezaba a ponerse de color rojo, señal inequívoca que detrás había una gran fuente de calor.

Mientras observaba el cambiante color de la puerta, y olvidándose por completo de la radio, que no obstante continuaba conectada, se dedicó a pensar a toda velocidad que podría hacer para salir del atolladero en que estaba metido. Al final, ordenó al teniente.

- Tinneo. Tenemos un problema. Hagamos lo que hagamos, la puerta acabará fundiéndose, y entrarán los hombres de silicio. Piensa que si alguna de sus descargas da en el panel de control, puede explotar, matándonos en el proceso. En esta situación, que crees que podemos hacer ?

- Yo creo que lo mejor es parapetarnos donde podamos, y intentar resistir hasta la llegada de los refuerzos, que no pueden tardar mucho.

- Si, es una posibilidad. Pero continuamos teniendo el peligro de las explosiones. Estoy convencido que en estos momentos, el enemigo estará concentrado en agujerear la puerta, y hasta que esten a punto de conseguirlo, no se prepararán para el ataque. Seguro que no se esperan que la puerta se abra de golpe, y aparezcamos nosotros disparando, ¿verdad?

- Bueno, pues tal vez si. Pero,... ¿no estará pensando en hacer exactamente eso?

- Lo has adivinado. Así que ya puedes prepararte. A la de tres, levanta la puerta, y empecemos a disparar. Con un poco de suerte, se acobardarán, y huirán hacia nuestros hombres, que acabarán de encargarse de ellos.

Estaba a punto de replicar a esta, a todas luces desesperada acción, pero después de pensárselo un poco, llego a la conclusión que en la situación actual, poco podían perder. Así que colocando el fusil en posición de disparo, se preparó para apretar el botón del telemando que haría abrir la puerta, y hizo una señal de conformidad al capitán, que empezó a contar.

- Uno, dos, tres. ¡Ahora!

Inmediatamente, apretó el botón, y tan rápidamente como había bajado, la coraza, que ya estaba empezando a fundirse, se alzó. Aparecieron en la obertura dos hombres de silicio, que estaban utilizando un soplete, y que totalmente sorprendidos, no pudieron hacer el más mínimo amago de resistencia antes de ser muertos por Alfonso y Tinneo. Apartando la emisión de plasma del soplete a un lado para no resultar heridos por accidente, empezaron a avanzar hacia la plazoleta por donde debían aparecer los refuerzos.

Pero no habían dado ni cinco pasos, cuando advirtieron la presencia de un

grupo de otros seis hombres de silicio que sin duda estaban esperando que se abriera un paso que les permitiera avanzar hacia la sala de control. Aunque también habían sido sorprendidos por el contraataque, pudieron prepararse para disparar, lo que hicieron en cuanto vieron a los dos oficiales redentores. Estos, echándose al suelo, devolvieron el fuego, derribando a tres de sus enemigos. Pero los demás se dispusieron a replicar, y debido a la poca distancia que separaba a los contendientes, era fácil acertarles.

El capitán Ríos se dio cuenta que la situación era crítica, y que lo único que podía hacer era esperar a que le disparasen, y cerrando los ojos, rezó rogando le hiciesen el menor daño posible. Oyó la detonación característica de un fusil atómico, pero la bala no llegó. Extrañado, abrió los ojos, y alzándolos, vio que la cabeza del hombre de silicio que tenía delante había desaparecido, y que estaba a punto de caerle encima.

Por instinto, rodó lejos de él, esquivando por segundos las pinzas del muerto, temiendo instintivamente que le produjeran graves desgarros, y tal vez, incluso la muerte. Al mismo tiempo, se oyeron algunos disparos más, y luego el silencio. Durante un tiempo que no pudo precisar, no pasó nada. Entonces, y como parecía que la lucha había terminado, empezó a levantarse.

En ese momento, una mano enguantada, seguramente la del teniente Balmer, cogió la suya, y le ayudó a ponerse de pie. Iba a darle las gracias, pero oyó:

- ¿Estás bien? Realmente hemos llegado justo a tiempo.

Molesto por el tuteo de su subordinado, se dispuso a regañarle. Pero su mirada se posó en la sonrisa que destacaba en la cara que había detrás de la escafandra, y fijándose, se dio cuenta de que era la de su amigo, el capitán Jorge García.

CAPÍTULO 14

LA MÁQUINA

En cuanto se hubo repuesto de la sorpresa de ver allí a su mejor amigo, y mientras un grupo de soldados tomaba posiciones defensivas en el túnel, muchas preguntas se agolparon de repente en su mente. Tantas que no sabía por donde empezar. Notando la indecisión de su amigo, Jorge decidió iniciar la conversación:

- ¿Que, Alfonso, no tienes nada que decirme, con todo lo ocurrido, y después de haberte salvado la vida?

- Pues claro que si. Perdona, pero es que esta situación es tan inesperada, que no se que decir.

- No pasa nada, ya lo entiendo. Me imagino que sobretodo querrás saber como hemos llegado hasta aquí. Pues mira, poco después de nuestra última conversación, llegamos a la plazoleta esa que tu nos habías señalado, y tomamos el pasillo de la derecha, aquel de los muchos cables. Fue al poco de entrar en este que descubrimos un grupo de hombres de silicio en retirada, supervivientes de nuestro ataque, que parecían mirar en sentido contrario de donde estábamos, de donde provenía un ruido como de disparos.

Interrumpiéndolo, Alfonso remarcó:

- Eramos nosotros. Los hombre de silicio estaban a punto de fundir la puerta acorazada, y teníamos que hacer una salida para evitar una lucha en la sala de control, que posiblemente hubiese sido dañada, y teníamos que evitarlo a cualquier precio.

- Ya veo. Volviendo al tema inicial, estábamos en la aparición del enemigo. Rápidamente, los matamos a todos, y lo hicimos justo a tiempo, ya que uno de ellos estaba a punto de dispararte. Lo demás ya lo conoces. Por cierto, siento lo del cadáver. Estos bichos incluso son peligrosos después de muertos.

- Ya puedes decirlo….. Si no llega a ser por mis reflejos…. Pero vamos a lo serio. Me imagino que querrás ver la sala de control.

- Ah, si, es verdad. La famosa habitación de control que nos tiene tan intrigados, a mi, y al resto de los mandos del Zaragoza. ¿Estás totalmente convencido de eso que dices de que fue desarrollada por seres humanos?

- ¿Ah, conque no me crees? Pues sígueme, y ya verás.

Alfonso empezó a avanzar, mostrando cierta cojera, que no pasó desapercibida a Jorge. Este, preocupado por el estado de salud de su amigo, le señaló.

- Un momento. Espera un momento, que no te veo bien. Voy a avisar al médico, y que te examine, no sea que con todas estas luchas, te hayas roto una pierna, o te hayas torcido el tobillo. ¡Doctor, venga por aquí, por favor, que quiero que examine al capitán Ríos!.

En seguida, se destacó un soldado con una mochila bastante grande, que acercándose con decisión, hizo sentarse en el suelo a Alfonso, y le sometió a una batería de pruebas, de las cuales tal vez la más importante era revisar el estado de su musculatura y huesos. Cuando apretó el tobillo izquierdo, Alfonso se quejó, y en consecuencia, el doctor se concentró en esa parte del cuerpo. En poco tiempo, ya tenía el diagnóstico.

- Señor, tiene usted torcido el tobillo izquierdo, y le falta poco para un esguince. Le pondré una venda, para evitar un empeoramiento de la lesión, y le inyectaré una solución reparadora, para agilizar su recuperación. Espere media hora antes de moverse, para que haga efecto. Si es necesario, puede continuar trabajando, pero yo recomendaría que se retirase al Zaragoza, y se tomase un par de días de descanso.

- Muy bien. Pero sentémonos en las sillas de la sala de mandos, que estaremos más cómodos, y no perderemos tiempo.

- Como desee.

Y desplazándose de nuevo, entró en seguida en la sala de control, y se sentó en la primera silla que vio. Allá, mientras el médico lo atendía, observó como Jorge miraba boquiabierto todas las pantallas, y demás aparatos presentes en la habitación. Finalmente, le miró, y dijo.

- Pues tenías toda la razón. Esto es realmente muy interesante. Voy a hablar con el comodoro, y a ver que pasa.

A la vez que pronunciaba estas palabras, cogió el auricular de su aparato de radio, y lo conectó. Enseguida localizó la frecuencia correcta, y una vez estableció la comunicación, empezó a pronunciar su informe. Alfonso agudizó el oído para intentar captar la conversación, pero solo captó frases sueltas, del estilo de:

- Si, señor…..Eso creo, pero no estoy seguro…..Muy extraño, en efecto…..Como?…..Si, señor, se lo preguntaré en seguida…..No, de momento no hay peligro…..A sus órdenes…..Naturalmente, le informaré si hay alguna novedad….

En ese instante, el médico acabó la cura de urgencia, y poniéndose en pie, le volvió a recomendar que delegase el mando en otra persona, y que volviese al Zaragoza. El capitán no tenía la más mínima

intención de abandonar la exploración, pero había perdido el hilo de la conversación radiofónica, y cuando se pudo dar cuenta, Jorge ya había cerrado la conexión, y se dirigía hacia donde estaba sentado. Como temía que no le dijera nada agradable, decidió tomar la iniciativa.

- ¿Que, como ha ido? ¿Me ordenan regresar inmediatamente al Zaragoza?

- ¿Eh?, ¿Como?, No, no, por este lado no hay ningún problema. Lo que el comodoro me ha pedido es que me expliques todo lo que has descubierto sobre esta habitación.

- Pues mira, ha sido pura casualidad. Estábamos perdidos por los pasadizos, y decidimos que si seguíamos el pasillo con más cables, iríamos a parar a algún sitio, y efectivamente, así ha sido. No te imaginas el susto que nos llevamos con el fiambre, pensamos que era una persona viva.

Sorprendido por lo dicho por Alfonso, Jorge le interrumpió:

- Perdona, ¿pero que dices de un muerto?

- Ah, ¿es que no te has fijado?. Está sentado en ese sillón tan grande detrás mío, donde está el teniente.

Llevado por la curiosidad, el capitán García se acercó a donde le había indicado, y efectivamente allá se podía ver una momia. Iba a volver, cuando se fijó en que el teniente estaba manipulando unas extrañas inscripciones, a la vez que aparecían imágenes de pasadizos en una pantalla situada delante suyo. Todo intrigado, preguntó a Tinneo:

- Perdone, teniente, pero ¿le importaría decirme que está haciendo?

- Claro que no. Estoy acabando de probar todas las cámaras de la Base, a ver si encontramos algo interesante, ya que hemos tenido que interrumpirlo cuando nos han atacado los hombres de silicio.

- ¿Qué? ¿Pero como ha conseguido descifrar su funcionamiento?

- Pues ha sido una combinación de buena suerte, y de mis conocimientos del lenguaje de los “dioses”, que es en el que están escritos estos textos.

- ¿Lenguaje de los dioses? Supongo que es una broma, no.?

- ¡Me ofende usted, señor! Este lenguaje extraño nos fue enseñado por unos seres que mis antepasados tomaron por dioses, pero que…..

De repente, se quedó parado en medio de la frase, y observó muy fijamente la imagen que acababa de aparecer en la pantalla. Se podía ver una gran sala ocupada por unos extraños armarios rectangulares bastante altos, y hombres de silicio. Estos estaban haciendo algo en una de ellos. Extrañado

por esta maniobra, el teniente acercó el zoom, para intentar averiguar que había en su interior, siendo grande su sorpresa al descubrir que estaba totalmente vacío, destacando únicamente la capa cristalina que recubría todo su interior.

Cuando iba a cambiar de cámara, totalmente convencido de que fuera lo que estaba haciendo el enemigo, no tenía importancia, un destello iluminó la pantalla, y donde hacía unos segundos no había nada, se encontraba un gran cono metálico. No tardó mucho Tinneo en relacionar esa pieza con los conos de dedona que habían encontrado en el túnel. Inmediatamente, se giró para advertir al capitán Ríos de la noticia, pero se encontró justo detrás suyo la cara de Jorge García, que había empalidecido.

Como no respondió a la pregunta de si le pasaba algo, le zarandeó, hasta que al fin reaccionó:

- ¿Eh, que pasa? Déjeme en paz.

- Perdone, capitán, pero es que como se había quedado quieto, y no me respondía, me he preocupado. Pensaba que a la mejor se encontraba mal, y por esto le he sacudido, a ver si volvía en si.

- Gracias por su preocupación, teniente, pero no se trataba de eso. Es que me ha sorprendido tanto la visión de la máquina esa que fabrica dedona, que me he quedado sin palabras. Pero ya paso. Vamos a hablar con Alfonso, perdón, el Capitán Ríos, a ver que opina, y que cree que tendríamos que hacer.

En consecuencia, le comunicaron las noticias, y después de una corta reunión entre los tres oficiales, decidieron que dejarían una pequeña guarnición en el cuarto de control, y que el resto de la patrulla iría a investigar la presunta fábrica, y intentar descubrir todo lo que fuera posible sobre las máquinas que podían ver por la pantalla.

Una vez llegados a esta conclusión, y mientras Jorge procedía a dividir sus soldados en dos secciones, Alfonso comenzó a levantarse, con la obvia intención de formar parte de la expedición. El capitán García se percató en seguida de esta maniobra, y desplazándose a donde había sido atendido, le obligó a sentarse de nuevo, acompañando su acción con la siguiente argumentación:

- Alfonso, siéntate de nuevo, que tu no te mueves de aquí. Ya has oído lo que te ha dicho el médico sobre lo de que has de reposar.

- ¡Pero si ya me encuentro bien!. Además, ha dicho que solo tenía que quedarme quieto durante media hora, y que luego ya podía volver a hacer mi trabajo.

- Eso es solo la mitad de la verdad. Ya veo que has olvidado muy convenientemente que te ha recomendado que hagas reposo, si no quieres tener que pasar por el quirófano, donde seguro que irás a parar si continuas

con tu cabezonería. Alfonso, por favor, no insistas, que nos conocemos desde mucho tiempo.

- Insisto que me he recuperado perfectamente, y que estoy totalmente capacitado para mandar la patrulla.

- Por favor, deja tu tozudez a un lado, y escúchame. Mi intención es llevarme conmigo al teniente Balmer, para que me ayude a descifrar las inscripciones “divinas” - se le escapó una pequeña risa al pronunciar esta palabra, que fue contestada por una dura mirada de Tinneo -. En consecuencia, y como es posible que no volvamos, alguien tiene que quedarse aquí, a salvo, para volver al Zaragoza, si es necesario, y explicarlo todo.

>>¿Y quien mejor que tu para desempeñar esta función? Además, necesitamos soporte desde aquí, y tu puedes observarnos con las cámaras de control, y avisarnos de cualquier posible emboscada que nos puedan tender los hombres de silicio. También haré que se quede aquí el sargento Samson, para que puedas dialogar con él, y poner en común vuestros puntos de vista. ¿Que te parece?

Haciendo honor a su reputación de tozudo, Alfonso estuvo a punto de replicar, pero pensó detenidamente en las palabras de su amigo, y al final, se vio obligado a reconocer que aunque a él no le hacía la menor gracia, tenía razón, y que lo mejor para todos era que se quedase allí. En esta juiciosa decisión también influenció el descubrir que la fuerza que le impulsaba en su afán de causar el mayor daño posible a los hombres de silicio, era vengarse de las heridas que habían causado a Irene.

Así pues, y una vez solucionado este problema, en pocos minutos, el capitán Jorge, y el teniente Balmer, seguidos por veinte soldados, estuvieron listos para emprender la marcha. Tinneo estuvo unos minutos inspeccionando las pantallas, y al final apretó un botón. Al momento, se abrió una compuerta bastante separada de aquella por donde habían entrado, y que daba a un pasadizo iluminado, y tras un último instante de dubitación, desaparecieron por él, dejando solos al capitán Ríos y a la guarnición de la sala de control.

Durante los siguientes diez minutos, Alfonso dividió su tiempo entre controlar el avance de la patrulla por las pantallas, y escuchar de boca del sargento Samson todo lo ocurrido desde que ellos habían marchado de la habitación de la baliza. Aunque inicialmente le escuchó con gran atención, lentamente, debido sin duda a la forzada inactividad, y al cansancio y tensión acumulados durante las últimas horas, fue cayendo en un agradable estado de duermevela.

Después de un tiempo que no pudo precisar, percibió como unas manos le zarandeaban. A la par, le pareció oír una voz que venía de muy lejos, y que le llamaba. Cuando consiguió ser consciente del mensaje, pegó un salto, y gritó:

- ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Que nos atacan los hombres de silicio?

La primera reacción a su pregunta fue que el sargento Samson, que era quién le había hablado, se apartó ligeramente, asustado, a la vez que miraba a todos los lados. Pero en seguida se dio cuenta que no pasaba nada, y le respondió:

- Perdone que le haya molestado, pero es que el capitán García quiere hablar con usted, y parece que es urgente.

- ¿Como? ¿Es que ya han vuelto?

- Al contrario. En este momento, están a punto de llegar a la habitación de la "fábrica". Precisamente, es sobre eso que quieren hablar con usted.

- Naturalmente. ¿Me pasa los auriculares, por favor?

En seguida estuvo todo preparado para establecer la comunicación, y una vez el técnico le dio la confirmación, dijo:

- ¿Teniente Balmer, está ahí? ¿Que pasa?

- Capitán, necesitamos que nos haga un favor. Vaya al tablero de mandos, y miré la pantalla que señala el estado de las puertas.

- Si, ya la tengo. ¿Y ahora que quiere que haga?

- Coja el cursor que está al lado del teclado, y vaya recorriéndolas todas, hasta que encuentra una donde salga escrito…. Αεα3.

- Si, la encontré. ¿La selecciono, y aprieto el mismo botón que usted antes?

- Espere un momento, que nos preparamos.

- ¿Perdón? ¿Que quiere decir eso de que se han de preparar?

- Ah, es verdad. Aún no se lo he explicado. Estamos al lado de una puerta que va a dar a la sala de la "fábrica", y el número que le he dado es el identificador de la misma. Se trata de que en cuanto le avise, la abra. Entonces, podremos hacer un ataque por sorpresa, y capturar la extraña máquina esa que hace conos de dedona…Un momento, que esto casi está. Preparado, listo, ya!

Prácticamente al unísono, apretó el botón, y desviando la mirada hacia la pantalla aquella donde se veía la fábrica, observó como se abría una de las puertas que desembocaban a ella. Por el hueco, irrumpieron sus compañeros disparando a todo aquello que se moviera. Los hombres de silicio, totalmente sorprendidos, se vieron obligados a retirarse.

Pero en ese momento, llegó una patrulla, que seguramente había sido enviado para coger a los redentores por la espalda. En cuanto sus componentes comprendieron la situación, se unieron a la lucha, y esta se equilibró. Transcurrieron cinco minutos, y parecía que la lucha iba a

eternizarse. Repitiendo la táctica que tan bien les había ido en el anterior enfrentamiento, que había tenido lugar en el túnel principal, decidieron hacer uso de las granadas.

Inmediatamente se destacó un hombre, que se preparó a lanzar una granada de alto explosivo contra el enemigo, intentando a la vez no dañar a la máquina. Pero segundos antes de tirarla, el soldado resultó herido. Mientras caía al suelo, con sus últimas fuerzas, lanzó el proyectil. Pero se desvió fatalmente, y fue a parar cerca del aparato fabricador de dedona. A los pocos segundos explotó.

Todos los presentes en la sala de control que no estaban de guardia, absortos observando la batalla, aguantaron la respiración al ver estallar la bomba. Cuando el humo se disipó, se podían ver en el suelo algunos cadáveres de hombres de silicio, y la máquina aparentemente intacta. Aliviados, acabaron de ver como los últimos enemigos eran neutralizados. Pero empezaron a aparecer chispas alrededor de la máquina.

Al principio no parecía nada preocupante, y el especialista técnico empezó a estudiar como podían trasladarla. Pero en cuanto hizo su aparición el humo, y aquella vibración que lo llenaba todo, el capitán García ordenó una retirada limitada a una posición segura. Él fue el último en marcharse, una vez comprobado que no había ningún rezagado, y cuando casi había llegado a la puerta, finalmente la máquina explotó con gran estrépito, lanzando en todas direcciones trozos muy afilados de cristal, sin duda los restos de la cubierta interna de la máquina, que se había hecho añicos.

Jorge había sido catapultado por la fuerza de la explosión, pero únicamente resultó un poco conmocionado, y ya empezaba a recuperarse. Aunque la lesión no revestía ningún problema, no pudo moverse con suficiente rapidez cuando descubrió que uno de los vidrios volaba velozmente en dirección a su cuello. Teóricamente no había ningún peligro para su integridad física, ya que una escafandra de diamantina podía resistir perfectamente un impacto de estas características.

Pero un presentimiento le hizo desconfiar, y girando, se apartó hacia uno de los lados. Pero le fue imposible hacerlo suficientemente rápido, y aunque salvó la vida, el cristal impactó en su brazo derecho, a la altura del codo, y lo cercenó limpiamente, ante la mirada de espanto de Alfonso, que no comprendía como había sido posible.

Pero no era ese el momento de hacer preguntas, sino de moverse, ya que lo único importante era salvarle la vida. Los mecanismos anti-desangre del traje se activaron sin tardanza, y este cauterizó rápidamente el muñón con una emisión calórica que quemó la carne muerta, evitando así una perdida de sangre, que podría ser peligrosa.

A la vez que esto tenía lugar, el doctor se arrodilló enfrente del herido, y

mientras examinaba el estado de la herida, procedió con la administración de una inyección de morfina para el dolor. Pero en cuanto miró la cara del paciente, se dio cuenta de que no era necesario, ya que debido al agudo dolor que padecía a causa de la herida, y el shock derivado de la misma, no pudo resistir más, y se desmayó.

El médico continuó examinándole, y en cuanto acabo, y lo hubo estabilizado, solicitó la ayuda de dos soldados. Estos, mientras su comandante era atendido, se dedicaron a controlar la habitación, para prevenir un posible contraataque de los hombres de silicio. Pero en cuanto el doctor les llamó, y pidió el concurso de dos voluntarios que se ofreciesen a coger al capitán por los hombros, y pies, y moverlo con mucho cuidado en dirección a la sala de control, comprendieron que era la hora de retirarse.

En su nueva posición de comandante de la patrulla, el teniente fue el último en abandonar la sala. En esos momentos, se estaba llenando del humo producido por la máquina en llamas, pero aún había suficiente visibilidad para darse cuenta que además de la destruida, en la habitación se encontraban tres aparatos parecidos, aunque a juzgar por su estado deteriorado, dañados sin posibilidad de reparación.

Todo eso era muy interesante, pero en la situación actual, la opción más recomendable era la de retirarse, y por ella se decidió. Pero mientras se procedía con la misma, se juró a sí mismo, que en cuanto hubieran trasladado a los capitanes Ríos y García al Zaragoza, y hubiera presentado el informe del desarrollo de la misión, pediría refuerzos, y volvería con más hombres a continuar la expedición.

CAPÍTULO 15

DECISIONES VITALES

Alfonso esperó ansioso la llegada de su amigo, por quien estaba muy preocupado, aunque parecía que su vida ya no corría ningún tipo de peligro. Lo que más le molestaba era que como no podía moverse de la sala de control, no podía hacer nada por él. Por fin, después de veinte minutos de espera, recibió la voz del teniente Balmer en sus auriculares.

- Capitán Ríos, me recibe?

- Si, perfectamente. ¿Donde están ustedes?

- Ya casi hemos llegado. ¿Nos podría abrir la puerta, por favor?

- Naturalmente. A propósito, teniente, ¿como está el Capitán García?

- Perdone, señor. Entiendo que esté preocupado por él, pero ahora no es momento de explicarlo. En seguida lo verá, y podrá preguntárselo a él. ¿Nos ha abierto ya el paso?

- Espere un momento, que casi lo tengo…Listo.

Tan silenciosamente como había bajado, la puerta se elevó, y poco tiempo después, se oyó el ruido de pies moviéndose apresuradamente, y aparecieron diversas siluetas. Alfonso se fijó sobretodo en dos hombres que llevaban a otro cogido por las extremidades, y un tercero que les acompañaba. Supuso que se trataba de Jorge, y se dispuso a ir hacia la mesa de conferencias, donde seguramente lo depositarían.

Pero observó que el médico lo estaba atendiendo, por lo que decidió que lo mejor era no molestarlo hasta que acabase la intervención, y que ya tendría tiempo después de hablar con él. Además, el teniente Balmer acababa de entrar. Saludándole muy rápidamente, se dirigió a uno de los soldados que habían venido con él, y le ordenó:

- Sargento Lucas. Escoja cinco de sus mejores hombres, y avancen veinte metros por el pasadizo por el que acabamos de venir, hasta pasar la primera curva. Allí camúflense, y tomen posiciones defensivas, de manera que sea imposible verles. Esten atentos a cualquier cosa que venga, y avísennos si aparece alguna criatura de silicio, aunque solo sea uno solo, y neutralícenlo. En este último caso, si ven que la situación se vuelve insostenible, retírense luchando hacia aquí. ¿Ha comprendido todo lo que le he dicho?

- Si, señor, ningún problema. ¿Vamos ya para allá?

- Si, claro. Un momento, que se me había olvidado una última cosa. Dentro de dos horas, haré que les releven.

- De acuerdo. Ya nos avisarán.

Y girándose hacia los soldados que se habían sentado en el suelo, con la intención de descansar después de no haber parado desde que habían salido del Zaragoza, gritó:

- ¡Vamos, niños!. Poneos todos inmediatamente en pie, que esto no es una excursión campestre. Necesito cinco voluntarios que sepan camuflarse hasta en un césped recién cortado, para establecer una posición defensiva, y no me obliguéis a escogerlos yo, que ya sabéis como me pongo cuando me enfado.

Cinco soldados salieron rápidamente de entre las filas, consiguiendo que apareciera una fugaz sonrisa en el rostro del sargento, que aunque fue borrada enseguida, no les paso desapercibida. Y continuó hablando:

- Bien, bien, veo que en este hatajo de inútiles hay aún algún valiente. Seguidme. Los demás revisad vuestras armas, no sea que hayan sido dañadas como resultado de la explosión. Cuando acabéis, poneos a las ordenes del teniente Balmer. ¿Lo habéis entendido todo, o tengo que repetirlo?

Todos los presentes afirmaron haberlo comprendido todo. En consecuencia, el sargento, al frente de sus hombres, después de coger un par de ametralladoras ligeras, por si eran necesarias, de saludar al teniente, y decirle que podía confiar en él, y que cumplirían perfectamente la misión encomendada, conectaron los backs, y desaparecieron flotando entre las sombras.

Aprovechando aquella situación de extraña tranquilidad, Alfonso se decidió a abordar al teniente Balmer, y le comentó:

- Hola, Tinneo, ¿Que?, ¿Como te sientes al estar del mando de toda una compañía?

Sorprendido por lo que creía una recriminación de su superior, el teniente se puso instintivamente a la defensiva, y replicó:

- ¿Que pasa algo, capitán? ¿Que a lo mejor cree que he hecho algo incorrecto? En ese caso, señor, creo que lo mejor es que le devuelva el mando, y se encargue usted de decir las ordenes.

- No, no, si lo haces muy bien. Perdona si te he ofendido con mi pregunta, no era mi intención, al contrario, creo que te he de alabar por como te has portado. Si, señor, yo conozco muchos oficiales que no saben mantener la sangre fría tan bien como tu. En cuanto volvamos al Zaragoza, te recomendaré para un ascenso.

- Vaya, señor. Pues muchas gracias. También es cierto que he aprendido mucho de usted. Precisamente, querría preguntarle ahora que recomendaría usted que hagamos.

- Vamos a ver. Es evidente que tenemos que conservar esta sala de control, ya que desde aquí se puede dominar toda la zona. Pero tampoco tenemos que olvidarnos de la posibilidad que se produzca un contraataque, y que tenemos heridos, sobretodo el Capitán García.

>>Si no tienes nada en contra, comenzaría a prepararnos por si tenemos que retirarnos precipitadamente. Con esto quiero decir que mires por aquí, a ver si encuentras alguna pieza, o un libro que podamos llevar con nosotros al Zaragoza. Además, creo que no estaría de más que nos pongamos en contacto con el Zaragoza, para comunicarles todo lo ocurrido hasta ahora, y saber que planes están forjando para nosotros. ¿Que te parece mi idea?

- Me gusta. Si acaso, como se leer el lenguaje de los “dioses”, ya miraré yo a ver que podríamos coger. Mientras, usted podría encargarse de todo lo relacionado con las comunicaciones. ¿De acuerdo?

- Me parece bien. Hagámoslo así. Pero sobretodo no nos olvidemos de la momia. Estoy convencido que querrán estudiarlo en el laboratorio. Así que cojan una bolsa de esas para transportar cadáveres, y de las que seguro que debemos tener alguna, y métanlo dentro. Después déjalo en algún sitio donde no nos olvidemos de él cuando nos vayamos, tal vez la mesa de conferencias.

Mostrando su conformidad con lo expresado por Alfonso, el teniente pidió la ayuda de dos de los soldados que estaban desocupados, y entre los tres, empezaron a mirar con lupa todos los cajones de los muebles de la sala, las estanterías intactas, y aquellas que habían caído, sin duda debido a la corrosión, y el contenido de las cuales se había esparcido por el suelo.

Su esfuerzo se vio pronto coronado por el éxito, al encontrar un carpesano totalmente metálico, las hojas del cual habían resistido el paso del tiempo. Con infinitos cuidados, Tinneo lo cogió en sus manos, y con una especie de terror reverencial, procedió a hojearlo por encima, con lo que descubrió que, como suponía, estaba escrito en el lenguaje de los Dioses. Preguntándose si podría traducirlo correctamente, lo dejó en la misma mesa donde estaban atendiendo al Capitán García, y continuó con la búsqueda.

Mientras tanto, Alfonso estaba buscando la frecuencia que le permitía ponerse en contacto con el Zaragoza a través del repetidor del terrier. No tardó mucho en encontrarla, y dijo:

- Atención, Zaragoza, ¿me reciben?. Al habla el capitán Alfonso Ríos.

- Aquí el capitán Tilea, al mando del Zaragoza. El comodoro está conferenciando en este momento con el alto mando, y mientras vuelve, ya me ocupo yo de la operación ¿Como es que no está el aparato el capitán García?

- Ha resultado herido a causa de una explosión. Yo lo sustituyo al mando de la compañía.

- ¿Explosión? ¿Que quiere decir con eso de una explosión? ¿Es que han sido atacados, y han tenido que retirarse?

- No, al contrario. Ha sido en el transcurso de una exploración que han hecho a una sala donde se fabricaban conos de dedona. Debido a un tiro mal dirigido, la máquina que los creaba, ha explotado, y una pieza de cristal muy afilada ha atravesado el blindaje de su traje, y le ha cortado el brazo izquierdo por debajo del codo. Gracias a Dios, parece que su vida ya no corre ningún peligro.

- ¿Así que han encontrado una máquina que fabrica conos de dedona? ¿Que han podido averiguar de ella?

- Pues no mucho. Le explico. Era una especie de armario rectangular bastante alto con una especie de carlinga en su interior, con una cubierta de vidrio. Otro dato es que cada vez que se creaba un cono, venía anunciado por un destello luminoso. Desgraciadamente, como ha estallado, no sabemos exactamente como funciona.

- Ya veo. Al menos, ¿saben cuales eran las materias primeras a partir de las cuales se hacía la transformación?

- Pues ahora que lo comenta, me parece que no vi ningún agujero por donde entrara ninguna cinta con minerales. Tal vez se introducía directamente desde el subsuelo, pero tampoco puedo confirmar esta posibilidad. Pero no está todo perdido, ya que además de la que estaba en funcionamiento, la sala contenía otras máquinas parecidas, aunque a juzgar por su estado, y la capa de polvo que las cubría, hace mucho tiempo que no son utilizadas. Esto es todo lo que le puedo decir por el momento.

- ¿Y no pueden enviar una patrulla a recabar más información?

- No creo que sea posible. Como el capitán García estaba herido, y podrían haber más explosiones, se retiraron a la sala de control, donde estamos ahora. Seguramente, los hombres de silicio se deben estar preparando para atacarnos, y aunque hemos establecido posiciones defensivas, no creo que podemos resistir mucho tiempo a un verdadero asedio. Es por esta razón que le he llamado. ¿Que cree que tendríamos que hacer?

- Intentaré enviarles refuerzos para consolidar la posición. Pero mientras llegan, les agradecería que consiguiesen la máxima información posible. Utilicen la cámara de vídeo que está unida a la escafandra de los oficiales, y grábenlo todo. Naturalmente, intenten recuperar todas las piezas y especímenes que sea posible. ¿Me han comprendido?

- Perfectamente, Pero permítame hacerle una pregunta. ¿Qué hacemos con los heridos que tenemos?

- Ah, es verdad. Con todo lo que me ha dicho, ya no me acordaba. ¿Cree usted que el capitán García está en condiciones de ser trasladado?

- Supongo que si, pero tendría que preguntárselo al doctor. Él es quien tiene la última palabra. Si me permite un momento, le podré responder en seguida.

Dejando los auriculares, fue hacia donde estaba su amigo Jorge, que estaba dormido, bajo los efectos de un sedante contra el dolor. A su lado, se encontraba el médico, que una vez hubo acabado, estaba guardando de nuevo sus herramientas en los bolsillos de su escafandra, dispuestos a propósito. En cuanto notó que Alfonso quería hablarle, levantó la cabeza, y le comentó:

- ¡Ah, capitán Ríos!. ¿Como se encuentra usted? ¿Ya se ha recuperado del tobillo torcido? Ya que está aquí, déjeme examinarle, para evaluar como está ahora la lesión.

- Espere, doctor, por favor. Esta no es una visita de cortesía. Necesito saber como está el Capitán García, y si puede ser trasladado hasta un terrier. Es que tengo a la radio el Capitán Tilea, y necesita ahora la información.

- Naturalmente. Ningún problema. Mire, todo y que la herida es grave, aún hemos tenido suerte. El corte ha sido muy limpio, y ningún organismo patógeno ha infectado la herida. Uniendo a esto el hecho de que los mecanismos de protección del traje han sellado la parte intacta del brazo casi inmediatamente, la volemia no ha sido muy abundante, y ningún nervio vital, ni gran arteria o vena, han resultado afectados definitivamente.

>> Como conclusión, creo poder decir que su vida no corre ningún problema. Eso si, si quiere volver a usar el brazo izquierdo, necesitará que le instalen una prótesis. Si le interesa, yo conozco un cirujano que instala unas muy buenas, y que además dotan de fuerza suplementaria. Pero me estoy separando del tema de la conversación.

>> Usted me ha preguntado si puede ser trasladado. Yo no lo recomiendo, al menos durante las próximas horas, para dejar al organismo recuperarse del shock. Ahora bien, si se le deja flotar, y se le empuja con delicadeza, y lentamente, no creo que haya ningún problema. ¿Ha quedado satisfecha su curiosidad?

- Muchas gracias, doctor. Voy en seguida a comunicárselo a los mandos del Zaragoza. Ah, si quiere marcharse con el enfermo, y acompañarle por si se presenta alguna complicación, vaya preparándose, que no creo que se prolongue demasiado esta espera.

Satisfecho con las noticias, volvió a comunicarse con el Zaragoza, y les hizo llegar las nuevas. Se entero entonces de que el comodoro tenía órdenes para ellos. Se trataba de que en previsión de un futuro ataque de los hombres de silicio, cogiera a los heridos, y todo el material que habían podido

rescatar hasta el momento, y que acompañado de cinco hombres, se retirase hacia el Zaragoza.

Así, y aunque se perdiesen las comunicaciones con la sala de control, dispondrían de parte del material, que les serviría para elaborar una primera diagnosis de la situación, y decidir con conocimiento de causa cual era la mejor opción, entre todas las que se presentaban. A Alfonso, esto le parecía muy bien, pero no estaba nada conforme con ese nuevo intento de retirarlo del frente de combate. Desgraciadamente, todas sus protestas ante esta situación fueron inútiles, y al final tuvo que doblegarse al hecho de que por alguna razón, el comodoro, ya que la orden había surgido directamente de él, lo quería fuera de peligro.

Resignado al cumplimiento de las órdenes recibidas, comenzó a pensar en que podría llevarse con él, temeroso de que diría el comodoro, cuando se enterase de que se habían ido de patrulla desobedeciéndole, cuando una brillante idea apareció en su cerebro.

Si volvía con el cadáver del presunto dios, y una estupenda grabación de la habitación de mandos, y de lo que podía verse por la pantalla de televisión de la "fábrica" de dedona, seguro que se olvidaría de todo lo ocurrido, y incluso tal vez hasta lo felicitase. Siguiendo este razonamiento, fue a hablar con el teniente Balmer.

- Tinneo, necesito tu ayuda. El comodoro me ha ordenado volver en seguida al Zaragoza, con el capitán García, y toda la información que hayamos recogido hasta el momento. Tengo la intención de abrumarle, de tanto que vamos a llevarle. Seguro que cogemos la momia, y la grabación de vídeo. ¿Tienes tu algo más?

- Aún estoy en ello. Todo lo que mis hombres y yo hemos encontrado, está encima de la mesa. Como puede ver, de momento solo hay un par de carpesanos. No hemos encontrado nada parecido a un arma, o cualquier otro aparato….

Mientras estaba hablando, Tinneo había continuado buscando distraídamente con sus manos. Súbitamente, en medio de una gran cantidad de polvo, palpó una extraña caja metálica. Interrumpiendo la conversación, la cogió, y observó atentamente. No era muy grande, y parecía como si estuviera formada por dos partes. Enseguida encontró una pestaña, y al apretarla, el cacharro se abrió.

En cuanto Alfonso vio el resultado de esta maniobra, se asustó, porqué creía que el teniente la había roto sin querer. Estuvo a punto de preguntarle que había hecho, pero Balmer se le adelantó, y le tranquilizó diciéndole que no pasaba nada, que ese aparato estaba diseñado para ser abierto. Aliviado por la respuesta, se concentró en su estudio. Parecía como un ordenador portátil, de aquellos a los que estaba tan acostumbrado, pero casi no habían teclas, y

era más pequeño que cualquier que él conociera.

Pero lo que realmente importaba es que habían encontrado un trofeo más, que se uniría al botín que llevarían al Zaragoza. Mientras lo llevaba al montón, y se preguntaba como harían para transportarlo todo, se dirigió de nuevo al teniente.

- Buen trabajo. Continua buscando cualquier cosa, por nimia que sea. Y cuando hayas acabado, podrías volver al panel de control, y aprender todo lo que puedas de él. No se, graba todas las pantallas, escribe en una hoja el funcionamiento de todo lo que puedas comprender, ese tipo de cosas. Lo dejo a tu albedrío.

- De acuerdo, señor. ¿Volverá usted, o se quedará allá?

- Buena pregunta. No me extrañaría nada que me hiciesen permanecer allá, para que les explique con pelos y señales todo lo que nos ha pasado, y hemos descubierto. Pero tranquilo, que me ha dicho el Capitán Tilea que ha enviado refuerzos, que no cree que tarden mucho en llegar. Tengo la intención de llevarme conmigo media docena de soldados, incluyendo al doctor, para trasladar al herido, y el material que hemos recolectado.

>> En lo que se refiere a ti, y los hombres que se queden aquí, creo que lo mejor es que dispongáis posiciones defensivas en los accesos más cercanos a esta habitación, para resistir un asedio, en el caso, que yo no descartaría en absoluto, de que los hombres de silicio contraataquen. ¿Estás de acuerdo, o tienes algo que decir?

- Ningún problema. Espero que no sufran ningún incidente durante el camino. Si puede, llámeme en cuanto haya llegado a los terriers, y así sabré que todo ha ido bien. Y sobretodo, no se olvide de los refuerzos.

- Puedes estar tranquilo, que no os dejaremos en la estacada. Una última cosa. ¿Necesitas al sargento Samson, o puedo llevármelo conmigo?

- Claro que si. Y no se olvide de su tobillo. Tal vez no le duela, pero piense que se lo ha torcido, y que ha estado a tres pasos de padecer un esguince. Vaya con cuidado, que no quiero tener que ir a visitarle al hospital.

Refunfuñando, y dándole la razón al teniente, Alfonso se despidió de él, y fue hacia donde estaba el sargento Samson. Este, al ver que se acercaba, dejó aquello que estaba haciendo, y le preguntó.

- ¿Señor? ¿Ocurre algo?

- Me han ordenado que vuelva al Zaragoza con el capitán García, y todo el material descubierto que podamos llevar, sobretodo la momia del presunto dios. Le necesitaré a usted y cinco soldados más para el traslado. Usted que conoce más que yo el equipo con el que están equipados los soldados, ¿sabe como podríamos hacerlo para que sea lo menos incómodo posible?

- Pues una buena opción sería meterlo todo en una bolsa grande de aquellas de plástico, que tendría que tener el servidor de la ametralladora para almacenar la munición. Entonces, se les engancha a cada una un pequeño motor de dedona, que las haga levitar, y solo tenemos que empujarlas. Con el capitán, aún es más fácil. Le colocamos la armadura, y ella le hará flotar.

- Si, parece una buena idea. Encárgate tu de preparar el material mientras yo haré lo mismo con el capitán García.

Al momento, camino hacia donde estaba Jorge, que ya había recuperado la consciencia. Al darse cuenta de este hecho, señaló.

- Hombre, el bello durmiente ya se ha despertado. ¿Que? ¿Como te encuentras? ¿Te ves capaz de moverte?

- Pues mira, dejando de lado que he perdido la mitad de mi brazo izquierdo, estoy preparado para esa cena que hace un par de meses que tenemos pendiente. Pero no podremos volver a jugar a bolos.

- Bah, por eso no te preocupes. Ya he hablado con el doctor para que te implanten una prótesis, y en poco tiempo podrás usar de nuevo el brazo. Además, parece que será mejor que el viejo. No hay mal que por bien no venga. Pero vamos a lo serio, vamos a llevarte de vuelta al Zaragoza, y yo te acompañaré.

- Alfonso, lo siento mucho. Por culpa mía, has tenido que abortar la misión.

- Anda ya, que dices. No te preocupes por eso, que no ha sido culpa tuya. Al contrario, con tu agilidad mental, has descubierto el peligro en seguida, y has salvado la vida de tus hombres.

Fue entonces que el sargento, después de pedir permiso para interrumpir la conversación, dijo:

- Señor. Está todo listo. Cuando quiera, nos ponemos en marcha.

- Si, vamos para allá. Vamos, Jorge, ponte de pie, que nos largamos. Aúpa.

Conectando su armadura, el capitán García se pudo levantar con facilidad, y una vez el médico le puso lo que le quedaba del brazo en trabestillo, se colocó en medio de la columna que se acaba de formar. Por detrás suyo, habían dos soldados más, uno con el material recogido, y el otro con la momia. Finalmente, se situaron en los extremos el resto de la patrulla con funciones de escolta.

Colocados de esta guisa, y después de despedirse de sus compañeros que se quedarían defendiendo la posición, se deslizaron a través de la salida, y desaparecieron en el dédalo de túneles que horadaban aquella zona de la corteza de Redención.

CAPÍTULO 16

REGRESO AL ZARAGOZA

Como llevaban más peso del normal, y uno de sus componentes estaba herido, la columna avanzaba más lentamente que en un caso normal. Pero su velocidad continuaba siendo aceptable, y en poco tiempo llegaron a la rotonda donde desembocaba el pasadizo que llevaba directamente al túnel por donde habían llegado los refuerzos. Allá, Alfonso mandó hacer un descanso, y se acercó a Jorge, a quien le preguntó.

- ¿Que? ¿Como va eso? ¿Aguantas bien este ritmo de avance, o necesitas ayuda? No temas, que no me enfadaré. Lo más importante es que llegues sano y salvo. No pasa nada si tardamos una hora más de lo normal. Así que, ¿cómo estás?

La respuesta fue fulminante:

- Me encuentro perfectamente. De acuerdo que me han cortado un brazo, pero he perdido poca sangre, y gracias al tratamiento que me ha administrado el doctor, ya no me duele la herida. ¡Así que déjame de tratarme como un invalido, que soy totalmente válido para moverme sin ningún tipo de ayuda!, ¿de acuerdo?

- Vale, vale, no hace falta que te enfades. Estaba preocupado por ti, pero ya veo que no hace falta. Cuando quieras, continuamos la marcha.

- Vamos allá.

- Un momento, que me he dado cuenta que hay más de una salida, y ahora no recuerdo cual es la correcta. Es que como cuando vinimos en sentido contrario, íbamos corriendo, porqué creíamos que nos perseguían, no me fije mucho por donde pasábamos. Así que, ¿serías tan amable de decirme cual es el túnel que hemos de seguir para volver donde el Terrier?

- Naturalmente, aunque menudo guía estás hecho. Y pensar que querías que confiase en ti. Aún habríamos ido a parar al centro del planeta. Vamos a ver… Si no me equivoco, es el que está más a la izquierda. Si, ese es.

- Pues en marcha.

De nuevo conectaron los backs, y continuaron con el avance. Cuando estaban cerca de la habitación por la que habían entrado al laberinto, Alfonso captó sonidos parecidos a los producidos por una feroz batalla. De repente, se

extinguieron, y fue el hecho de no oír ningún ruido proveniente del túnel principal, donde habían dejado unos soldados para que defendiesen el cruce, lo que le puso en guardia. Así, que como medida de protección, y mientras no descubrían que pasaba, ordenó a los otros miembros de la partida, que se parasen, y se aprestasen para la lucha.

Una vez se consiguió esto, dirigiéndose hacia el sargento Samson, le pidió que conectase la radio, y intentase entrar en contacto con los compañeros de la encrucijada, a ver si conseguía localizarles. Eso hizo, y después de cinco minutos de intentos fracasados, al fin surgió una voz por el altavoz.

- Aquí el sargento Soler, perteneciente a la tripulación del terrier E21. ¿Con quien hablo?

- Soy el sargento Samson. Formo parte de la fuerza de rescate al mando del capitán García.

- Hombre, ya era hora que volvieran. Ya empezábamos a pensar que habían sido emboscados por los hombres de silicio, y estaban todos muertos.

- Pues ya ve que no. A propósito, ¿que ha sido todo ese follón que ha roto el silencio de estos túneles hasta hace unos minutos?

- Ah, claro, ustedes no lo saben. Se ha producido una contraofensiva de los hombres de silicio, pero hemos podido rechazarla. Precisamente ahora estamos atendiendo a las bajas. Ahora, que lo pienso, ¿como es que se han enterado?

- Es que estamos a solo cincuenta metros de su posición. Nos hemos asustado, y hemos decidido pararnos hasta aclarar la situación. En cinco minutos, nos tendrán allí. Sobretodo, intenten controlar la situación, al menos hasta que hayamos pasado, que llevamos un herido, y unas muestras muy interesantes.

- Pueden estar tranquilos, y venir hacia aquí. En estos momentos, no hay ningún peligro. Les esperamos ansiosamente, que tengo curiosidad de saber que han encontrado. Hasta ahora. Corto y cierro.

Una vez aclarado el origen de los ruidos, y disipadas sus dudas, continuaron moviéndose. En seguida llegaron a los restos de aquella puerta que el teniente Balmer había volado, y atravesándola, desembocaron en la antecámara. Allá, impulsado por un presentimiento, y delante de sus compañeros, extrañados por su maniobra, volvió a conectar la radio, para asegurarse que no había ningún peligro en el túnel. Enseguida recibió la confirmación, y aunque continuaba teniendo una sensación como de peligro, decidió que era seguramente por la tensión producida durante las últimas horas, que aún no se había desvanecido.

Así pues, volvió a dar la orden de avanzar, y en seguida llegaron al túnel principal, donde se sorprendió por el estado en que se encontraba. La vista

que se ofrecía delante de sus ojos era realmente dantesca, y daba una idea de la crudeza de los combates que se habían desarrollado allí recientemente. El suelo estaba lleno de restos de hombres de silicio, algunos de los cuales estaban debajo de vehículos destrozados.

Alfonso miró por encima los restos de la batalla. Cuando casi había acabado, se fijó en un extraño trípode que estaba encima de una de los famosos vehículos orugas que habían formado el grueso del ejercito siliceo en la época de los primeros colonizadores. Le sonaba de algo, por lo que se acercó, con la esperanza de que al observarlo más detenidamente, pudiera identificarlo.

El Sargento Soler, sorprendido por la actitud de su superior, que nada más llegar al túnel, se había dirigido a examinar uno de los coches de los hombres de silicio, se le acercó, y le preguntó:

- ¿Que puedo ayudarle en algo, capitán?

Asustado por la repentina e inesperada interrupción, Alfonso tardó unos segundos en reaccionar. Pero al fin lo hizo, y replicó:

- Pues ahora que lo dice, creo que si que me podrá ayudar. ¿Recuerda para que servía el trípode montado en lo alto de este vehículo? Es que juraría que he visto antes una arma parecida a esta, pero no consigo descubrir su utilidad.

- Si quiere que le diga la verdad, no lo se. Verá, cuando nos atacaron, lo primero que destruimos fue todo aquello parecido a un tanque, y creo que este en particular no llegó a disparar. Y ya que estamos en esto, ¿que le parece todo el lío que hemos montado? ¿Le parece a usted normal que nos hayan atacado con tanta furia? Y sobretodo, ¿no decían que estaban acabados, y que si quedaba alguno con vida, estaría en un estado totalmente paupérrimo?

- Tiene usted toda la razón. Mucho me temo que les hemos subestimado, y que han conseguido sobrevivir como nación. Gracias a Dios, les hemos descubierto a tiempo, y podremos desarticular la operación, antes de que crezca demasiado como para suponer un serio peligro.

Mientras se desarrollaba esta conversación, los miembros de la patrulla que había acompañado al capitán Ríos, dejaron al lado de la pared las muestras que llevaban con ellos, y se acercaron a sus compañeros que se habían quedado de guardia en el túnel. El capitán García tenía la intención de hacer lo mismo, cuando se encontró mal de repente, y tuvo que sentarse en uno de los destrozados coches, donde fue atendido por el médico.

Rápidamente, establecieron animada conversación sobre todo lo que había pasado desde que se separaron. Pero aunque el ambiente se relajó considerablemente, aún había soldados haciendo guardia, y dos operadores controlando uno el radar, y otro el detector de proximidad. Transcurrieron cinco minutos de total tranquilidad, que no contribuyeron a que Alfonso se

tranquilizase. En su interior, continuaba habiendo algo que le avisaba que había peligro, y que se fuera de allí lo más pronto posible.

Como esa sensación no solo no cesaba, sino que cada vez era más fuerte, se decidió por comentárselo al sargento Samson. Este le escuchó atentamente, ya que aunque personalmente no sabía que creer, en el Zaragoza eran famosas las corazonadas del capitán Ríos, que siempre acertaba en sus predicciones. Además, sus muchos años de experiencia, sobretodo cuando la Guerra de los Atolones contra los rebeldes absolutistas, llamados así por su intención de derribar la República, y instaurar una monarquía absoluta, le habían enseñado que una calma tan absoluta como la presente, en esas condiciones, normalmente acostumbraba a ser presagio de un ataque

En consecuencia, se declaró de acuerdo con la opinión de su superior, y mientras este se dirigía hacia donde estaba sentado el capitán García, se dispuso a poner a punto de nuevo para el avance, a los soldados que formaban parte de su patrulla, y les gritó:

- ¡Vamos! ¡Todos en pie! ¡Ya se acabo el descanso! Mira que sois delicados, ¿eh? Unas horas de campaña, y ya no os aguantáis de pie. Venga, que hemos de ponernos de marcha de nuevo. Un esfuerzo más, y en seguida volveremos al Zaragoza, y allí podréis dormir todo el tiempo que queráis.

Todo y algún amago de protesta, los cinco hombres empezaron a levantarse, y recoger sus armas, que habían dejado apoyadas contra el muro. De repente, un pitido muy agudo empezó a oírse, y todos se miraron extrañados, haciéndose las más peregrinas conjeturas sobre su origen. En cambio, el sargento Soler, que ya parecía saber que era lo que pasaba, corrió muy alarmado hasta donde estaba el operador del radar, y una vez llegó, le preguntó:

- ¿Que demonios está pasando? ¿Es otro ataque, o son los nuestros?

La respuesta no se hizo esperar, al contrario, llegó fulminante, y cayó como una losa sobre el ánimo de los allí presentes:

- Algo viene hacia aquí muy rápidamente. Espere un momento, a ver si lo identifico… ¡Todo el mundo al suelo!

Alfonso, que estaba conversando con Jorge, se quedó todo extrañado al oír la frase, y empezó a girarse para ver la reacción de los soldados. Pero no tuvo tiempo de completar la maniobra, ya que la onda expansiva de una insospechada explosión le echó al suelo. Rápidamente se puso en pie de un salto, miró en la dirección de donde había llegado el sonido, y quedó horrorizado al descubrir que el techo de la sección del túnel donde estaba la entrada del pasadizo que llevaba a los terriers estaba considerablemente agrietado.

No parecía haber ningún herido, pero un horrible crujido resonó en sus

oídos, y sin poder hacer nada para evitarlo, excepto avisar a sus hombres que salieran corriendo de allí, fue testigo de como el techo se vino abajo envuelto en un gran estruendo, y una inmensa nube de polvo, que en pocos segundos ocupo todo el túnel. Instintivamente, y en previsión de que el hundimiento fuera el principio de un ataque de los hombres de silicio, se hecho al suelo, y allí permaneció durante unos minutos.

Pasados estos, y al no oír ninguna detonación, volvió a ponerse de pie, constatando que el polvo ya se había posado, y que delante suyo, en lugar de la entrada a un túnel, había un montón confuso de piedras, debajo de las cuales podían adivinarse algunos brazos y piernas. Ante ese panorama, temió en un primer momento que se había quedado solo y aislado en territorio enemigo, pero lentamente vio incorporarse las siluetas de aquellos soldados que habían sobrevivido.

Dirigiéndose hacia estos, llamó al médico para que atendiese a los heridos, en caso de que les hubiera. También intento entrar en contacto con los sargentos Samson, y Soler. Pero aunque el primero respondió en seguida, le fue imposible hablar con el segundo. Recordó entonces que la última vez que lo había visto, estaba al lado de la abertura, por lo que lo más probable es que estuviera muerto, junto a la mayoría de sus hombres.

En esos momentos, lo más importante era reunir todos los hombres válidos, y buscar una solución a la situación donde estaban. Esta era bastante grave, ya que la salida estaba bajo toneladas de rocas, y era inútil intentar moverlas. Tal vez incluso se hundiese todo el techo. Como esa opción quedaba entonces descartada, tendrían que buscar otra ruta de salida, pero no se le ocurría ninguna.

Fue justo cuando empezaba a invadirle una sensación de desesperanza, que recordó que la vez que Irene y él habían accedido a los túneles, habían visto pasar unas furgonetas que transportaban topos. Eso quería decir que por allí había un acceso al cruce donde había empezado todo. Ya más animado, se dispuso a llamar al sargento Samson, para comunicarle sus intenciones, y que preparase a los hombres.

Encendió la radio, pero no tuvo tiempo de hablar, ya que se encendió el piloto que indicaba que alguien quería entrar en contacto con él. Sorprendido, y sospechando que tal vez se tratase de algún soldado que se había quedado al otro lado del derrumbe, respondió:

- Aquí el capitán Alfonso Ríos. ¿Con quien hablo?

- ¡Capitán, soy el teniente Balmer.! ¡Nos están atacando fuerzas inmensamente superiores a las nuestras! ¡Necesitamos ayuda inmediatamente!

- ¿Que? ¿Que es eso de que les están atacando? ¿Que no se estaban preparando para algo así?

- Ha sido de repente, y el avance ha sido tan rápido, que los hombres de la posición destacada casi no ha tenido tiempo de avisarnos, antes de que les matasen a todos. Hemos podido cerrar la puerta, pero no creo que aguante demasiado sus ataques. Necesitamos ayuda desesperadamente.

- Pues me temo que no podemos ayudarlos, al menos no inmediatamente. También nos han atacado a nosotros, y han hundido el acceso al pasadizo que conduce a la sala de la baliza. Así pues, en este preciso momento, estamos aislados, sin posibilidad de comunicarnos con el exterior. Ahora vamos a buscar otra salida, pero podemos tardar bastante en encontrarla. En estas condiciones, no podemos ayudarles. Lo siento.

- ¿Como que lo siente? ¿Es que no lo entiende?. Si no…..

En ese instante, se oyó a través de la radio un silbido agudo parecido al del metal al rojo vivo metido en un cubo de agua fría, y Tinneo dejó de hablar. Pero su voz continuó llegando, y Alfonso fue testigo por segunda vez de un enfrentamiento, sin poder hacer nada por los suyos. En esa ocasión, toda la información que le llegaba era sonora, pero ya le bastaba para hacerse una idea de la situación.

- ¡Ya están aquí! Disparad, muchachos, que no quede ni uno. Tenemos que evitar a cualquier costa que se posesionen del cuarto de control….¿Que es eso? ¡No puede ser!.

Siguiendo a esa exclamación, de nuevo volvió a hablarle, aunque con el tono de una persona muy nerviosa.

- Capitán, capitán. Al fin he descubierto para que sirven esos trípodes con un cilindro encima que vimos en la pantalla hace un rato. No se lo creerá, pero es un…CCCRRRRR.

La interrupción en la comunicación casi saco a Alfonso de quicio. Durante los siguientes minutos, intentó restaurarla de nuevo, pero fue inútil, y al final tuvo que renunciar. Solo su sexto sentido le hizo desistir de su intención de correr hacia la sala de control, y tras dura lucha interna, consiguió tranquilizarse. Entonces, el primer pensamiento que le pasó por la cabeza, fue que si les habían atacado, era probable que a ellos les pasará lo mismo.

La conclusión a la que acababa de llegar, le alarmó aún más de lo que ya estaba, y se puso en contacto con el sargento, para decirle que ordenará inmediatamente a los soldados validos que se preparasen para la marcha. Le dijo que sobretodo no se olvidará de las muestras, y que los hombres ilesos ayudasen a los heridos. Él mismo fue a donde estaba Jorge, y le hizo ponerse de pie, a la vez que le urgía para continuar el camino.

La orden llegó realmente en el momento justo, ya que un minuto después, cuando casi todos ya estaban listos, se oyó el familiar ruido de un número

bastante considerable de vehículos orugas que se acercaban a bastante velocidad. Rápidamente, Alfonso ordenó que mientras los soldados heridos y los cargados empezasen la marcha, los demás cogiesen posiciones defensivas, para intentar frenar el avance enemigo, que a juzgar por lo fuerte que se oía, era muy numeroso, y las posibilidades de rechazarlo eran nulas.

Esa sensación quedó pronto corroborada, ya que casi sin tener tiempo de prepararse, aparecieron por el túnel tres vehículos acorazados con esos extraños trípodes, y el cilindro encima de ellos. En cuanto estuvieron suficientemente cerca, dio la orden de disparo, y una verdadera cortina de fuego salió disparada hacia el enemigo. Dos de los "tanques" volaron en pedazos, pero el tercero replicó.

Al ver esto, Alfonso pensó que al menos ahora podría saber cual era su uso, aunque pocos segundos después, deseó no haberlo descubierto nunca. Tal temor fue debido a que se trataba de una ametralladora atómica, cuyos proyectiles empezaron a destrozar metódicamente las posiciones defensivas, y todo lo que había detrás. Antes de que el capitán, visto la inutilidad de mantenerse allí, diera la orden de retirada, ya habían sido literalmente hechos pedazos tres de sus hombres.

Empezaron a correr como alma que lleva el diablo, pero las balas les perseguían, y Alfonso comprendió en seguida que si no lo destruían, los cazarían a todos como patos de feria. Como el tiempo era vital, y no había tiempo de ordenárselo a ninguno de sus subordinados, posibilidad que además no le hacía la menor gracia, decidió encargarse él de la misión. Con este objeto, al llegar a una curva que les proporcionó una pasajera cobertura, pidió al sargento Samson, que llevaba un pequeño mortero en la parte inferior de su fusil, que le cambiase el arma, y que por si no volvía, le encargaba que hiciese llegar al Zaragoza las muestras que transportaban.

Aunque no comprendía muy bien para que lo quería, el sargento consintió en el intercambio de fusiles, y una vez recibió las instrucciones, y antes de que tuviera tiempo de replicar, vio como el capitán Ríos se dirigía a las líneas de los hombres de silicio. Su primer impulso fue el de ir a cubrirle, pero recordó las ordenes que acababa de recibir, y contra su voluntad, reconoció que era su deber continuar hacia la superficie. Pero su conciencia le decía que no estaba bien que abandonase a su superior a una suerte incierta, y continuó dubitativo sin decidirse por que hacer.

Mientras todo esto pasaba, Alfonso fue corriendo hasta un montón de piedras que habían caído del techo, y que le proporcionaban cierta cobertura. Allá cargó el mortero con un proyectil antitanque mientras preparaba dos más para utilizarlos en caso de que el primero fallara, y se agachó, para ofrecer el blanco más pequeño posible. Estuvo aproximadamente un minuto en esa posición, hasta que por fin vio acercarse el cañón autopropulsado, y una hueste bastante numerosa de hombres de silicio, armados con lo que parecían

burdas copias de sus fusiles atómicos.

Aunque estaba embargado de una gran tensión, pudo mantener el suficiente ánimo como para apuntar, y que no le temblasen las manos. Esperó unos segundos hasta que el enemigo se acercase lo suficiente como para ocasionarle el máximo daño posible, tanto al cañón, como a las tropas de infantería que se desplazaban a su altura. Llegado el momento, apretó el gatillo, y el cohete de color rojo y amarillo salió disparado describiendo una perfecta parábola contra el techo negro, y cayendo ligeramente desviado.

Alfonso masculló una maldición, pero en seguida vio que no todo se había perdido, ya que aunque el vehículo había resultado intacto, parte de su escolta había saltado por los aires, ocasionando una gran confusión. Aprovechando la ocasión, y antes de que tuvieran ocasión de recuperarse, recargó el mortero y después de corregir ligeramente el ángulo de tiro, disparó otro obús. Este si que acertó, envolviendo el cañón y su dotación en llamas.

Pero, aunque herido de muerte, y por alguna extraña razón desconocida, disparó espasmódicamente una última bala, que fue a parar al techo, prácticamente encima de donde estaba apostado Alfonso. En cuanto oyó el crujido que hacía el bóveda, se apartó rápidamente, pero aunque evitó ser sepultado, no pudo sortear la caída de una roca que impactó en su cabeza, causando su desmayo fulminante.

El Sargento Samson, que desoyendo las advertencias del capitán Ríos, se había quedado en las cercanías, preparado para cubrirlo en la retirada, si fuera necesario, o ayudarlo si resultaba incapacitado, se alegró de su previsión, otra de las rutinas adquiridas como fruto de largos años de experiencia, y fue corriendo hacía donde había caído su superior.

Una vez allí, y sorteando los disparos de los hombres de silicio supervivientes del bombardeo, recogió del suelo el fusil caído, y cargando la última carga, disparó contra ellos, aniquilándolos totalmente. Solo entonces, y una vez comprobado que ya no había ninguna amenaza, se agachó al lado de Alfonso, y le examinó. Si bien su vida no corría peligro, existía el peligro de que padeciese una conmoción cerebral, que sino era tratada con presteza, podía ser grave.

Al menos parecía que únicamente estaba semi-insconciente, así que le ayudó a levantarse, y haciendo que se apoyará en su hombro derecho, se colgó en bandolera el fusil por el otro, y empezaron a caminar en la dirección en que se había dirigido el resto de la escuadrilla, que a esas alturas ya podían estar bastante lejos.

Pero realmente, éstos, en cuanto se dieron cuenta de que ya no les perseguían, y que habían perdido al capitán Ríos, y el sargento Samson, bajo el mando del capitán García, que todo y su grave herida, había recuperado plenamente sus facultades mentales, decidieron esperarlos un tiempo

prudencial, no fuera que se perdiesen. En unos pocos instantes, volvieron a estar todos reunidos, y reemprendieron la marcha.

Cuando un tiempo después, y una vez recuperado, Alfonso fue interrogado sobre este aspecto de la expedición, se vio obligado a reconocer que sus recuerdos sobre ese período eran bastante nebulosos, ya que la lesión cerebral había afectado a sus sentidos. Únicamente recordaba el caminar durante bastante tiempo apoyado en alguien, hasta llegar a un derrumbe reciente que bloqueaba el camino. Entonces le depositaron con cuidado en el suelo, de donde no se movió. Poco después, le pareció ver el muro derrumbarse, y de repente, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 17

EL HOSPITAL

Cuando de nuevo volvió en si, estaba acostado en una cama de la enfermería del Zaragoza, y un vendaje cubría su cabeza. Lo primero que vio fue una figura borrosa a la cabecera de la cama, que le preguntó.

- Hombre, ya hora que se despertara. Ha estado durmiendo durante tres días seguidos. ¿Como se encuentra ahora? ¿Nota que le duele algo, o encuentra que experimenta alguna cosa que no es normal?

Se concentró en su cuerpo, para descubrir si había algo que le doliera. Lo único que encontró fue un cierto dolor de cabeza, y el hecho de que tenía la vista borrosa. Así se lo comentó, preocupado por si tuviera una lesión permanente, y se viese obligado a dimitir del ejército. Gracias a Dios, la respuesta del doctor le alivió.

- Así que sólo le pasa eso. Perfecto. Sobretodo no tiene que preocuparse por lo de la vista, que es normal en los casos de conmoción cerebral, lo mismo que el dolor de cabeza. Ambos irán mejorando durante los próximos días. Le recetaré unos antiinflamatorios para la cefalalgía, y el resto ya se curará por si solo. Ahora bien, si lo considera necesario por que le duele demasiado, puedo hacer que le administren un calmante.

- No hace falta, muchas gracias. Una pregunta, doctor. ¿Cuando cree que podré volver a mis deberes militares?

- ¿Perdón? ¿Como dice? Ah, claro, es verdad. Usted no lo sabe. Le han concedido un permiso especial de un mes, como primer premio a los servicios prestados, para que se recupere de todas sus heridas, en el Balneario de San Juan, en la Sierra Maestra. Pero si lo que me pregunta es cuando abandonará la enfermería, yo calculo que en tres días más ya le podré dar en alta. Si no tiene ninguna pregunta, me retiraré, que otro paciente, creo que amigo suyo, me espera para que le de el alta. Ya volveré por la tarde.

- Hasta luego.

Una vez se hubo quedado solo, y como no tenía nada más que hacer, se dedicó a mirar la habitación donde estaba. Esta era la típica habitación de hospital blanca, con una cama enmedio, un sofá, un sillón, un armario, una mesa con un ordenador encima, un aparato de televisión, y una mesilla al lado del lecho. Buscando en su cajón, rápidamente encontró el mando a distancia

de la tele, y la conectó.

Miró por encima todos los canales a los que podía acceder, pero entre que no había ninguno que le interesará especialmente, y que debido a su visión borrosa, tenía que esforzarse mucho para poder descifrar las imágenes, lo que resultaba muy cansado, decidió apagarla. Se preparo para una aburrida mañana, o tarde, ya que no había reloj en la habitación, y no sabía que hora era.

Pero el destino no lo quería, y a los pocos minutos de apagar la tele, entró una enfermera con una bandeja en la que podía verse un dos frascos de pastillas, y un vaso de agua. La dejó en la mesilla del lado de la cama, y dijo.

- Buenos días, capitán Ríos. ¿Como se encuentra hoy?

- Hombre, pues con la cabeza que me da vueltas. Por lo demás, me encuentro perfectamente.

- Ya lo me ha comentado el doctor. Esta es precisamente la razón que me trae aquí. Supongo que ya se habrá fijado en que le traigo dos botes de pastillas. Bien, las blancas con rayas amarillas son antiinflamatorios para su cabeza. Una cada seis horas, y ya verá como en seguida se encontrará mejor. El otro pote, el de las rojas, contiene un calmante, por si el dolor se vuelve insoportable. Úselas sólo si es absolutamente imprescindible, y sobretodo, no se tome más de una cada cuatro horas, que sino se puede intoxicar. ¿Me ha comprendido?

- Pues creo que si. ¿Pero como lo haré para saber que hora es, si aquí no hay aquí ningún reloj?. Además, como parece que he estado durmiendo tres días, y aquí no hay ventanas, no se en que momento del día estamos. ¿Me lo podría decir, por favor?

- Naturalmente. Son las diez de la mañana. Ahora que lo pienso, usted no ha comido nada. ¿Quiere que le traiga el desayuno?

Alfonso se dio cuenta en ese momento que el estómago le rugía más que un león en celo, así que se apresuró a responder afirmativamente.

- Pues claro que quiero comer algo. Tengo mucha hambre. Enfermera, ¿además de la comida, y un reloj para la pared, me podría traer una radio para no aburrirme mientras no mejore lo suficiente de la vista como para poder conectarme a la red, o ver la televisión?

- No creo que haya ningún problema para satisfacer sus deseos. En unos minutos, volveré con todo. Sobretodo no se olvide de la pastilla. Hasta ahora.

Despidiéndose, la enfermera salió de la habitación, dejándole solo. Alfonso se tragó la pastilla, y espero unos minutos, a ver si hacía efecto, y mejoraba su vista. Al final, decidió encender de nuevo la televisión, para ver si ya podía captar las imágenes. Fue entonces cuando la puerta se abrió, y

aunque estaba mirando en sentido contrario de donde estaba, unos pasos le indicaron que alguien había entrado. Convencido que era la enfermera, que ya había vuelto, dijo.

- Señorita, ya puede dejar la comida en la mesilla, que me la comeré en seguida. ¿Ha encontrado el reloj que le pedí?

La respuesta fue cualquier cosa, excepto la que él esperaba, sobretodo debido a su tono extrañamente masculino.

- Alfonso, debes estar aún peor de lo que me han dicho los médicos que estabas, si me confundes con la enfermera. ¿O es que no puedes dejar de pensar en cierta persona que tú y yo conocemos, y crees que todos los que entran, son ella?

Aunque totalmente sorprendido, reconoció enseguida el propietario de la voz que se le había dirigido. Pero su cerebro le decía que no podía ser, que como mínimo tendría que estar en cuidados intensivos. Igualmente, se giró, y se quedó aún más extrañado al ver delante suyo al capitán Jorge García, vestido con el uniforme de descanso, y sonriendo de forma estúpida. Además había en él algo extraño que no acababa de precisar, y en que su deficiente vista, aunque ya había mejorado un poco, no contribuía a descubrir.

Obligando a su perezoso cerebro a pensar en todo lo que había pasado durante los últimos días, desde que él y la teniente Llosa, de la que por cierto tenía que preguntar como estaba, habían descubierto los hombres de silicio, al final recordó como aquella extraña substancia vítrea le había cortado el brazo derecho a la altura del codo. Eso era lo que le llamaba la atención, ya que forzando la vista, constató que el hombre que tenía delante, estaba provisto de ambas extremidades.

Se dispuso a preguntarle como era posible, pero Jorge, fijándose en la mirada asombrada de su amigo, y adivinando su pregunta, se le adelantó.

- ¿Que, Alfonso? ¿Que te parece mi nuevo brazo? ¿Me ha quedado bien, verdad? A partir de ahora, nunca más podrás volverme a ganar con un pulso.

- ¿Pero como puede ser ?

- La idea fue del médico que me atendió allá en los túneles, como supongo que recuerdas, y el Comodoro Aznar en persona ha conseguido que me lo implanten. No me han querido decir lo que han tenido que hacer para conseguirlo, pero a un técnico se le escapó que es uno de los mejores del mercado. Incluso está caliente. Mira, te lo enseñaré, a ver que te parece.

Quitándose la chaqueta, dejo al descubierto la camisa blanca que era obligatoria a todos los oficiales desde tiempos inmemoriales, ya que hacía más fácil la localización de las heridas, y se arremangó la manga izquierda. Debajo había un brazo totalmente normal, con la única diferencia que no estaba cubierta por pelos, y no se veían las vasos sanguíneos característicos de

aquella zona del cuerpo. En el sitio donde la prótesis se unía al cuerpo, eran visibles unas diminutas cicatrices, que cuando desaparecieran en un par de semanas, harían imposible la detección del empalme por medios visuales.

Alfonso estaba totalmente sorprendido por lo que veía, pero lo que realmente le maravilló fue cuando pudo tocar la prótesis, y comprobó, que como le había dicho Jorge, estaba tan caliente como el resto del cuerpo. No estaba frío, como se podía esperar de algo metálico. Era muy bueno, pero le preocupaba lo referido a la manipulación de objetos, y así se lo preguntó.

- Jorge, todo esto está muy bien. Pero me pregunto si podrás usar la nueva mano tan bien como la antigua.

- Pues claro que si. Los dispositivos de la prótesis están conectados directamente a mis nervios, por lo que se comporta como cualquier otra parte de mi cuerpo. Es como si siempre hubiese estado ahí. Lo único es que he de acabar de graduar la fuerza que aplico, porque tiene mucha potencia, y si no vigilo, por ejemplo te puedo romper la mano si nos la damos, o romperte la clavícula de una abrazo amistoso. Pero me ha dicho el cirujano que me ha operado, que con el tiempo iré cogiéndole el tranquillo.

>> Ya está bien de hablar de mí, que si he venido aquí es para saber como estás tú. Así que, ¿como te encuentras?.

- Exceptuando el dolor de cabeza, y la vista borrosa, estoy perfectamente.

- ¿Y el tobillo, como lo tienes? ¿Te duele mucho?

- ¿Mi tobillo? ¿Que le pasa algo a mi tobillo? Solo lo tenía un poco torcido, pero me recuperé en seguida.

- Que te crees tú eso. Ya te dije yo que tenías que hacer caso al médico, y no dedicarte a perseguir hombres de silicio. Mira lo que has conseguido.

Acompañando estas palabras, Jorge levantó la sábana que tapaba a Alfonso, y dejó a la vista su tobillo izquierdo, cubierto por un yeso que inmovilizaba también parte del pie. Lo tapó en seguida, y continuó hablando.

- Parece ser que en algún momento de cuando nos perseguían los hombres de silicio, hiciste algún mal movimiento con el tobillo, y como ya estaba tocado, pues te rompiste los ligamentos. Pero, tu tranquilo, que ya te han administrado un tratamiento reparador, y en una semana podrás volver a caminar sin muletas.

Alfonso se quedó un poco chafado, al enterarse de que estaba peor de lo que creía. Pero, tampoco podía hacer nada para evitarlo. Así que decidió aprender de la experiencia, y ya que parecía que no podía moverse, pasárselo lo mejor posible. En consecuencia, y para mantener la conversación, le comentó a Jorge.

- Me gustaría que me aclarases como acabó nuestra acción contra el

enemigo. Tú estabas lúcido cuando aconteció, ¿me puedes explicar que pasó desde el momento en que destruí el cañón aquel?. Lo último que recuerdo con claridad es un gran golpe en la cabeza. A partir de entonces, todo es muy confuso.

- Ya empezaba a pensar que no me lo preguntarías. Ponte cómodo, y escúchame, que te gustará mucho. Mientras tu estabas….

En medio de la frase, Jorge fue interrumpido por una enfermera que acababa de entrar en la habitación, llevando una bandeja militar con comida, y un aparato mezcla de radio y reloj. Dejó todo eso al lado de la cama, y se dirigió a Alfonso.

- Vaya, capitán. Ya veo que tiene compañía. Le he traído la comida, y una radio que tiene un reloj incluido. Así matamos dos pájaros de un tiro. Si lo desea, les dejaré solos, y ya le serviré la comida en otro momento.

- No, no. Démela ahora, y así, mientras el capitán Jorge García, aquí presente, explica su historia, yo podré comer.

La enfermera apretó uno de los botones que había en la pared, y salió del suelo una placa metálica, que se colocó a la altura del abdomen del capitán Ríos, con la disposición de una mesa. Encima de ella, puso la comida, y después de desearle buen provecho, se fue. Alfonso observó el apetitoso desayuno, cogió los cubiertos, y empezó a comer, mientras daba señas a Jorge de que podía continuar con su narración, cosa que hizo:

- Como estaba diciendo antes de que nos interrumpiesen, estabamos en que hicimos en cuanto notamos tu ausencia, y la del sargento Samson. Como yo era el único oficial del escuadrón, los soldados se dirigieron a mi en busca de órdenes. Yo dudaba, y no sabía que hacer, cuando llegó a nosotros el ruido de las granadas al explotar. Entonces pensé que tal vez habíais conseguido vuestro objetivo, y que ya veníais hacia aquí.

>> A partir de esta conclusión, decidí mandar que se hiciese un pequeño descanso, para recuperar el aliento, y que confiaba que sirviese para que nos alcanzaras. Pero no aparecías, y no nos podíamos retrasar indefinidamente. Así que estaba a punto de dar la orden de salida cuando apareció el sargento Samson, que te llevaba apoyado en sus hombros. Nos dijo que ya no había peligro que nos siguieran, pero que teníamos que llegar rápido a la superficie para explicarlo, y que los heridos fuesen tratados.

>> Así que de nuevo continuamos con el avance, actuando yo como comandante del grupo. Llegamos a una encrucijada, y nos decidimos por el camino de la izquierda porque subía, que era la única dirección que nos interesaba realmente, y porque las roderas de vehículos eran más frecuentes en aquel. Pero como estas podían indicar la existencia más adelante de hombres de silicio, ordené a mis hombres que se aprestaran para la lucha, y que se redoblasen las precauciones para evita una posible emboscada.

>> Pero, gracias a Dios, no pasó nada de esto, y después de media hora de caminar por la desviación de la izquierda, cuando algunos soldados ya comenzaban a pensar que habíamos elegido el camino incorrecto, desembocamos en otro cruce, que se diferenciaba del anterior en que los túneles eran mucho más bajos, y que el principal estaba bloqueado por una avalancha. Desorientado, llame al sargento Samson, para pedirle consejo.

>> Este, después de acomodarte cuidadosamente en el suelo apoyado en la pared, y asegurándose de que estabas cómodo, se acercó hacia mi. Le pregunté sobre las posibilidades que se nos presentaban, y él me aconsejo que conectase con nuestros compañeros que se habían quedado en la sala de la baliza, para que al menos supiesen que estamos vivos, y quien sabe, incluso nos podía ser útil.

>>A veces, me sorprendo de las vueltas que da la vida, porqué en el momento que conseguimos entrar en contacto, ellos estaban a punto de hacer lo mismo. Ya se habían enterado del ataque enemigo, y del derrumbamiento de la entrada a los túneles. Estuvieron de acuerdo en ayudarnos, pero para eso antes tenían que practicar una abertura. Iban a usar los terriers para volver a abrir el pasadizo donde había empezado tanto, y acceder al cruce, desde donde creían que poden llegar a la base enemiga.

>> Me pareció buena idea, y así lo dije. Quedamos de acuerdo en que se pondrían en contacto con nosotros, una vez pudieran avanzar, y apagué la radio. Nos dispusimos a esperar el tiempo que hiciera falta, pero empezó a percibirse una vibración en la encrucijada, que fue aumentando de intensidad. Acompañándola, parecía como si las rocas resultado de la avalancha se movieran.

>>De repente, apareció un agujero en ellas, y comprendiendo que era lo que estaba pasando, volví a conectar la radio, y vociferé que apagasen las excavadoras, ya que estábamos detrás de la zona derrumbada, y si no cesaban en la excavación, aún matarían a alguien. A partir de ese momento, al descubrir que estábamos mucho más cerca de lo que creíamos, todo fue más fácil. Reanudaron las obras, y en una media hora, al fin pudimos abrazarnos.

>> Hasta entonces, la tensión de la situación me había mantenido activo. Pero una vez llegamos donde los terriers, y una vez a salvo, me derrumbé, y tuvieron que meterme en camilla en el interior de uno de los vehículos, al lado tuyo, que por cierto estabas desmayado, y de otros soldados heridos. Partimos rápidamente rumbo al Zaragoza, y allá nos llevaron a la enfermería, donde nos atendieron. Y eso es todo.

Alfonso, que había comido mucho más rápido que lo que pensaba, emitió un largo suspiro, se dejó caer encima de la almohada, y se quedó mirando a su amigo. Este, al ver que no decía nada, le preguntó.

- ¿Que, no tienes nada que decirme?

- Si, que es una lástima que estuviera inconsciente, y que me le perdiese. Pero bueno, la cuestión es que nos hemos salvado, y ahora podemos estar hablando tranquilamente aquí. ¿Y ahora que harás?

- Iré a hacerte compañía al Balneario de San Juan.

- ¿Que?

- ¿Te he sorprendido, verdad? Tranquilízate, que no es que quiera acompañarte, sino que el comodoro Aznar ha premiado a todos los suboficiales y oficiales que han participado en la operación, con una estancia en dicho establecimiento. Me parece que incluso vendrá aquella teniente que estuvo contigo. ¿Como se llamaba? ¿Irene Losa?.

Al oír ese nombre, el corazón de Alfonso pegó un salto en su pecho, y se apresuró a enmendar a su amigo.

- LLOSA. Se llama Irene Llosa. Me parece que no cuesta mucho recordar su nombre, ¿verdad?. ¿Y como está?

Jorge, que había dicho el nombre mal a propósito, contempló complacido la expresión en la cara que había puesto Alfonso. Pensó durante unos instantes que podría decirle, y como, decidiéndose al final por la verdad.

- Ya está mucho mejor de la muñeca, y ahora tiene solo un ligero vendaje. Precisamente me la he encontrado cuando venía para aquí, y cuando le he dicho que iba a visitarte, me ha preguntado si sabía como estabas, y sobretodo, que te diera las gracias por haberle salvado la vida. Me parece que le gustas a esa chica.

- Pues ella tampoco está nada mal. ¿Como es que no te ha acompañado? ¿Donde está ahora?

- Tranquilízate, que no la han devuelto a los túneles, si eso es lo que te preocupa. Ya te he dicho que me la encontré de camino hacia aquí. Le pregunté que a donde se dirigía, y me contestó que la había hecho llamar el comodoro, para que le explicase todo lo que recuerda de vuestra odisea por los pasadizos. Me comentó lo de tu idea de aplicar el principio de nuestro juego en la academia para conseguir salir de allí. ¿Pero a quien se le ocurre?

Cuando Alfonso iba a responder, un gran bostezo se lo impidió. Jorge pensó inicialmente que tal vez lo estaba aburriendo, pero consultó su reloj, y comprobó que ya llevaban más de dos horas hablando. Naturalmente que su amigo estaba cansado. Acababa de despertarse, aún no estaba en plenas condiciones, y había tenido que mantener una larga conversación. Decidió que lo mejor era dejarle dormir, y que ya tendrían luego tiempo para hablar.

Así que se despidió, le rogó que durmiera un poco, y se llevó la bandeja que había utilizado para desayunar. Antes de cerrar de la habitación, se giró para mirar por última vez a Alfonso, y comprobó, que como había pensado, ya

había entrado en un sueño profundo. Así que apagó la luz, y cerró la puerta. Estuvo a punto de darse de bruces con la enfermera, que le preguntó como se encontraba, y una vez lo supo, coincidió con él que lo mejor era dejarle dormir, ya que era la mejor medicina que podían administrarle en ese momento.

…..Estaba en los túneles, disparando contra el tanque que les perseguía. Lanzo una granada, pero estaba defectuosa, y no explotó. Pero todo y ese fracaso, no se asustó, y cogiendo otra del suelo, apretó el gatillo para dispararla. Desgraciadamente, el cañón se había recalentado debido a la gran cantidad de obuses lanzados, y explotó, destruyendo totalmente el fusil, e hiriéndolo en las manos. Frenéticamente, intentó coger una granada de mano, pero le resbaló de las manos.

Horrorizado, se dio cuenta que los hombres de silicio habían llegado a su altura, y estaban a punto de dispararle. Pero uno de ellos, todo y que era imposible debido a la peculiar estructura de su cuerpo, se le acercó hasta estar a solo medio metro, y con una voz extrañamente humana, pronunció:

- Capitán, despierte. Es hora de tomarse otra pastilla. ¿Capitán?

Alfonso sintió como el hombre de silicio, en lugar de matarle, le zarandeaba, y despertó. Entonces comprendió que todo había sido una pesadilla, y que quien le había hablado, era la enfermera, que venía para administrarle otra de las píldoras para la cabeza. Aliviado, se sentó en la cama, y bebió el medicamento. Cuando acabó, la mujer le comentó.

- ¿Que, como está? ¿Se encuentra mejor? Ha dormido ocho horas de un tirón. ¿Como tiene ahora la cabeza, y la vista?

El capitán Ríos se dio cuenta en ese momento, que veía mucho mejor que antes, y que el dolor había descendido mucho. Así se lo dijo a la enfermera, a lo que esta respondió.

- Perfecto. Todo va como está previsto. Le he despertado porqué tiene una visita. Esperan para hablar con usted dos hombres, que me han pedido que le diga que son los únicos supervivientes, además de usted y la teniente Llosa, de la patrulla a su mando. ¿Que les digo? ¿Les dejo entrar, o les hago saber que no se encuentra bien, y nadie puede hablar con Usted?

- Si, hágales entrar, que me apetece hablar con ellos, a ver que es eso que tienen que comunicarme.

- Muy bien.

Y marchándose, la enfermera se paró al lado de la entrada, y dirigiéndose a un interlocutor invisible, le dijo que tenían permiso para hablar con él. Al instante, entraron los dos tripulantes del Topo T752, el único que no había

sido destruido de los tres que formaban la malograda patrulla 75, que al enterarse que su comandante estaba herido, se les ocurrió la idea de ir a verle para ver como estaba, y darle ánimos.

Después de los saludos y fórmulas tradicionales, Alfonso, que después de tres días fuera de la circulación, no estaba al corriente de las noticias, y deseaba fervientemente ponerse al día, les pidió que le explicasen todo lo que les había pasado, desde el alud. No tenían nada en contra, y comenzaron con la descripción de sus aventuras, que se prolongó durante las siguientes dos horas.

CAPÍTULO 18

LA FIESTA

Durante los siguientes dos días, recibió bastantes visitas, contándose entre ellas la del comodoro Aznar, que le había comunicado oficialmente, que como un primer pago a los servicios prestados, se le había premiado con una estancia de un mes en San Juan, el capitán Tilea, su inmediato superior, y algunos de los amigos que tenía en el Zaragoza, siendo Jorge García el que más horas estuvo junto a él.

Finalmente, llegó el momento, largamente esperado, en que una vez totalmente recuperado de la conmoción, y otras heridas, que le habían mantenido postrado en cama durante casi una semana, el médico le dio el alta, y pudo abandonar al fin la enfermería. Mientras paseaba por los pasillos del Zaragoza, descubrió que lo único que le recordaba su estancia en esa sección de la nave, era la ligera cojera que le producía el tobillo. Aunque ya le habían retirado el yeso, que había sido reemplazado por una venda, aún le dolía un poco cuando caminaba.

Después de despedirse del médico y la enfermera que le habían atendido, se dirigió hacia la sección de oficiales, donde había quedado con Jorge. En el camino observó que toda las personas con las que se cruzaba, estaban muy contentos, como si todo el mundo estuviera enterado de una buena noticia, y él fuera el único a quien no se lo hubieran conectado. Añadiendo a esto el hecho de que Irene no hubiera ido ningún día a verle, fue progresivamente poniéndose de mal humor.

Enfadado, llegó al vestíbulo de los ascensores, donde cogió el primero que paró, y apretó el botón del piso destinado a los alojamientos de la oficialidad. Antes de que las puertas se cerrasen, y siguiendo su costumbre, se giró mirando hacia la habitación que acababa de abandonar. Entonces le pareció ver a alguien que le miraba, y que en cuando se vio descubierto, desapareció. No pudo actuar, porqué las puertas se cerraron, y el elevador se puso en movimiento.

Preguntándose, suponiendo naturalmente que su vista, aún no recuperada del todo, no le hubiera engañado, quien podría ser esa persona, no se dio cuenta que el ascensor había llegado a su destino. Aún preocupado, salió lentamente del elevador, y entró en la sala de oficiales, extrañamente silenciosa, incluso para aquella hora, en que la tripulación estaba de servicio. Mientras las puertas del ascensor se cerraban, y volvía al nivel superior, se

dirigió hacia una de las sillas de la mesa.

Pero aún no había dado tres pasos, cuando una multitud de personas, encabezados por Jorge García, y Irene Llosa, apareció por sorpresa por los dos pasillos que desembocaban en la sala, y rodeándolo, gritaron todos juntos.

- ¡Bienvenido al hogar, héroe!

Alfonso, totalmente sorprendido por lo que evidentemente era una fiesta para celebrar que le habían dado de alta, no encontró palabras para expresar lo que sentía, y se quedó mirando a sus amigos con una cara de felicidad absoluta. Pero, pasada la primera impresión, recuperó el sentido del habla, y pudo balbucear.

- Muchas gracias. No hacía falta, de verdad, que hicierais esto por mi. Os estoy muy agradecido.

Los demás oficiales, que tenían una sonrisa que les llegaba de oreja a oreja, se dividieron en dos grupos. Mientras que los del primero empezaron a sacar comida y bebida de los armarios, y a ponerla por la mesa, los otros le pidieron que se sentase en la silla de honor, que tenían que darle los regalos.

Los más importantes fueron los del teniente Balmer, que consistía en una maqueta al detalle de un topo, el capitán García, que le regaló una de las pistolas de los hombres de silicio, que habían capturado durante los combates, y la teniente Llosa. Esta, que llevaba en sus manos un paquete, le dijo.

- Capitán Ríos. Esto es por salvarme la vida. Nunca se lo podré pagar, pero aquí le traigo esto como recuerdo de todo lo que hemos pasado juntos y como una muestra de todo lo que le debo. Espero que le guste.

Y dándole en una mejilla un sonoro beso que provocó que se le pusiera la cara roja como un tomate, le entregó el paquete. Intrigado, lo abrió, para descubrir que se trataba de un collar que tenía ensartado un diente de silicio, sin duda proveniente de alguno de los hombres de cristal que habían sido neutralizados.

Impresionado por el regalo, acertó a darle las gracias. En ese momento, todos los asistentes a la fiesta, se le quedaron mirando, esperando que pronunciará algunas palabras. Alfonso no sabía exactamente que decir, así que decidió improvisar.

- Me siento muy honrado por esta celebración que habéis organizado en honor mío. Ahora comprendo que hacía ese tripulante al lado de los ascensores vigilándome. Os avisó de que ya venía. Pillines. Ahora que pienso, os he de hacer una pregunta. Viniendo hacia aquí, toda la gente con la que me he encontrado estaba muy contento. ¿Era debido a esta fiesta, o pasa algo que yo no sepa?

La respuesta se la hizo saber Jorge, que explicó:

- Supongo que recuerdas que el día después de la marcha de Valera, faltaba únicamente una semana para el cambio de relevo, cuando volveríamos a la superficie, y seríamos reemplazados en esta posición por el Henares. Pues ese plazo se cumplió ayer, por lo que en estos momentos nos dirigimos a toda velocidad hacia la base, donde seguramente llegaremos esta noche. Como puedes suponer, toda la tripulación está pensando en que muy pronto podrán ver de nuevo a sus seres queridos, y eso les pone muy contentos.

Alfonso se quedó pensando unos momentos sobre este asunto, y luego dijo.

- Pues tienes razón. Con todo lo que hemos pasado estos días, ya ni me acordaba de que faltaba tan poco para el relevo. Pero entonces, lo de ir al balneario de San Juan tendrá lugar durante esta semana. ¿no?. Bueno, ya que he comentado los combates en los que hemos participado últimamente, y está aquí el teniente Balmer, recuerdo que en la última comunicación que sostuve con él, estaba siendo atacado por los hombres de silicio. Como está presente en la fiesta, es de suponer que o bien tuvieron que ir, o por el contrario, fueron reforzados. Tinneo, ¿me podrías explicar por favor que paso?

- Ningún problema. Lo último que le dije fue que había descubierto que eran los cilindros aquellos que habíamos visto por la pantalla de televisión. Me han llegado noticias de que usted en persona destruyó uno de ellos que estaba a punto de disparar a sus hombres en retirada, así que me ahorraré la descripción. Lo que ocurrió es que en ese instante disparó, y yo me vi obligado a apartarme para evitar ser herido. Salvé la vida, pero me vi obligado a cerrar la comunicación, además que en esa situación no estaba para hablar por radio.

>> Durante los siguientes cinco minutos, se produjo un furioso tiroteo entre los dos bandos, sin que sufriéramos ninguna baja, y lo único que evitó que esos asquerosos hombres de silicio fueran derrotados, era el cañón, que no nos permitía colocarnos de forma que pudiéramos apuntar correctamente, so pena de resultar muertos.

>> En consecuencia, era necesaria una acción rápida, que decantase la balanza hacia nuestro lado. Se trataba de que alguno de mis soldados arriesgasen su vida para destruir el cañón. En cuanto se lo comunique por el canal común, todos se presentaron voluntarios, y antes de que pudiera decidirme, cuatro de ellos, en una estupenda aplicación de la maniobra Gaspar, y superando mis esperanzas, capturaron totalmente por sorpresa el cañón, neutralizando a su dotación en el proceso.

>> Debido a esta acción, se produjo una inversión de los pápeles. Ahora que estabamos en posesión del arma, eliminamos en poco tiempo toda la fuerza enemiga, y si no fuera porque la prudencia lo desaconsejaba, y lo primordial era mantener la sala de control, habría ordenado la persecución de

los supervivientes. Quien sabe, tal vez incluso podríamos haber reconquistado el cubículo de la fábrica. Así que lo que ordene fue que repararan las defensas, y emplazaran el cañón en la mejor posición posible.

>> Entonces, y una vez la situación estuvo controlada, volví a conectar la radio, para intentar ponerme en contacto en usted. Supongo que en ese instante, usted estaba luchando con los hombres de silicio, con lo que probablemente ni siquiera oyó la llamada. La cuestión es que como no respondió, cambié de frecuencia, y me puse en contacto con los refuerzos del Zaragoza, que no podían avanzar hacia nosotros, al estar todos los accesos bloqueados. Después de un corto diálogo, y al estar nuestra posición consolidada, decidimos que nos llamarían en cuanto pudieran venir a reforzarnos. Lo de la posterior exploración me imagino que ya lo sabe.

Emitiendo un largo suspiro, Tinneo acabó su explicación, y bebió un vaso de BER (Bebida Espumosa Refrescante), por que tenía la boca totalmente seca, después de hablar estado hablando sin parar tanto tiempo. Cuando miró de nuevo a la audiencia, observó que el capitán Ríos se le había quedado observando, con una expresión expectante, como si aún quisiera más. Extrañado, le preguntó:

- ¿Capitán? ¿Que le pasa algo?

La respuesta, que le sorprendió por la fuerza con que llego, y porqué no se la esperaba en absoluto, fue:

- ¿Pero como se te ocurre dejarnos en medio de la historia? ¿Que es todo eso de una exploración emprendida cuando ya me habían rescatado? ¿Es que no sabes que llevo cinco o seis días totalmente desconectado de las noticias?

- Entonces, ¿quiere que se lo explique todo? Es que no quiero aburrir a los otras personas que han venido a la fiesta con mis historias, cuando estoy seguro que ellos también tienen cosas que decir. ¿Que opináis, muchachos? ¿Continuo, o me reemplaza otro?

Si bien inicialmente, sus amigos habían escuchado la historia, como una forma de respeto hacia el invitado de honor, poco o poco, les fue atrayendo, y ahora tampoco querían quedarse sin saber el final. Así que todos a la vez le pidieron que continuara. Así que bebiendo otro vaso, para aclarar la garganta, Tinneo Balmer tomó de nuevo la palabra.

- Bueno, pues lo habíamos dejado en cuanto los refuerzos volvieron a llamarle. Me dijeron que estaban limpiando los alrededores de elementos hostiles, y que visto que no corríamos ningún peligro inminente, ya vendrían. Tampoco tuvimos que esperar tanto, ya que media hora después, unos pasos acercándose por el pasadizo que conduce al túnel principal, y una conexión radiofónica avisándonos de que ya venían, nos anunciaron la llegada de los refuerzos.

>> Eran cuarenta hombres al mando de un oficial, del cual ahora no recuerdo el nombre. Después de una corta orden, y con notable celeridad, se apostaron por las cercanías de la habitación de mando, y una vez completado el despliegue, me dijo que venían a relevarnos, y que si lo deseábamos, podíamos retirarnos al Zaragoza. Si bien algunos aceptaron, la mayoría decidimos mantenernos en acción.

>>En cuanto le comunique mi decisión de quedarme en la sala de control, el teniente aquel no se mostró muy conforme. Me confesó que tenía ordenes de hacerme volver a bordo del Zaragoza, a la primera ocasión que se le presentará. Tenía lugar que mis conocimientos en la Lengua Antigua me hacían muy importante para el alto mando, por lo que los integrantes del mismo me querían a salvo.

>> Naturalmente, quedaba totalmente descartada mi participación en cualquier futura patrulla, pero es que además, mi interlocutor se encontraba en un dilema ya que dudaba entre cumplir inmediatamente las órdenes referidas a mi, o permitirme permanecer en el habitáculo un tiempo, al menos hasta que se hubiera familiarizado con el uso de los aparatos que se encontraban en ella.

>> Al final, acordamos que me quedaría allí manejando las cámaras de vigilancia, y los ordenadores, hasta que el técnico que venía con los refuerzos, pudiese utilizarlos sin mi concurso. Así tenía la oportunidad de volver a visualizar todos los subterráneos, y quien sabe, incluso podía localizar otras cosas dignas de interés. Por ejemplo, tenía mucha curiosidad por averiguar como era posible que después de estar abandonada tantos siglos como hacían pensar todo los indicios, aún había energía.

>> Me senté enfrente del panel de las cámaras, y empecé a explicar al soldado que me reemplazaría el funcionamiento de los aparatos, a la vez que fui conectando de nuevo las diferentes cámaras. Antes solo buscábamos hombres de silicio, pero ahora me interesaba cualquiera pista de una fuente de energía. Lo que encontramos era algo que en esta era de generadores nucleares nunca me hubiera imaginado, aunque no se puede negar que en las circunstancias reinantes allá abajo, era la mejor opción que se podría haber elegido.

Cuando se disponía a desvelar la incógnita, notó que tenía la garganta totalmente seca después del largo discurso que estaba haciendo, Si continuaba así, se quedaría afónico, así que delante de las miradas expectantes de los que le estaban escuchando, paró un momento, con la intención de beberse un vaso de agua que le refrescase, y relajar un poco la voz. Sopesó la opción de descansar un poco, pero después de mirar a sus amigos a la cara, dedujo que no le dejarían. Así pues, carraspeó, y retomó el relato de sus aventuras.

- Pues si, la central eléctrica, ya que habíamos encontrado una, era de funcionamiento geotérmico. Por si alguien no lo sabe, les explicaré que se

trata de un sistema que utiliza el calor natural procedente de la tierra, como por ejemplo, el que desprende la lava, para generar electricidad. En este caso en particular, aún no hemos descubierto su origen, aunque se cree que está relacionada con el cinturón volcánico de las Islas Garrotxa, bastante cercanas.

>> Pero volvamos al tema. En cuanto descubrí el generador, se lo comenté al teniente. Este me dio las gracias por todo el trabajo hecho, y dijo que pronto enviaría tropas, tanto allí, como a la gruta de la fábrica, para intentar descubrir quien construyó las instalaciones. Pero tenía malas noticias para mi. Acababa de hablar con el Zaragoza, el comodoro en persona me ordenaba volver inmediatamente a la nave, para rendir cuentas de todo lo descubierto, y no podía retrasar más la partida. En esa situación, y con el corazón en el puño, me vi obligado a regresar. Y esto es todo lo que puedo decirle.

Al acabar de escuchar la narración, Alfonso se quedó mirando a Tinneo unos segundos, y al final inquirió:

- ¿Así que no sabes nada más? ¿No tienes la más remota idea de cual es el origen de lo que descubrimos? ¿Y de la sala de la máquina fabricadora de dedona, tampoco puedes darme ninguna novedad?

- Vera, capitán, en cuanto le comuniqué las novedades al Comodoro, éste me dijo que descansase, y no me preocupara, que él ya se encargaba de todo, y que ya me informaría cuando lo considerase necesario del progreso de las operaciones. A partir de ese momento, el único indicio que tengo de que se continua haciendo algo, es el gran aumento de las operaciones militares en el sector.

>> Durante los últimos días, hemos sido reforzados por grandes contingentes de tropas, entre los que se cuentan bastantes compañías de armas pesadas, y que se han dirigido hasta la base alienígena, con el fin de asegurarla por completo, y permitir una concienzuda búsqueda de cualquier artefacto que nos sea útiles. Incluso he visto miembros de la unidad de élite “Los Hijos de Valera”. En conclusión, todo indica que nos hemos topado con algo muy gordo, y que el Alto Mando se lo ha tomado muy en serio.

Al oír estas palabras, el capitán Ríos quedó muy extrañado, y preguntó a su amigo como era que el Comodoro, sabiendo lo interesado que estaba, no le había comentado nada sobre el tema. Tinneo se dispuso a responderle, cuando se oyó abrirse la puerta de un ascensor, y alguien que Alfonso no podía ver, le hizo una señal para que se callara, y una voz muy conocida respondió en su lugar.

- Porque no quería que se pusiera nervioso mientras se encontraba en plena convalecencia, como me recomendaron los médicos. Para parece que como ahora ya se encuentra perfectamente, y usted fue uno de los que la descubrió, encuentro justo que sepa toda la verdad.

Acompañando estas palabras, Josafat Aznar salió del ascensor en el que acababa de llegar, y se dirigió hacia donde estaba sentado Alfonso. Este hizo ademán de levantarse para saludarlo, pero el recién llegado no se lo permitió. Mientras se sentaba de nuevo, Alfonso vio que el Comodoro llevaba en la mano una cartera de cuero. La dejo en la mesa, y abriéndola, sacó de ella una carpeta, y dos estuches metálicos. Cogiendo uno, empezó a pronunciar un discurso, evidentemente preparado de antemano.

- Capitán Alfonso Ríos - esto sorprendió totalmente a Alfonso, ya que no era en absoluto normal ese estilo para referirse a un oficial -, después de consultarlo con los organismos correspondientes, y teniendo en cuenta las acciones que ha cometido durante la última semana…

Al escuchar esta frase, Alfonso se temió lo peor. Seguro que se había enterado de su particular y liberal interpretación de las ordenes referidas cuando acababan de rescatar a Irene, que una persona estricta como el Comodoro podía interpretar como insubordinación. Con esta idea en la mente, y olvidándose por completo de los indicios que tenía en sentido contrario, decidió interrumpir a su superior, y dijo.

- Perdone que le interrumpa, comodoro. Pero antes de que continúe hablando, desearía comentar algo sobre las razones por las que…

No pudo acabar, ya que Josafat Aznar volvió a hablar, haciendo comprender a Alfonso que todos sus temores estaban infundados, y que había venido con el único fin de premiarle.

- Ejem. Antes de que diga algo de lo que se podría arrepentir, déjeme continuar, que seguro que le resultará grato lo que tengo que comunicarle… Gracias. Bien, pues como iba exponiendo, teniendo en cuenta las acciones que ha cometido durante la última semana, y además de la estancia en San José, de la que ya le he hablado, he decidido condecorarle con la Medalla al Mérito Militar con Distintivo Blanco, y promocionarle al empleo de capitán de fragata, que comporta el mando automático de un crucero. Y ahora permítame que le haga entrega de las insignias de su nuevo rango.

A continuación, abrió el estuche que tenía en sus manos, y sacó de él la condecoración, poniéndosela a continuación en el pecho. Luego, del segundo contenedor, extrajo las insignias de capitán de fragata, y después de quitarle las anteriores, se las colocó, en las hombreras, y las mangas del uniforme. Finalizado el tramite, le saludó marcialmente, y como último paso, le estrechó fuertemente la mano.

Ese gesto quería decir que ya había acabado la ceremonia oficial, por lo que todos los demás oficiales se aprestaron a felicitar al flamante capitán de fragata, quien lo único que puedo hacer fue sonreír como un imbécil. Se sentía tan contento que no podía pronunciar palabra. Además, hubo un momento en que su mirada se cruzó con la de Irene, y está le dedicó una sonrisa

encantadora, y algo en su ojos, le hizo pensar que no solo no quedaba nada de la animosidad que había mostrado con él, sino que lo sentía por ella, tal vez fuese correspondido.

Pero no tuvo ocasión de preguntárselo, ya que fue zarandeado de un lado a otro, donde no paraban de felicitarle, y le pedían que les explicase en sus propias palabras como había ido todo, aunque era obvio que al menos todo el mundo conocía una síntesis de lo ocurrido. Cuando al final tuvo un momento libre, le llamó el Comodoro, ya que quería hablar con él. Después de darle las gracias por el ascenso, a lo que le respondió que era lo menos que se merecía, comentó:

- Capitán Ríos. Ahora que es usted capitán de fragata, ha de escoger nuevo destino. Si lo desea, puedo ayudarle para que consiga el mando de una de los cruceros de esta división, para que esté cerca de sus compañeros, y sobretodo de aquella teniente que no para de mirarle. Naturalmente, recibiría usted la nueva comisión después de las vacaciones que tiene tan ampliamente merecidas. ¿Que le parece?

Alfonso, que se había girado para mirar a Irene, en cuanto Josafat Aznar le comentó que le estaba observando, fue de repente consciente que su superior esperaba una respuesta. Pues claro que le parecía una buena idea, y así se lo comunicó. El Comodoro sonrió ampliamente, y le abrazó, mientras le decía que los dos juntos podrían hacer grandes cosas. Como no le prestaba demasiada atención, le preguntó si quería conocer los resultados de la autopsia de la momia, y enterarse de todo lo que habían descubierto.

La reacción del Capitán Ríos fue fulminante. Se lo quedó mirando, y le confirmó que efectivamente estaba muy interesado en ese asunto. Iba Aznar a contestarle, cuando sonó su comunicador personal. Disculpándose, respondió a la llamada. Al oír las exclamaciones que decía, y las expresiones por las que pasaba su cara, Alfonso rogó por que no fuera una mala noticia, por ejemplo, que estaban siendo atacados por los hombres de silicio. Pero no tardaría mucho en averiguarlo, ya que la conversación fue rápida. Al colgar el teléfono, Josafat conectó los altavoces de la sala, y se dirigió a los asistentes a la fiesta.

- Señores, por favor, siento interrumpir la fiesta, pero les pido su atención. Solo será un momento…Gracias. Me acaba de llegar una noticia procedente del puente de mando, que imagino será de su interés… Es un deber y un privilegio comunicarles que acabamos de salir a la superficie, y que…..

El resto de la frase se perdió enmedio de las exclamaciones de alegría que todas las gargantas de los asistentes emitieron a la vez. Casi tan fuerte fue el grito “Vamos todos a la cubierta superior, a ver el cielo”. Todos estuvieron de acuerdo con éste, iniciándose una carrera hacia los ascensores, la meta de la cual era ser el primero en llegar arriba y poder observar el firmamento

redentor, ya que en ese momento era de noche.

Irene también se dirigió a los ascensores, pero una mano fuerte la agarró por el brazo, y le obligó a quedarse quieta. Cuando la sala se fue quedando vacía, descubrió que era el capitán Ríos, que le rogaba que se quedase allí un momento, ya que quería hablar con ella. Intrigada, decidió que no pasaría nada por llegar un poco tarde, y mientras lentamente penetraba en el pasillo, retuvo el paso y le dijo que le escuchaba.

- Irene….Yo….quería explicarle los motivos por los cuales dejé al sargento y sus muchachos y junto con el teniente Balmer nos adentramos por aquellos pasadizos.

La joven teniente se quedó mirando extrañada a su compañero, sin entender a que venía aquello. Y tras unos segundos de silencio, Alfonso continuó:

- En realidad no eran ganas de investigar ni de hacerme el héroe, sino que….lo que quería…Bueno… en realidad…

Como el capitán seguía vacilando, Irene le interrumpió:

- ¿Pues que es lo que buscaba ?

- Yo… ¡Buscaba venganza !

- ¿ Venganza..? ¿ De qué ?

- Del daño que te habían hecho. Estaba furioso…Pensar que podías haber muerto…No podía soportar la idea de que podía haberme quedado sin ti, cuando en realidad lo que yo quería era…

Y el capitán Alfonso Ríos empezó a titubear como un colegial, a pesar de su amplia experiencia, poniéndose cada vez más nervioso, ante la regocijada mirada de Irene. Finalmente, ésta volvió a interrumpirle:

- Pero capitán, no entiendo a donde quiere ir a parar. Normalmente usted se explica muy claro y no suele dar tantos rodeos. ¿ O es que su herida le ha enturbiado la mente ?

Ante estos comentarios, el rostro de Alfonso enrojeció y ante la falta de palabras, optó por pasar a los hechos y asiendo a la Teniente por la cintura, la atrajo hacia si y le estampó un fuerte beso en su roja boca. La muchacha pareció sorprenderse e inició una maniobra de rechazo, pero sin llegar a terminarla, se encontró respondiendo al beso de su superior y estrechándose fuertemente contra él.

Permanecieron así unos minutos, hasta que un discreto carraspeo cada vez más fuerte les hizo volver a la realidad, encontrándose frente a un grupo de soldados cuyo camino hacia los ascensores estaban interceptando.

Irene intentó apartarse ruborizada, pero Alfonso la retuvo junto a si, y

sonriente se dirigió a los soldados y preguntó:

- ¿Qué pasa…? ¿Es que no habéis visto nunca una pareja de enamorados…? Pues aquí tenéis una !

Y sin importarle las envidiosas sonrisas del grupo, volvió a inclinarse sobre su compañera y de nuevo sus labios se fundieron en un largo e interminable beso.

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.o 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde. *George H. White.*

37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipseáón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie*
71.—Heredó un mundo *George H. White,*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White*
73.—La legión del Espacio, *George H. White*

SALIDA HACIA LA TIERRA

El Ejército más poderoso de cuantos se conocieron en el Universo abandona su autoplaneta base y se dirige a la Tierra.
Un joven brote de la Humanidad terrestre, enriquecida y vigorizada en un lejano planeta, vuelve al cabo de 195 años dispuestos a reivindicar su mundo de origen, donde 4.000 millones de seres humanos viven esclavizados bajo el poderío de un odioso invasor.

SALIDA HACIA LA TIERRA

El Ejército Redentor ve llegada al fin la ansiada hora de su revancha. Este es el momento decisivo para el futuro de la Civilización.

SALIDA HACIA LA TIERRA

Escrita por

G E O R G E H . W H I T E

se publicará en el próximo número de esta Colección.

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA *Precio 5 pesetas.*